

Mauricio Kartun

Salo solo

El patrullero del amor

Narrativa Hispánica

Mauricio Kartun

Salo solo

El patrullero del amor



I. Nenuco

Puso *menudito* en Tinder y la cagó.

Sos menudito le decía siempre Miriam, su madre.

Salo busca señora y no encuentra. Va a una escuela de espectadores de Hacoaj, la que iba con Miriam antes de enviudar (sí: la finadita también Miriam como la madre). Ve obras de teatro que nunca termina de entender bien. Me cuesta concentrarme. Y a las reuniones en casa de sus amigas, va. De las amigas de Miriam. Come saladitos en las reuniones, pero señora no encuentra.

Probó Tinder, sí, pero no. Una sola cita y no prosperó.

Soy de la temporada pasada, no tengo salida, dice Salomón. Voy derecho a liquidación.

Salomón y su humor menudito.

Con una farmacéutica, la cita. Un chiste por minuto y la señora no se rio una sola vez. Le gustaba la señora pero no prosperó. Ahora le clava el visto. Ideal una farmacéutica, le resolvía lo del Rivotril. Todo un tema el Rivotril. La receta se la hacía un psiquiatra de la mutual pero ya no atiende. El médico de los nervios, le dice él. Estaba muy mayor, le dijo la chica de los turnos y le dio con otro nuevo. De aquí a cinco semanas. Y él que sin el rivo no pega un ojo. Desde que se murió Miriam, su mujer, que no pega un ojo sin pasta. Seis años. Los primeros días de soledad se despatarraba en el medio del colchón king como en una pelopincho. Después fue braceando de a poco hacia su costado de siempre. Luego a su rincón. Se arrincona arriba a la derecha Salo, menudito, encogido y solo en la king vacía. Y no duerme sin pasta.

El médico nuevo es joven y le da la lata. Lo único que quiere Salo es la receta, pero el otro no, la lata. Pregunta. Hace silencios. Salo le cuenta rapidito de la ansiedad, de la búsqueda. De su fracaso con las señoras.

Dame la receta del rivo, Freud.

Pero no: lata y lata. Al final se queda callado un rato el doctor y

antes de despedirlo se lo dice. Y lo sobresalta. Salomón iba solo por la receta, pero le resuena como un campanazo lo que el doctorcito le dice:

—Circule, Salomón. Circule. En los lugares de siempre no va a encontrar nada: con las que tenía que pasar ya pasó, y con las otras no va a pasar nunca. Ábrase y circule.

Un campanazo.

Salomón tiene su epifanía. No ha llegado todavía a la farmacia de la esquina y ya ha tomado la decisión. Desde mañana va a circular. Un patrullero del amor.

Esa misma tarde se anota en aquagym. Dura una sola clase. Por la altura tiene que ir a lo más bajito y las señoras lo corren a caderazos. Queda con el agua a las axilas y traga cloro toda la clase. Y qué tal si salimos tooodos a bailar / tooodos a bailar / tooodos a bailar. Abre la boca para cantar a coro con el grupo y traga cloro. La señora de la derecha no para de corregirlo chillándole en el oído: TODES a bailar, TODES a bailar. Pero con los tapones de silicona Salo no escucha y ella, cachete con cachete, termina corriéndolo a culazos a lo hondo. Remata el turno de pileta haciendo largos pecho en el carril lento.

Prueba teatro en el Rojas pero es el más viejo de toda la clase y se cohíbe.

Prueba un seminario de filosofía judía, de entrada hace un mal chiste y las cinco señoras le hacen el vacío. ¿Tanto lío por lo de sacarle las espinas a Spinoza?

Se anota en un taller literario. La consigna de la primera clase: escribir un monólogo de presentación. Se duerme escuchando las lecturas, el rivo será. Y no se ríen mucho del suyo: El buen peletero sin pelo. Pero es allí donde la conoce a Betita.

—Betita, no Betina —lo corrige ella a la salida, en el barcito de Uriburu y Sarmiento adonde va con todo el grupete. Cuando nació ya había Betina en la familia, prima segunda, y a ella de entrada le quedó el Betita. Betita sí se ríe de su monólogo, tiene dientes muy parejitos, y le palmea la cabeza confianzuda.

Queda encandilado Salomón con Betita. Soy una mujer de cincuenta atrapada en el cuerpo de una niña de quince, lee con tonos en su monólogo de presentación y ya ahí el tallerista cachorro se encandila.

De afuera quince mucho mucho no da, pero ay, el poder de la palabra. Más menudita que Salo, Betita. Somos el jockey y la jocketta, le dice él comiendo un tostado, pero ella no le entiende. Pasado de moda el turf. Tiene experiencia Salo en lo que pasa de moda. Peletero de oficio. Curtidor, cortador, moldista y costurero. Heredado de su padre el negocio. Con local en la calle Talcahuano. King Salomón Pieles. Salomón también su padre. Cuando las pieles se vuelven mala palabra se pasa de rubro: Salomón Cueros. Termina al final con Salo Sport, cuero ecológico. Se cansa de la barranca abajo, alquila el local y vive de rentas.

Sabe poco de Betita pero no deja de soñarla toda la semana. Vuelve al taller el martes pero ella no va. Y el siguiente tampoco. Ha dejado las clases parece. Espera tres semanas y después se deprime. Una compañera le pasa el dato: la menudita es voluntaria en un grupo provida. Se juntan en un colegio de Paternal, cerca de la cancha de Atlanta. Maternal Paternal se llama el grupo. Preparan la ida al Congreso para protestar contra la ley. Con los brazos abiertos te reciben ahí, Salomón, le dice. Faltan hombres. Cualquier credo y raza, le aclara después demasiado atropellada, y se pone colorada enseguida por el añadido.

Salo lee en los diarios sobre el tema para no hacer papelón y llega como sin querer queriendo. Hincha de Atlanta toda la vida, le calza la lógica a su llegada allí como prenda de medida. Doce mujeres y un hombre, dos con él. Pero el aventurero tiene ojos solo para la menudita. Lo palmea la menudita. Parece contenta de verlo. El otro varón no, no lo palmea, lo mira con gestito y sacudiendo la cabeza. Mucho cualquier credo y raza, sí, pero Salomón y de Atlanta en provida desborda el Maldonado. Se llama Víctor el otro, siempre será el otro, es alto y se agacha a cada rato a hablarle a Betita en el oído y la toma delicado del hombro. Y se lo aprieta tipo masajito. Y ella ríe con su dentadura pareja. Profesor de Latín, el otro. Salomón se muerde la lengua por no hacerle su chiste con el idish. Sabe que la postura es a todo o nada. Postura piensa, postura le decía Salo grande, su papá, a las fichas en el casino de Miramar. El loco loco afán. Acá me juego el resto. No habla en la reunión el curtidor, y se muerde por no hacer chistes. Le queda una docena picando en la puerta del arco. Asiente

serio. Y cada tanto, a algún pasaje emotivo, agita las manos pegadas como rezando y se toca luego el corazón.

Reparten tareas. Conseguir la camioneta y el equipo de sonido. Yo me encargo, dice Víctor. Comprar las banderas. Otra vez el profesor: Lo hago yo como siempre. Las cañas para los pasacalles: Tengo dónde, yo las traigo. Un verdadero hombre orquesta, el otro. Suenan las fichas de la postura en la mano de Salomón sin poder llegar nunca al paño. Reparten trabajos secundarios y tampoco. Y de pronto, cuando ya había perdido las esperanzas, sucede. Hay que realizar el nenuco. Entrecierra los ojitos Salo, qué carajo es el nenuco. Sabe que se juega la vida en esa bola, que tiran la última en esa mesa. Nadie parece interesado en el trabajo, entonces Betita lo explica para los nuevos: llevan un enorme muñeco siempre en la camioneta, un feto de dos metros. Hay que realizarlo. Dibujar los moldes, cortar, coser y rellenar con gomaespuma. Se encargaba una costurera que ya no asiste, se peleó, tuvo un cambio de palabras conmigo, dice la jocketta, se fue a un grupo de Chacarita y se llevó al nonato.

Salo se juega un pleno. Una placa de las grandes al quince, la niña bonita atrapada etcétera. Déjenlo en mis manos, se escucha decir antes de sentir que abrió la boca. Con una foto del original me alcanza. En qué color prefiere, le sale de adentro, mecánico, de tantos años de mostrador.

Gol de Atlanta. Empate por lo menos. Ahora a hacer diferencia.

Tres saldos de cuerina piel, qué te voy a cobrar, querido. Tantos años comprando por pieza, se los envuelve el mayorista de Larrea y lo despide con un beso como siempre. Como antes. Corre el centro de mesa, las carpetas de macramé y el cenicero de Israel que ya nadie ha vuelto a usar. Desembala la circular de cortar y la Toyota de coser. A las dos de la mañana lo tiene listo al nenuco. Parte el rivo a la mitad. Hace tiempo que quiere probar con medio. Y duerme bastante bien.

Llega la reunión siguiente y sigue su ascenso. Muestra en pantalla dos fotos del nenuco en proceso y se le arremolinan alrededor. Betita hombro con hombro, codo con codo, cadera con cadera. Un genio sos, un genio, y lo palmea suave. Quedan en encontrarse tres días después para la marcha. Se sorprenden todas cuando llega con el nenuco dobladito prolijo y sin relleno, en una bolsa de tela de Disco. El golpe

final: A este, relleno no le hace falta; nenuco animado es este. Salo habilidoso y enigmático lo despliega. Y se lo pone después como un overol, dice overol todavía Salomón. Pide desde adentro que levanten el cierre de atrás. Con movimiento el nenuco, dice. Y se mueve lento como entre aguas en el interior profundo de la prenda (para Salo, confección será siempre *la prenda*). Furor el nenuco de Paternal. A ver Chacarita el nenuco de ustedes… Desde el interior oscuro y por un ojal preciso que dejó para respiración disfruta de la cara de mierda del profesor. ¿Cómo se dice te cagué en latín?

El peletero lo ha pensado todo. Será el más sorprendente nenuco de la plaza Congreso. Y su consagración en el grupo. Y como si fuera poco, con el disfraz puede estar ahí sin riesgo de ser visto por algún conocido. Las amigas de Miriam todas de pañuelo verde. Miriam murió antes de los pañuelos pero Salo intenta no pensar de qué lado estaría la finada. Se lo imagina, sí, por eso mejor no pensar. Finada y todo dos por tres se le encula. Y con la finada enculada no hay rivo que alcance. Tres ha llegado a clavarse acurrucado en el rincón de la cama.

La llegada es apoteótica, la camioneta hace su entrada triunfal con el nenuco animado y la bocina. Todos quieren hacerse videíto con el muñeco. Hay bombos y redoblantes, y Salo eufórico se mueve con cadencia próvida, provida. Para aquí y para allá. Expresión corporal. Es la sensación de la marcha. Humille Paternal.

Pasan las horas y llega cada vez más gente. La camioneta queda atrapada en el gentío. Es agosto pero el sol pega furioso. Salomón transpira y baila ahora al ritmo de los parches. Ricudim baila nenuco. Cada tanto para un poco porque le falta el aire. Y se va dando cuenta de algunos detalles que en el afán del cortejo no tuvo en cuenta. El más acuciante: la clásica dupla próstata vejiga. Unas ganas imperiosas de mear, más imperiosa cuanto más piensa que le quedan todavía por lo menos tres horas más de encierro. Y de que no hay manera de salir si no le abren el cierre relámpago desde afuera. Le da ansiedad lo del cierre, claustrofobia, baila para no pensar y se agita más. Retorciéndose en las entrañas del feto manotea como puede el

frasquito del bolsillo y se clava una pasta, así en seco, sin agua. El calor ahí adentro, el ojal que le va quedando cada vez más chico y el aire que escasea. Y escasea…

Me cago en el sintético, una piel de nutria, de visón, un zorro serían lo que serían pero respiraban, respiraban…

Empieza a llamar tímidamente a las compañeras, que vaya a saber por dónde se han desparramado.

—Paternal Maternal, atención, alguna colaboradora que se acerque a nenuco…

Lastimoso.

Pero nada. Nadie. Pega los labios al ojal surfilado. Toma aire a bocanadas pero se ahoga igual. Está mareado. Siente de pronto cómo corre la orina por las piernitas del nonato. Corre y se junta abajo. Impermeable. Me cago en el sintético. Se tambalea. Los tambores retumban como si los tuviera adentro. Levanta la voz de a poco, cada vez más, y termina a los aullidos. ¡Paternal Maternal! ¡Quiero salir! ¡Sáquenme! Algunos manifestantes se acercan y aprueban la performance. No entienden muy bien el mensaje, pero al fin y al cabo quién ha entendido alguna vez una performance.

Cae primero de rodillas el gran nenuco, se apoya después contra la caja de la camioneta, tiene un estertor y de un segundo para otro se viene abajo.

Un aplauso desganado y vuelven a las consignas. Ya no saben qué inventar acá.

La cara del otro más angulosa que nunca es lo primero que recuerda luego Salomón. Manifestantes que se dispersan y miran curiosos. La tiene del hombrito a Betita el otro.

Incontinente, le está diciendo el de Latín a la menuda. No controla vejiga el hombre, una persona de edad, no está para estos desafíos…

En cuanto se recupera escapa. Abochornado.

El taxista lo huele y sacudiendo la cabeza le alcanza un trapo rejilla para que ponga sobre el tapizado. Para qué toman si no les cae bien.

Llega agotado. Un cansancio supremo. Jugado. Jugado me siento. Jugado, decía Salo padre cuando tiraba la última placa grande sobre el tapete verde. Diez mil australes, pum. No puede olvidar la cara enardecida, tembleque, de Salo grande jugado. Tomándose el pulso

con los dedos por miedo al bobazo pero tirando la placa. Hoy me jugué. Entero.

¿Estuve jugado alguna otra vez yo?

Se saca la ropa y se tira en el king. A lo ancho. Falló la martingala, diría su padre. En el fondo mejor, piensa, pañuelo celeste: Miriam desde Tablada le quemaba la cabeza.

Tan agotado, siente que podría dormir tres días. Se sobresalta. ¿Será que jugado no hace falta el rivo? ¿Será que es ese el secreto para dejar las pastas? ¿Acostarse jugado es el secreto? ¿Poner en un pleno todo el loco afán? No dice deseo, Salo, loco afán como el tango; deseo dice el médico de los nervios, olor a consultorio tiene deseo.

Deja el blíster con las pastillas de nuevo en la mesa de luz.

Antes de derrumbarse en el sueño lo piensa: taller de plástica. Muy concurrido el taller de plástica. Y a él habilidad en las manos no le falta. Y buen gusto. No había clienta en la peletería que no le elogiara el buen gusto.

Taller de plástica.

El patrullero ruso del amor sale de nuevo mañana a las calles.

Un loco loco afán.

Dormirá esa noche tan profundamente como no recordaba dormir desde hace años. Cruzado sobre la cama, atravesado.

Jugado.

II. A Valeria

Segunda de febrero en Miramar es un auténtico mazazo en las pelotas. Con el utensilio de ablandar los bifes. Milanesa de testículo.

Salomón sabe del tema.

Se juntan desde el quince en el balneario los propietarios (se dice mucho Propietario entre ellos). Van a cobrar las quincenas alquiladas del tres ambientes, arreglar roturas del inquilino (Inquilino es otra que suena mucho ahí) y pelear con la inmobiliaria por lo poco que se ocupan de todo.

—Inmobiliaria la denominan por lo inmóvil, muñeco.

Cien veces el mismo chiste, Salomón, igual siempre alguno se ríe.

Heredado en los noventa el departamento. De Salomón padre. Un burako de tapa gastada, las sillas plegables oxidadas en el balcón y los caracoles que juntaba la finada. Otro mazazo ahí.

Hablan fuerte de sombrilla a sombrilla los propietarios y se cuentan los daños de la temporada. Compiten a ver a quién le rompieron más. Siempre las mismas sombrillas en el mismo lugar. Exacto. Escarban arena cada tanto y encuentran alborozados sus frascos Hawaiian Tropic del año pasado.

Cada tanto algún propietario crepa y queda el hueco como un desierto miniatura homenaje.

—Vamos pasando nosotros al frente, Salo. —Se lo repite bajito Resnik desde hace veinte años, cada vez que alguno crepa—. Vamos pasando… —Y come churro relleno. Dulce de leche repostero en la barbita rala.

No. Basta de Miramar, este año el patrullero solitario circula. Basta de Balneario Ocean y cabalgata al monte energético. Las bolas al plato los matungos de Holguín, zombis equinos marchando a palenque.

El patrullero del amor arde por conseguir una señora, y cuando piensa en las amigas rusas de la finada vuelve a agarrar el tiernizador.

Que circule, le dijo el doctor de los nervios y contra viento y marea nuestro menudito va a circular. Toda la quincena a Valeria irá. Y en

carpa. Como en el 74, con aquella barra loca de Jonte. Y sin el coche. Micromar. Los momentos más relucientes de la vida fueron siempre Micromar.

Saca del fondo de la baulera del sótano la carpa Tehuelche y la garrafita con hornalla.

Se enteran los dos farabutes y ponen caras. En la mesa de Año Nuevo les cuenta la idea del camping y los dos ponen caras. Caras haciendo juego, engamadas las caras como siempre el dúo farabute. Hicieron matrimonio mixto los dos y las nueritas lo reciben al suegrito condolidas y con dolores. Quejosas las dos como los farabutes. Tales para cuales. Son pelirrojos los dos farabutes como la finada. Uno crespito y otro lacio. Contador del suegro, el farabute lacio. Y el crespo: mecánico dental.

—Padre, acá con Marcos nos interesaría interiorizarnos de alguna manera en tu estado patrimonial —el contador público nacional, claro —. Sin urgencia, una prudencia por cualquier contingencia.

Hay que ser muy pelotudo para hacer versito. Y sobre todo para decirle contingencia. Contingencia. Mientras abre una sidra se lo dice. Pum.

¿Te gustan las rimas? Vos pensando en herencia y yo en querencia, pelotudo. No, muñeco, de ahora en adelante mi plata se la lleva solamente el loco afán. Y atención, farabute, a vos que te interesan las cuentas: no sea te haga tres hermanos nuevos en el verano y de un medio pases a cobrar un quinto. ¿Así que ilusionados los herederitos? Todo el mes me tomo, qué quincena, mes completo me tiro a la fresca viruta. Y consiguiendo señora no vaya a ser me quede marzo también. Furioso, Salo.

No se lo dice, por supuesto, pero lo piensa con una fuerza que insulta.

Ilusionado con las vacaciones, sueña con señoras. Las minas del rey Salomón. Sueña y prepara. Una mochila, del viaje de egresados del lacio (un cepillito, jabón blanco para el moho y parece de esta temporada). Lava y plancha con cuidado amoroso sus conjuntitos. Desde que aprendió moldería de joven se manda a hacer sus conjuntitos a medida. Diseña, corta y lleva los moldes a una costurera del taller. Y el poplin camisero. Short y camisa en la misma tela. Y a

veces chaleco de mucho bolsillo. Cazadora, le dice Salo. Mis conjuntitos. Inseparables Salo y conjuntito llegando la época de playa. Guarda cuatro en la mochila. Tres de colores pastel, mucha sobriedad, y uno más audaz, mishíguene, con flores pop de los sesenta.

Les hace media suela a las franciscanas de cuero clarito. Regalo de un proveedor.

Y ahí va el pequeño peletero, el cazador menudo, sombrero piluso, riñorera de gamuza, filtro ochenta; y una tira de forros Tulipán, su inversión proactiva.

Llega al camping de Valeria a media mañana y mientras avanza a su parcela emanan las puertas de las carpas recién abiertas un vaho a porro que apabulla.

Arma la suya y los chicos, amaneciendo, lo miran pasmados entre lagañas y resacas. Al lado de su carpita tres morochas con los pelos más duros de salitre que haya visto alguna vez. Dos carpas las morochas, casa grande y casa chica. Duermen en casa grande y a casa chica la dejan desocupada en las noches para que la use la primera que pegue fortuna. Las gitanas, les dirá Salo aunque nunca se los diga. Les cae bien de entrada Salomón a las gitanas —Salu, le dicen— y con ese salvoconducto es a los tres días el alma judía de la fiesta. Se mueren con los conjuntitos. Muñeco, le dicen todos. Porque él le dice muñeco a todo el mundo. Y por el vestuario primoroso, claro. Enseguida lo quieren un poquito a Salu. Se ríen mucho por atrás, lo bardean, le dicen punto, aparato, caso; ejemplar, le dicen, pero un poquito lo quieren. Tío Salu.

Muñecooo.

Las vacaciones: esa quincena del año en la que el humano hasta tiene tiempo de ser bueno.

Ya nadie cocina en los campings. Pero el patrullero es conservador. Camina treinta cuadras para hacer cargar la garrafita. Y otras treinta de vuelta. Pasa por el súper y hace la provista. Prepara y convida. Se le arremolinan los vagos alrededor.

Señora no arremolina ninguna todavía, pero paciencia, el cazador paciencia.

Comprando en un súper San José lo descubre entre las góndolas del pan lactal: el doctor de los nervios muy de bermudas y changuito. Se

turba, trata de retroceder disimulado pero se choca un estante con mermeladas, hay estruendo y las miradas se cruzan inexorables. Nervioso el doctor de los nervios. Cruzan unas palabras de compromiso. Acá Salomón circulando, doctor, obedeciendo la receta suya. Cómo no vamos a hacer caso si te lo receta un cerebro. Chiste menudito. Serebrisky de apellido el psicólogo. Pero no lo entiende el psicólogo o quiere huir, vaya a saber, cuestión que lo deja pagando y se pone en una cola de la caja.

Salo cocina y convida a los sátrapas más cercanos. Los sátrapas, les dice y nadie sabe qué es un sátrapa. Pero les gusta y lo repiten.

Sátrapa, una banda de reggae. Una remera que diga.

Varenikes con cebolla frita en grasa de pollo hace el domingo. Se consagra. Los que parten lo pasan a Salo como una posta al contingente que llega, lo presentan guiñando un ojo y lo encargan a los nuevos vecinos: Acá el inventor de los ravioles fugazzeta. Haceles ravioles fugazzeta, abuelo.

Abuelo dolió, patasucia, eh. Lavate las axilas, mugre.

Algunas noches cantan todos en la desafinación histórica de los campamentos. A Salo lo hacen cantar “La balsa” imitando a Nebbia. Y contar el cuento del gatito que lo llevan a debutar. Qué éxito estruendoso el cuento del gatito debutante. Cada tanto de la nada en la playa algún sátrapa recuerda el remate, repite y vuelven a reír a los gritos:

—Gracias, ya cogí bastante. —Tormenta de risas—. Gracias, ya cogí bastante.

El valor imperecedero de lo clásico.

El último domingo de febrero, de despedida, los sátrapas lo llevan a bailar a Ku. Fin de temporada, aflojó el control de puerta. Le piden eso sí que no se ponga conjuntito. Una remera de El Kuelgue le prestan, unas bermudas y una gorra de los Redondos. Kipá moderne, dice el menudo, y se ríen todos mecánicos, por compromiso.

A la riñonera eso sí no hay manera de sacársela.

Entran a Ku en malón; Salito en el medio, un sátrapa más.

Circula por el boliche el menudito animoso, haciendo pasitos como

distraído. Pero el panorama es aciago. ¿Ya nadie saca en los bailes? ¿Ya nadie cabecea? Salo transparente ahí a cualquier mirada femenina. Lo atraviesan como a cristal.

¿Tienen vencimiento los tulipanes?

Pero en un meandro de la barra sucede. Sí. Allí a unos metros nomás una morocha petiza con enormes, enormes, ojos de turca mala lo mira fijo y sonríe. Ah, cómo lo han hechizado siempre las mujeres malas. Se da media vuelta la maldita y antes de perderse en el gentío se vuelve y sonríe otra vez. Seguime seguime. Minishort y medias negras. El patrullero encendido, la busca por la pista, la reencuentra, y ella le sonríe y se vuelve a perder. Una película. En el tercer encuentro ella, en la zona más oscura, en el rincón más discreto, canuto, tramposo, lo espera, apiadada. Y encandilando a ojazos que centellean en la penumbra. Empiezan a hablar de golpe como si se conociesen. Lo hacen tan fácil a veces algunas mujeres. De la playa, de los días de viento, de las aguas vivas de ayer. Ojazos. Bocaza. Salo se ilusiona con partir cuanto antes hacia el médano a ver la fosforescencia. ¿Qué pasa que en las playas ya no se invita de noche al médano a ver la fosforescencia? Tantea los tulipanes en la riñonera. Pero a medida que la vista se le va acostumbrando a la penumbra lo va descubriendo perturbado: la piba, piba piba lo que se dice piba no es. Las arrugas. El colgante de los brazos. La papada. La pancita contenida apenas por el shorcito negro.

No. Salo no es el único polizón en la nave de la juventud. No es el único colado en la edad.

Intenta disimular la sorpresa pero los ojos, que van al detalle, lo traicionan. Tartamudea. Ella se ríe con bocota y dentadura fluorescente, y después de un rato se lo dice. Hace primero un silencio, tuerce la cabecita y después se lo dice:

—¿En serio no me reconocés, Goldfarb?

El peletero se sonroja, se trabuca, enmudece. Goldfarb le ha dicho, hasta el apellido le conoce.

—Y pensar que me tuviste en brazos prácticamente, petizo ingrato.

El nombre relampaguea alumbrando unos segundos aquella casa en Devoto, toda cuerina negra, cristal y teteras de cobre, las panzadas de baklava y el mate con anís que tomaban. Corita Bensimon.

Es Corita esa turca mala. Hermana menor de otra turca, mala también, Sarita, en el tiempo legendario de aquella barra de Jonte. Un filito, su hermana Sarita.

Que se vuelve a la capital esa misma madrugada, le cuenta. Haciendo bolo de piba ella también para poder entrar. Chaperona de sus hijas, mellizas de diecisiete, que le quemaron la cabeza. De las épocas hablan, de la barra, Salo le pregunta por Sara:

—Muerta y enterrada. Me daría más gusto muerta y enterrada pero no, ahí anda la iajne desparramando veneno como siempre.

Amor de hermanas.

Mala como las arañas malas, Sarita. Tal vez por eso le gustaba tanto. Un filito. Una simpatía. Pero no se dio.

Pero cómo me tiran a mí las mujeres malas, piensa.

Se acuerdan de la época. Y se clavan un escabio atrás del otro.

—Cómo le gustabas vos a mi hermana, Goldfarb…

—Mirá lo que me vengo a enterar.

—Y cómo te gustaba mi hermana a vos. Siempre fuiste lento, Goldfarb.

Hay gente que disfruta llamándote por el apellido.

—Y yo más lenta todavía. La tortuga de la familia. Me meaba yo por vos Goldfarb, me meaba, pero no hay caso, lenta. Y la kurve de Sarita que te agarra una liebre en chancletas.

Salo enardecido va y vuelve a la barra con más y más trago. Corita observa primero con precaución las cercanías y lo saca después a bailar.

Cora y Salo bailan. Viejo bailan. Antiguo. Un poco *Modart en la noche* y otro poco ricudim chic. Bailan, se acuerdan, se rozan, y de pronto, de la nada, Corita se pone a llorar despacio. Llora calma y sin perder el ritmo. Interminable.

—Me querés decir adónde mierda se fue el tiempo, Goldfarb…

Salo la abraza y bailan apretados.

Una de las gitanas bailando en la penumbra cercana le hace desde lejos su mímica discreta:

—Casa chica… casa chica…

Saluuu…

Bailan apretados, hechos uno los dos polizones, los dos disfrazados,

los niños de mentira. Como si las hormonas fueran otras, bailan. En el cono de sombra, en el cono del tiempo. Y transpiran mucho. Y ella llora y se ríe, y la risa mezcla los alientos. Criadores, una piedra y cerveza roja artesanal. Y los olores del cuerpo, los postsolar Nivea, los Rexonas. Muy apretados bailan. Ahorcándose. Cora, resollando, lo manotea de El Kuelgue, lo arrincona contra el bafle y le pega un beso de leyenda. Aquel beso. Interminable. Y profundo.

—Dejame que le gane de mano alguna vez en la vida a la kurve de mi hermana.

El beso y la vibración del bafle en la espalda. De eso no se vuelve.

Se arregla el pelo agitada después y empieza a buscar con la vista a las mellizas.

Salo va a decir algo, del médano va a decir, pero la niña trucha ya ha prendido el cortafuegos.

—Lo que pasó en Valeria queda en Valeria, Goldfarb, eh. Esto es esto. Y por más que busques no hay más que esto.

El marido las espera en la terminal de Pinamar. Las valijas, gusto a dentífrico y el termo de mate.

No me busques o te corto las bolas.

Nunca leas metáfora en lo que diga una turca.

Olvidate de esto, Goldfarb. O acordate toda la vida.

Pero antes dame otro…

Busca a las nenas la turca y se va. No lo deja acercarse.

—En la luz me ceniciento de nuevo, potz.

Un remís trucho en la puerta se lleva a las trillizas de chocolate.

El patrullero asoma al fresco caminando como en el aire. Loco de la vida con el beso de la turca mala.

Gloria a las turcas malas, tesoro del sefarad.

Un amor imposible no deja de ser amor. Y califica perfectamente para estar jugado. Perfectamente califica. Hecho. Estoy hecho.

Perdió de vista a los sátrapas. Una multitud volcada regresa a los tumbos lentos por la playa.

En una escalera de madera que da a la arena se lo vuelve a encontrar: volcado también, roto al medio, irreparable. Cerebro fuma despatarrado y canta en inglés. Borracho que no puede ni decir pichicho.

Lo reconoce pero no acusa. Cabecea compungido. Salomón lo mira largo y se le sienta al lado.

Que se vino a la playa a hacer su duelo, le tartajea. Que su mujer lo plantó en enero y se volvió a Rosario con la nena. Que recién llegados de Rosario, que ni un año tenían en Buenos Aires.

El paciente, paciente, lo ayuda a levantarse y como puede lo va orientando a los tumbos por la playa, arreando al alojamiento. Una single en el Viejo Hotel Ostende. Petitero. Derroche al cuete. Pero puede ser haya tanto farabute…

Cerebro se apoya en Salo como en un bastón.

—La vida, petizo… La vida es una poronga —le farfulla—, una auténtica poronga.

Y el paciente asiente.

Faltan diez cuadras todavía para Ostende y Cerebro ya no se tiene en pie. Salo lo desvía para el camping. El doctor se deja hacer. Agradecido.

—Mañana, ojo, que salimos a circular, eh. Horda. ¿Sabés lo que somos vos y yo juntos? Horda somos.

Salo fraterno lo acuesta con cuidado en la colchoneta de casa chica. Perfume a sahumerio de coco.

Serebrisky lo agarra del brazo. Lo mira fijo.

—Petizo… Dame un rivo, petizo.

—Empiece con medio, Cerebro, que esto produce acostumbramiento.

Salo se sienta en la puerta de la carpa.

Un beso. ¿Hay algo más prodigioso que un beso? A ciertas alturas de la vida —las altas lo mismo que las bajas— la emoción de un beso queda reverberando. Y con la vibración de bafle en el culo ni te cuento. El sexo no es para recordarlo, es para vivirlo ahí y que explote. Pero el beso. El beso queda.

Me jugué y salí hecho. Hecho estoy. Hecho está el hombre. Jugado.

Saca la mochila y los enseres. Y desarma la carpa en silencio. Deja limpio su lote como si nada hubiese habido nunca allí. Alisada la arena. Cancha de bochas. Queda el terapeuta durmiendo en casa chica. Un souvenir modestito a las amigas gitanas. Se retira hacia la calle el patrullero ruso en puntas de pie. Le quedan pagados dos días más pero

no, no, ya está hecho. Que ninguna pavada empañe el temblor de ese beso.

Se duerme en el individual del Micromar con una sonrisa escultórica.

La máscara hebrea de la comedia.

La vida está para vivirla, muñeco.

III. Luján

Quién no ha cogido alguna vez entre primos…

Lo soltó hace años, un mediodía, Miriam, la finada, tomando un Cinzano en el quincho de los Blumental. Que gente farolera los Blumental, quincho con aire split.

El Cinzano es muy locuaz. Si conociera la policía las virtudes locuaces del Cinzano, todos los interrogatorios serían con vermú.

Y desde aquel día locuaz en el quincho, no hubo roshashaná en el que Salomón no te semblanteara al primaje de su mujer uno por uno.

Fuiste vos, Marquitos, te lo veo en el semblante ese de queso mantecoso. Marquitos cuartirolo.

De eso, del sexo entre primos, se acuerda ahora el viudo leyendo el mensaje de prima Lía. Y de aquella vez suya, claro, que con prima Lía. ¿Fue con ella la primera vez? Si descontamos esos dos sábados deprimentes en el quilombo de Caseros, fue con ella. Y las tres siguientes también. Siempre en domingo, como la película. Y en la quinta del zeide. Cama camera con edredón.

Treinta años sin verse con Lía. Vive en Luján y no baja nunca a la capital. Bajar a la capital, dice, como si viviera en Purmamarca. Retirada en Luján. Un Facebook sin fotos por todo contacto, puro Messenger nomás. Enigmática, Lía, como antes, como siempre.

¿Estaría igual de rellenita? Rellenita era. Maduran antes las rellenitas. Y de extraordinaria pelambre; enrulada igual que ella. Eléctrica como ella. Y los dientecitos conejo que de cualquier sonrisa te hacían sorna.

"¿Seguís solo? Jajá —le escribe—. Acá en Luján no me durás una semana soltero, perejil, jajá".

Treinta años sin verse. Tenía la peletería Salo todavía. Le garroneó el zurcido de un quillango piltrafa. Y le terminó vendiendo dos grabados de Schurjin para la campaña financiera del partido. Prima Lía. Prima Lío, decía su madre. Todo tumulto esta chica, decía. Revoltosa. Esta no te sienta cabeza jamás. Lejos de la prima, Salomón,

le decía. Esa chica anda en cosas.

Se han escrito con Lía alguna otra vez, formalidades, pero formal nada nunca: pésame, feliz cumpleaños, shaná tová. Por eso tan raro el mensaje:

"¿Seguís solo como un hongo? Venite el sábado, hago reunión, hay compañeras. Te quedás a dormir. Sobra lugar. Es brava la autopista para volver de noche y bebido, y acá se bebe, Salo. Ah, y traete malla".

Está por contestar que no, el menudito, o no contestar que es su otra forma práctica de resolver todo en la vida, pero en su loco afán el menudito sueña señoras, y las viejas palabras sagradas vuelven a resonar cada noche como la voz de Dios en las películas de semana santa: "En los lugares de siempre no va a encontrar nada: con las que tenía que pasar ya pasó, y con las otras no va a pasar nunca. Ábrase y circule".

Ábrase y circule ha sido desde entonces el Mandamiento Serebrisky, la Ley Terapeuta, el mandato psi para el viudito. Gran médico de los nervios, el joven Serebrisky. Eminencia.

¡Circule!

Salo le cambia el aceite al Mondeo y lo manda lavar. Un transatlántico. 2008 el Mondeo, pero muy bien atendido.

Llega a Luján al mediodía. Conjuntito, camisaco y el detalle: gorrito visera pero de cuero suela. Elegante sport. Le cuesta encontrar la calle, una cortada de tierra que termina en alambrado. Casaquinta, le dijo prima. Busca pero casaquintas no hay. Va y viene tres veces y al final se aviva: una casita chiquita, gris vetusto, con quinta adelante. Casa y quinta. Unos surcos tortuosos, unas espinacas larguiluchas y achicoria comida por los caracoles. Sal gruesa alrededor para las babosas.

Estaciona y ahí está la prima, parada en la tranquerita de alambre tejido.

Maciza sigue estando. Y melenuda. Solero hindú y los colores del sol en la cara, en los brazos, negras las piernas también. Aquellas dos columnas. Nunca olvidó aquellas dos columnas. Firmes entre las gasas que se agitan con el viento.

—Mirá qué bote tenía Salomón… Coche grande nabo chico, dicen.

Listo, ya la cagó esta chica, cuánta razón, mamá, a qué vine yo acá,

me querés decir, mamá.

—Pero no te explayes que no hace falta. No me olvidé para nada —dice prima Lío.

Y pone dientecitos conejo.

Se cambia en un bañito de cerámicos decorados. Un lejano olor a pozo ciego y uno cercano a acaroína. Solo en Luján se debe conseguir todavía acaroína.

La pileta es de plástico, arriñonada y gris de sarro. Cuidado las plantas, le dice Lía cuando se mete, y Salo mira, sin entender, los frutales que la bordean.

—Las plantas de los pies, espinaca. Hay rajadura grande en el piso, no vaya a ser que te las pellizque, te arranca pedazo…

Espinaca. La manía de la gente verde por los motes botánicos.

El agua está fresca. Linda para después de manejar. La revoltosa se sienta en el borde. Las dos columnas sumergidas. El templo abierto. Salo mira para los frutales pero los ojos se van a las columnas.

Prima se ríe y lo salpica:

—¡Relojero! Qué relojeás, relojero… Todo carne de primera, esto, ojo, Goldfarb, eh. Musculatura quintera. Acá no hay pilates transgénico. Y no te pongas colorado, tomate, te pido; que te adivino el pensamiento, me pongo colorada yo y terminamos encausados por brigada roja.

Ensalada fresca de pollo frío y verduras de la quinta, una siesta en la reposera de lona y una jarra de té helado de cedrón. La tarde se le resbala. Ni tiempo de hablar de la vida. Pavadas sueltas. Unos estiramientos faroleros de yoga.

—Mirá qué junco se te ve para estar viudito.

Una rara sensación de bienestar. Más todavía después de las seis con jarra de clericó (toda fruta casera, acá no se compra una mandarina), y de la ducha de la rubicunda: la pelambre mojada, olor al limón del enjuague y otro solero, dale con lo indio, escote tembleque.

Quééé pasaaaa, Salomón…

A las nueve en punto llegan los invitados. Nunca ha visto una puntualidad así. Tres señoras y un señor. Singles los cuatro por lo que se ve. Salo empieza a padecer el viejo bochorno casamentero. No hables mucho, Salo, se dice, morigerá con los chistes, Salo…

Se ha puesto las mejores galas: otro conjuntito, verde musgo, short y camisa, y unos mocasines de engamado perfecto.

A primera vista y a su gusto dos de las damas merecen; rubia de mueblería una, y veterinaria la otra, pelo cortito. La tercera, de cara muy afilada, queda fuera de competencia. Nunca se ha llevado el menudito con las caras afiladas. Vaya a saber los ancestros.

Son parcos los cuatro personajes. Solemnes. Raros. Desenvuelven comida casera que ha traído cada uno. Discuten el orden de los platos con severidad concienzuda. Se sientan y el caballero arranca de la nada un raro monólogo. Ha leído una novela —va entendiendo Salo, no sabe muy bien cuál, pero calla y asiente— y la resume al resto de manera minuciosa. Y el resto escucha protocolar. Va tanto al detalle que harta. ¡Devolución, devolución! Le reclaman.

—Fin de la novela —dice al final—. Evaluación del responsable —anuncia como corolario, hace la pausita y espeta tajante—: Burguesada.

Mucha palabra pasada usan los personajes. Hace tiempo que Salo no escucha tanta palabra pasada junta. Proleta, dicen; la clase, dicen; revoluta, pequebú, responsable, dicen palabras que ya nadie dice.

La mueblera de pronto deja caer un nombre y como si fuera un juego de prendas estalla la diatriba. La Mecha Paz, dice. Por la Mecha se enciende y en Paz explota. Son todos a un tiempo a denostar. Salo entiende que es funcionaria la Mecha, de Cultura parece. Y algo ha hecho con la biblioteca municipal, un arreglo, algo, con el presbítero. Opio de los pueblos, largo etcétera.

Qué raro es todo…

Viudito, un poco agobiado, se acerca al equipo de música y revisa los cedés mirando cada tanto de reojo al grupete belicoso. Se agita rítmico, así Club del Clan.

—¿Y si ponemos un poco de musiquita? Cheee, una reunión del partido parece esto…

Ninguno de los cinco se ríe.

Silencio blanco. Pero blanco.

La colgué.

El menudito tartamudea en su confusión:

—Ojo, eh, broma…

Chau mueblera, chau. Chau veterinaria…

—No, qué, a ver si… si de inclinación izquierdista yo toda la vida…

Silencio más blanco todavía. Impoluto.

La afilada hace un giro elocuente con el cogote anunciando opinión, alza cejas.

—Izquierdismo —clava y se limpia la sangre con servilletita de papel—, enfermedad infantil del comunismo…

Los solemnes la miran a Lía ahora, que se excusa con la boca llena, medio huevo a la rusa. No le dije nada todavía. No hubo tiempo. Lo mira al primo y le espeta como si fuese el culpable:

—Del partido no, zanahoria. De la Fede. De la Fede de Luján es esto.

Salito busca en los labios de Lía la seña conejo, pero no. No. La mira absorto.

—Federación. Juvenil. Comunista. ¿Hay que explicarte todo con cuadro sinóptico a vos? Pero si te dije que era una reunión —sigue prima, tragando. Manchita de mayonesa en la comisura.

La Fede de Luján.

—Célula hibernal —aclara veterinaria.

Invernal entiende Salo, se desconcierta más. Y sí, está fuera de temporada nomás la gente esta.

—Hibernal —le recalca fastidiada la filosa—. ¿Este hombre tendrá idea de lo que significa hibernal? ¿En hibernación? Bua, de exterminar a la fauna es lo único que saben los peleteros, parece.

No, si con la afilada no va a coger nunca…

Se lo explica el caballero en complicidad meliflua. Después de los noventa la Fede ahí se fue vaciando. Mierda en la cabeza, compañero. Muy escasa conciencia las nuevas generaciones, el menemismo hizo desastre, dice el caballero. Mierda en la cabeza, los hijos. Se les hicieron todos liberales. Todos menos el de la mueblería, que parece que peronista.

—De izquierda, de izquierda, eso sí, de izquierda —dice la mueblera… Y los otros levantan cejas comunitarias.

Desconfiá de cualquier afirmación que te repitan tres veces.

Los solemnes se turnan ahora rigurosos en la explicación: se han hecho cargo del desafío hissstórico, hissstórico, dicen con mucha ese, la mantienen en latencia a la Fede, viva y conservada para las

generaciones que vendrán.

Salo piensa en Disney.

Hacen pintadas los sustitutos, cuelgan pasacalles, intervienen carteles públicos (Luján Cuna de la FeDe, recibe al turismo el arco de entrada sobre la ruta). Y sobre todo, y ahí se va gran energía, publican la revista *Juventud*.

No hay caso, te salen atorrantes los hijos, te pasás la vida haciéndoles los deberes, piensa Salo.

La redacta la filosa a la *Juventud*. Una maestra de la palabra, dicen. Con espíritu juvenil la redacta, le aclara veterinaria. El caballero es imprentero —gráfico, corrige el imprentero—, y se encarga de los ejemplares.

Juventud interina.

Hasta repartidor tiene el órgano. El órgano, le dicen a la revista. Alumno de quinto de la N° 1. Distribuye adentro en su escuela y en cinco más a la salida. Y cobra un salario justo. Tres años ha repetido el santo para mantener la changa. Repetidor repartidor.

Banda tributo. Banda tributo, piensa Salo, confundido, y se acuerda de los cuatro shleper que aullaron en la fiesta de los Blumental. Gente farolera, hacer tocar conjunto en el quincho.

Fueron siempre ocho en la célula, le confía luego Lía en la cocina cargando bandeja, pero pasaron cosas. En octubre tuvieron que hacer comisión de conducta para el artista plástico, que tuvo una relación clandestina, le cuenta, con la esposa del farmacéutico. Hubo expulsión. Y en el bochorno la traidora y el boticario corneta se apartaron también. Conclusión, perdieron tres miembros. Señoras hay pero les faltan hombres.

Miembros nos faltan, Salito, atendeme a la palabra.

Y el patrullero del amor va entendiendo qué hace allí. La mira a Lía irritado y la fornida le responde con muequita conejo. Y le toca jodona el brazo; demasiado se lo toca. No te enojes, zapallo…

Han cargado las bandejas pero no vuelven. Se quedan ahí, en silencio, apoyados en la mesada, las tarteletas humeando. Y ahora es ella la que lo mira y él esquiva. Y van y vienen los ojos. Y las miradas se van volviendo de a poco doble mano. Cada tanto ponen las largas, se encandilan. A punto de chocar de frente.

Contra la mesada de cemento llega la colisión inevitable.

En la sala mientras tanto la célula ha retomado la causa Paz. En la mamúa incipiente deciden por unanimidad hacerle esa misma noche una pintada afrentosa frente a la basílica: PAZ FELPUDO DEL CLERO. Pero no se ponen de acuerdo. Hay moción ruidosa de la afilada de que diga “de la iglesia”. No podemos confundir iglesia con clero, compañeros, por favor. No es un detalle semántico. Discuten.

Lía en la cocina se separa apenas y se lo susurra contra la mejilla: Minutito más minutito menos, para media hora, tenemos. Ahora de entrada expone cada uno, la Pochi Saccone después hace moción y ahí votan. Media hora seguro. Y si hay empate quién te dice, un cuarto de hora más. ¿Te ves media o tres cuartos?

Muequita conejo.

Cuartito, piensa Salomón pero calla y se deja llevar de la mano al lecho. Dos camaradas de espaldas marchando al futuro. Un rotograbado del *Pravda*. Suplemento dominical.

En la cabecera por crucifijo hay un Carpani y la cama es un desparramo de cobijas. Prolijidad Lío. Salo saca —al fin por Dios— su tira de tulipanes, pero no, tampoco, la activista se la abanica con gesto rápido.

—Una tela de araña contra el riesgo y un muro contra el placer. —Prima Lío se te sabe todas las frases—. Piel con piel, peletero… A este visón no me lo toca un poliéster. —Se la quita, la revolea y lo tumba sobre el colchón.

Y sí, sucede.

Oy vey iz mir, qué lindo era coger.

Vuelven a la sala al rato disimulando discretos.

Yo no fui.

Ha habido votación. Clero le ganó a Iglesia tres a uno y han decidido no perder un minuto. El imprentero ha alistado un tacho y una brocha. A la vieja usanza, qué me vienen a mí con aerosoles, globalizados.

Se organizan.

—Vamos con el de Salo que entramos todos. —prima Lío.

Cuánta razón siempre las madres en sus dichos. Escuchá siempre el consejo de una madre.

Tres adelante tres atrás.

El paredón impoluto, invitando, pintame pintame.

Una compañera de campana en cada esquina, Lía desde la plaza, la mueblera sosteniendo escalerita. Y el caballero en la brocha (que para letrista, desprolijo feo, digamos la verdad), cerrando la pintada zaparrastrosa con la consigna estelar de la célula fraudulenta: FE EN LA FEDE. Una poeta de los paredones la afilada. Lástima semejante salpicadura.

Los falsos jóvenes se cabecean cómplices y dispersan diestros. Los primos ligeritos guardan enseres en el baúl. Tan ocupados con diario viejo para no enchastrar alfombrita del Mondeo que ni lo ven venir al agente.

Atentado contra la propiedad pública para los dos. Y registro vencido encima Salomón.

Tan atestada de ebrios sabatinos la comisaría de Luján que ni separarlos pueden, a una celdita del fondo van a parar juntos los primos.

Le permiten una llamada y lo despierta al hijo mayor. Al lacio.

A media mañana lo vendrán a buscar con el hermano, con el enrulado. Y con el abogado del suegro. ¿Tenían que venir los dos? ¿Hacía falta? Cómo les gusta a los farabutes echarte en cara todo.

La noche en el calabozo es pesarosa. Los olores, la humedad, el banco duro.

La combativa lo consuela a pura muequita conejo. Triste la muequita conejo.

—De qué te me quejás, zanahoria; como veinte años en una noche te saqué. Preso por pintada diez, y coger entre primos otros diez por lo menos.

Salo cabecea agobiado pero, ojo, lo considera. Primita se le sienta al lado.

—Bua, no te vas a ir rengo. Vení a rejuvenecer otro cachito.

Lo desabrocha. Bragueta con botones todavía en el short del insigne conjuntito.

Sexo en una comisaría te saca quince, calculale, por lo menos. Una transfusión de células madres.

Los largan cerca del mediodía. Prima despeinada como nunca lo

despide en el pasillo antes de salir.

—Venís el sábado de nuevo, ¿no? Dale, ¿qué tenes que hacer amargo en capital, capitalista…? Allá te vivís quejando y te agarrotás; acá hacés la protesta y se te ablanda la humanidad. Protesta es yoga, Goldfarb, a vos que te gustan esas burguesadas. Queja es artrosis. Artrosis del ser es queja…

La hirsuta profeta materialista.

Veremos veremos…

Piquito en el pasillo, frente a la virgen esmaltada en azulejos.

Despeinada. Twist.

Los farabutes lo esperan en la vereda con gesto agrio. Vinagre de pelirrojos. No hacen falta explicaciones. Silencio corrosivo. Lo miran pajarito. Con un solo ojo y de costado. Eso lo aprendieron de la madre. Se vuelven con él en el Mondeo. El lacio maneja, resopla por la nariz peluda y dice sí con la cabeza. Y el crespito al lado gruñe con mucha erre. Salo se recuesta atrás. Un cansancio monumental. Otro sueño más sin rivo. Hermoso. El sueño anhelado ese del loco loco afán.

No han entrado todavía a la autopista y lacio se lo dice con énfasis depresivo:

—Ya no sabemos qué hacer con vos, Salo. Ya no sabemos qué hacer…

El pequeño abre apenas la ventanilla y se duerme con el vientito en la cara.

Pudrite, burguesito.

IV. Carcajadas a la carta

¡Y arriba el teatro! Con énfasis así un poquito fastidioso de más. Intenso.

Tener todavía aparato contestador es de aparato. Pero grabarle “Y arriba el teatro” en el mensaje es de aparatoso.

Las cosas como son.

Pero qué va’cer, son actores, piensa Salo.

No quiere dejar dicho, hablar con alguien quiere, pero está siempre, me cago en el aparato.

Teatro para adultos, dice el cartel en la vidriera, pero adultos no quiere decir nada. Adultos decía el curso del Rojas y el mayor tenía treinta. Empezó, se abatató y dejó. Necesita certezas. Certezas necesito, piensa el viudito y se va un viernes a la hora de entrada a semblantear el ambiente. Ve entrar señores y señoras. En edad de merecer, las señoras. Entonces sí.

—No, no. Previa entrevista de selección con el maestro —le dice la secretaria del estudio. Seca—. Acá el ingreso es exigente.

Muy riguroso eso de exigente no resulta, vamos a decir la verdad: ocho minutos antes de la clase la entrevista, de parados y con el maestro relojeando el teléfono. Bigotito odioso, el maestro, bigotito de “y arriba el teatro”. Y remera percudida. Se ve que del sermón que le declama hizo varias temporadas porque lo recita picadito. Como pasando letra. Actuar, en aquel curso del Rojas, no actuó pero los términos te los aprendió todos: pasar letra, dar el pie, picadito. Picadito y sin tomar aire declama el maestro. El Pinti de los maestros, piensa Salomón. Mucho no le entiende su proclama picadita. De cosas que no entiende nada lo arenga; de Barba, sobretodo, harta con Barba, lo barbiano, y del valor inmarcesible de lo experimental. Cinco veces por lo menos lo del experimento.

Pardal.

Experimento, en la cabeza menudita, es Pardal. El inventor loco que salía en la *Pato Donald*. Cada experimento una nueva explosión.

Profesor Pardal. Teatro en Patópolis. Voy y pum.

Pardal termina su prédica picadita y cierra con apelación así medio como al pasar (ahí sí, nada de pasar letra el maestro, creatividad escénica pura):

—Si quiere se anota ahora y empieza hoy mismo, pero el mes se paga completo. —Están a doce—. O deja pagada la mensualidad del que viene y empieza allí. Vacantes limitadas. —Será lo que será, pero tiene mostrador este muchacho. Y aunque Salo no se ha venido preparado para la ocasión, media hora después está en ronda de calentamiento en el salón gélido.

Estiro estiro estiro… me dejo caeeeer…

Descalzo, en remera de Florianópolis y de súbita humanidad fragante.

Ah, qué invento la riñorera: Dove roll on y Noc10.

Presencia física total, exige Bigotito: compromiso del cuerpo-mente-emotividad llevado al máximo de concentración y silencio. Barba bla bla Barba bla, etcétera. Estiro estiro estiro… Me conecto con los compañeros... Los enfrento, cara a cara, y los observo. Gracias, Pardal. El patrullero ruso escanea el plantel y antes de terminar el ejercicio tiene armado el primer ranking Goldfarb.

Planá, planbé, plancé. La secreta división que traza eternamente en un grupo el hormonaje de cada ser. Su mapa. División erótica. Amigos. Conocidos. Nada. No sé. No te toco con un palo. Matémonos ahora mismo.

Para cuándo un paper del Conicet sobre los mapas eróticos.

Mientras tanto Pardal, dale que dale con Barba. A cada Barba nuevo Salo va registrando en la clase sonrisitas clandestinas. Manitos tapando la boca.

Hay un break en la mitad. Un barcito mustio en el hall. Cafetera Top House y una azucarera con cucharita comunitaria. Invertí un poco, shleper. Cafetean en corro, y Salo se arrima.

No lo incluyen pero tampoco lo rechazan, se corren un paso, al menos, y le hacen un lugarcito en la ronda, que no es poco para primer día. Todos, salvo un pelado pecho gallito, ignorador empedernido, que se empecina en parársele adelante.

Habla fuerte de la clase y lo tapa. Y cuando retrocede lo pisotea.

Salomón exprime discreto sus virtudes menudas y en un huequito que le deja el calvo se filtra veloz de costado y expande la grieta.

El pelado lo cala fruncido.

—Ah, acá justo está el señor nuevo. Habría que ver qué le pareció al señor nuevo, ¿no?

Señor y nuevo sonaron feo como tu culo, peladito. Botoncito.

Recibe el bife Salo, amortigua con paso atrás como los buenos peleadores y contesta de derecha:

—¿De la clase me pregunta? Y, la clase… Una barba… ridad…

Unas primeras risas modestas, la réplica no ha sido tampoco para caerse de culo. Pero levanta su llama módica de risitas, y el chistoso sabe: si no la dejás que se apague del todo, alcohol enseguida sobre la brasa y la risa vuelve a arder.

—Y yo de esto entiendo bastante, ojo.

Pausita, dejalos que piquen. Serio, Salomón, que serio es más reidero siempre.

—Yo ya te hice un curso con Georgina.

Otra pausa para que rían primero los avispados. Siempre hay que ganarse primero a los avispados. El chistoso sabe; te aman los avispados cuando te entienden ellos solos. Ahora sí, ahí va para los dormidos, avispate, peladito:

—Barba… rossa…

Pum.

La risita que se apagaba se enciende a risotada. Salo siente de nuevo en los cachetes colorados el ímpetu irresistible ese del ocurrente. Llega como una ráfaga la carcajada, uniforme, armónica. Qué animal raro el humano que ríe a coro. Pero he aquí que en el conjunto de voces afinadas, sumisas, suena una desobediente y preciosa. Una risa diferente. Y a destiempo. Femenina y melódica. Qué cantarina, no, qué… cantante… lírica esa carcajada. El ocurrente la busca entre el corro cafetero y ahí está. No tenía enorme figuración en el ranking animoso, fijate, pero pasa ahora rauda a la cabeza. La risa es lo suyo. Y no es solo el sonido, no. Tiene boca grande y dientes perfectos. Y un pintalabios que es arte plástica pura. Y es linda al oído esa boca, y es linda a la vista; y diría el patrullero del amor que huele a Sugus de limón. A Sugus de limón aromaba aquella boca del primer beso. Cine

Metro. Cinerama. Y disfruta de sus chistes menudos, nada menos, esa risa. Y cuando todas se fueron apagando larga una ráfaga más. De premio. Y el ranking se le descalabra a la mierda. Y siente el impulso de meter otra ocurrencia y otra más que haga volver a sonar a la señora Sugus de limón.

Esa adicción insaciable del chistoso.

Quedate con la que se ría.

Las palmadas fastidiosas de Pardal interrumpen, y vuelven a la barbería.

A la salida la ve joder con otras señoras y escucha sonar su melodía otras tres veces. Allegro, adagio y scherzo.

Como si fuera poco la risueña se va en bici. Señor mío, cómo suma puntos una bici.

Una ricurita de sesenta.

Salo vuelve a casa con la cabeza aturdida, así, medio trapito. Ni sabe cómo se llama la señora. Risa, le dice. Qué bien le ha venido el centrifugado este. Fueron semanas bravas las últimas. Volvió al Rivotril, se ha venido hundiendo. Piensa en los hijos y se hunde; y en la finada, que era su par, y se hunde un poco más. Va viendo cada noche cómo se agota de a poco el blíster de las pastas, necesita receta, pero no pide turno, no quiere ir a lloriquear fracaso. Una cosa era el médico de los nervios, aquel viejo dispenser de barbitúrico, y otra este nuevo que primero lo hace hablar. Dejate de terapeuta un rato, Serebrisky, y escribí clonazepam genérico en la receta con la birome de Roche.

Salito vuelve al curso encendido. Azufre y potasio, ocurrente y reidora, no hay par dialéctico más dinamita. A las tres clases ya se ha ganado la fama de gracioso.

Como el perrito que recibe el terrón: ríe Selva (Selva, se llamaba Risa al final) y Salomón responde. Mete una ocurrencia atrás de otra. Ametralladora Goldfarb. Levanta la mano a cada rato para pasar y en cada improvisación mete una chuscada. Y en cada break cinco más.

—Teatro antropoilógico, hacemos acá: no hay ser humano que lo entienda…

Largan todos la carcajada salvaje. Todos menos las adoradoras, claro. Todo curso de teatro las tiene y aquí son dos. Lo siguen al

maestro desde un centro cultural en Patricios. Se vienen mártires en el 118 a hora pico. Lo idolatran a Bigotito. Y no soportan broma. Salo aprende a esquivarlas. Las gambetea primero y recién después patea. Más barbudas que el Barba, dice de las adoradoras una noche en el barcito y el apodo sandunguero rompe la red. Trending topic top house. En adelante, "las barbudas".

Selva sigue riendo. Y Salo está feliz. Charlan a la entrada. Y a la salida al pie de la bici. Tan jodón el menudito y lo nervioso que se pone con la señora. Por hacerla reír ha puesto en valor su talento chistoso de siempre. Y su repertorio. Tantos años de mostrador desarrollaron gran repertorio. El vendedor chistoso despacha mucho pero guay de reiterarse: una repetición y se vuelve el pesado. Un cuento que repitas, una réplica, un chascarrillo remachado y listo, ya sos el pesado. Famoso, Salo por el repertorio infinito, una nanomáquina de contar cuentos. Los amigos de Hacoaj lo llaman dos sábados por año a contar al quincho; esa utopía clasemediera de country de ser artista de fin de semana. CARCAJADAS A LA CARTA. Lo escriben en imprenta en una pizarra a la entrada del quincho y dos sábados al año Salito es histrión oficioso de la cole. Le dicen una palabra, cualquiera, le piden un tema, lo que sea, y para cada cosa te sabe un cuento. Y en eso está la gracia. La gracia está en el cuento, pero más en verle la pirueta de encontrarlo. Y en el desafío de hacerlo perder. Pero no hay caso: viene la palabra y ahí de sobrepique va el cuento. Remata, saluda de gorrita y chucuchucuchucuchucu… Sí, hasta muletilla tiene el histrión. Es de Hijitus la muletilla, pero chucuchucuchucu…

Mirando películas viejas en Volver (se roban muchos chistes en Volver), Salo descubre a Pardal en bolo vil. Bolo ruin: bañista nudista en *Los bañeros más locos del mundo*. Treintañero Pardal. Un desnudo cuidado, dirá en la clase con sonrisita nerviosa: una pierna cruzada que tapa las partes y gran plano de pubis melenudo. Pero muy melenudo el pubis. Y un parlamento consagratorio:

—Chicos, ¿y si nos metemos?

Chicos y si nos metemos será sonsonete eterno de recreo.

Pan amargo, se defiende Pardal cuando se lo mencionan, colorado como un tomate, pan amargo y se justifica en rebuscada complicidad,

que las cosas de la profesión, que el actor debe vivir, que los convenios, que la entidad. Bla bla. Y el pan amargo otra vez.

Quedan todos calladitos, medio vergüenza ajena. Pero Salo, irreprimible:

—Bueno, Barba Barba no será… ¡Pero qué bigote tupido, maestro…!

Listo, Salo. Sos el odiado. Date por muerto. Las devoluciones de Pardal lo empiezan a remachar contra el piso. Bufa y lo desprecia. Sobre todo cuando Goldfarb hace el bufo.

—A ver, Salomón, a ver. ¿Usted quiere actuar o quiere hacer reír? Porque si quiere hacer reír mejor se busca un cursito de payaso.

Lo remacha. Le repite tres clases seguidas lo de payaso. Se lo quiere sacar de encima. Confabula con las barbudas. El raquítico, le dicen. Salo se entera lo de raquítico pero muerde palito y aguanta: hay en el medio una risa en bicicleta.

—A ver cuándo te venís en bici, Salomón —le dijo la reidora. Salo se zambulló en la baulera y mandó a arreglar la playera del farabute más chico.

Las barbudas traen novedades. El maestro ha estrenado un espectáculo soberbio en una sala independiente. Ellas vieron el ensayo general y están estalladas. Estalladas, dicen. Hay que ir a verlo al maestro. Obligatoriamente. Está soberbio. Una cita con el arte experimental. *El cojín* se llama el espectáculo. Ponete un nombrecito. Y tienen dos talonarios de entradas a mano para venderle al alumnaje al módico precio. Haciendo filita. Se las dio el maestro a las entradas, claro.

Deciden ir todos juntos el sábado.

¡Y que viva el teatro!

La bici ya está como nueva. No entra en el ascensor pero el menudo la sube y la baja por la escalera. Un vía crucis. En cada piso la compasión de un vecino. Hace un frío de cagarse ese sábado, se pone su gamulán, unos guantecitos de gamuza, su gorra de cuero y voilà el ciclista.

El teatro queda en medio del Once comercial. Un primer piso arriba de un local. Salo ata la bici a un poste y se ríe. Conocido el local y conocido el dueño. El cejudo Plotnick. Un negocio de artículos de punto, más impuntual que un vidriero. Le compraba cuellitos de

morley y puños para sus camperas de gamuza y se la pasaba reclamando entrega. Arriba tenían el taller pero con la importación vendieron las máquinas por chatarra y se lo cedieron al hijo inútil. En toda familia judía hay un fruto de la maldición mayor: Que Dios te dé un hijo artista.

Se juntan en la vereda y suben en malón. Selva lo chichonea, Salo tartamudea, se sientan juntos y se tapan las rodillas con el gamulán del caballero. La felicidad es un gamulán frazada.

La obra es rara. Rara por ser benevolente. Y larga. Pero larga. Interminable en realidad. Menos mal las rodillas bajo el gamulán. La dirige el hijo de Plotnick. Hace señas desde la cabina. Cejudo como el padre. Igual de incumplidor: la obra no se termina nunca. Así que esto era experimental. Pardal está para matarlo. Un mate lavado. Hay un payaso grandote que canta en inglés. Cara conocida el grandote, un viejo moderno de la tele, de la época de *Cha cha cha*. Ostenta el cojín el clown y se lo arrebatan. El cojín es un almohadoncito (¿por qué no le habrán puesto *El almohadoncito*?). El que lo arrebata se le sienta encima y listo, tiene el poder. Y ahora todos deben obedecerlo. Y como no hay poder bueno el sedente ordena déspota, y humilla. Así hasta que otro le afana el cojín y todo vuelve a empezar. Cada tanto se la agarran con el público, eligen a uno, lo rodean si está en las filas de adelante; o lo hacen pasar, y le hacen sentir el rigor del poder. Le gritan. Gritan mucho mucho, ¿nadie les dijo que gritan demasiado? Tiembla la platea cada vez que se acercan mirando espectadores. El pánico eterno del teatro participativo: que no me toque a mí, que no me toque a mí… Los adultos Pardal se miran y resoplan. Ganas de irse todos, pero son gran mayoría en la platea liliputiensa y quién le deja el teatro vacío al maestro.

El espectáculo es insufrible. Uno de los cojinetes empoderados mira a Salo con gesto furibundo. Terror. Se acerca, levanta el gamulán y toma a Selva del brazo. Ah, no, con la prenda no. Ni la prenda ni la prenda. La primorosa tiembla, se resiste, pero eso estimula al contrapoder. Qué hinchabolas el contrapoder. La risueña lo toma a Salo de la mano pero igual se la van llevando. La hacen tropezar y casi se va de boca. Lo mira a los ojos con gesto despavorido. Y es ahí donde el patrullero estalla. Se arroja contra el cojinete, le arrebata el cojín y

con el dedo en ristre lo conmina a retirarse. El potz duda y el menudito aprovecha y se escabulle; esquiva a una larguilucha de ojeras que le tira el zarpazo y corre como una criatura entre las sillas de plástico. Súper Hijitus. La afición desde la tribuna empieza a alentar. Plotnick chico gesticula como un mono desde la cabina y el elenco entero persigue ahora a Salo.

—¡Tengo el cojinche, tengo el cojinche!

Alborozo de curso nivel adulto.

Pardal enfurecido lo arrincona al petit contra una baranda, le manotea el cojín puteándolo por lo bajo y empieza la cinchada. Salo no suelta. Lo arrastran un poco, parece que lograrán recuperarlo pero no, no. Desde lo alto de una silla, una voz feroz pero cantarina, selvática, lanza su arenga furibunda:

—¡Tiene el cojín o no tiene el cojín, pelotudo! ¿Manda o no manda el que tiene el cojín? ¿Cómo es acá la obra esta? O le obedecen al cojín o nos vamos todos y nos devuelven la plata ya.

Devolver y plata son las palabras mágicas porque el elenco en pleno se repliega confundido. Reunión muda de cooperativa. Propongo matar al raquítico, mocionan los ojos de Pardal. La ricurita sesentona se baja de la silla aplaudida, Salo se escurre hacia la escalera que sube a camarines y permanece allí balconeando como en un palco. El elenco desconcertado no vuelve. El director hace señas desesperadas desde cabina pero nadie sabe qué hacer ni por dónde retomar.

—¡Uno de tres actos, Salo! —le grita jodona la afición—. Contate uno de tres actos…

Carcajadas a la carta.

Nunca le des pie al chistoso.

Empieza tímido, murmurando, como insinuando una broma, pero nadie lo para y se va posesionando:

—Primer acto: un feto mirando a otro feto. Segundo acto: un feto le guiña un ojo. Tercer acto: los fetos tienen sexo. ¿Cómo se llama la obra...? Atracción fetal.

La platea estalla. Joda corrida. Nunca el teatro estuvo tan vivo. El elenco a la orden de Plotnick intenta ahora derrocar al desopilante en su atalaya.

Un golpe de teatro.

Como no pueden tocarlo, los experimentales atacan a actuación pura. Gritos y más gritos. Resonador occipital y laríngeo. Y brazos que se agitan mucho. Soy un pájaro, soy un pájaro. Al agotamiento del enemigo juegan. Batallón Clausewitz, división Grotowski. El cómico no se da por vencido: sube la escalera, sube el volumen y lanza el contraataque:

—¡Primer acto: un tipo vendiendo tortas. Segundo acto: el tipo ahora vende jugo. Tercer acto: vende café. ¿Cómo se llama la obra? ¡El extortista!

Descontrol por desopilancia. Once ríe.

Los gritos intentan taparlo todo pero el desopilante ahora ha pasado al ataque y andá a pararlo, toca a degüello y se desgañita.

—¡¡¡Primer acto: un chancho despega. Segundo acto: un chancho vuela. Tercer acto: un chancho aterriza. ¿Cómo se llama la obra? Aeropuerco!!! Y chucuchucuchucuchucu…

La batalla eterna entre el varieté y el teatro serio.

Todo es un caos. Salomón Goldfarb se da por satisfecho, cierra el show con reverencia menuda, devuelve ahora sí, con displicencia caballeresca, el cojín y antes de volver a su silla arenga:

—Localcito de artículos de punto abajo… ¡Y arriiiiba, el teatro!

Los adultos de Pardal se descostillan.

El antropoilógico brama. Bufa. Y jura venganza.

Una escena después la obra se termina. El aplauso es estruendoso. Como nunca. Una experiencia, diría Grotowski. Los actores agradecen confundidos. Y Salo modesto, nada de robar saludo, aplaude de pie y agradece por su parte muy de cabecita.

Falta que lo lleven en andas. Lo celebran, lo manosean. Selva no le suelta el bracete.

—El campeón, sos el campeón. Mi único héroe en este lío.

Van pensando algunos cuantos en qué nuevo profe de teatro conseguirse, pero quién te quita lo bailado.

En la vereda se juega su destino genital. Pero ni tiempo de arrimar le da la jocunda:

—Uy, ahí viene mi marido, pobre, mirá qué cara de plantón. Que se joda, ¿no? Lo único que le gusta del teatro es ir a comer después.

Don’t go breaking my heart. Elton John.

No sé qué cosa de la bici le balbucea Salo mientras se va desinflando como un globito.

—No, ¿qué bici en Once? Te afanan hasta la cadena en Once, campeón…

Ni tiempo a saludarla mientras se retira con el señor de lentes. Cara de contador público nacional. Ese hombre no te merece. Ni tiempo. Gira desairado hacia la esquina y ahí en el poste se balancea colgado el esqueleto. El cuadro pelado de la playera. Da gracias que te dejaron el manubrio. Con qué facilidad salta el artista de la euforia a la más profunda melancolía.

Está empezando a lloviznar. Qué taxi te lleva un sábado de noche con una playera manubrio chopero. Bajan la velocidad, miran y aceleran de nuevo con cara de noteví.

Del teatro comienzan a salir los actores y el frustrado se raja prudente para el lado de Pueyrredón. Y ahí está, resignado a caminar las treinta cuadras a Villa Crespo, cuadro en ristre, cuando una mano de garra como pinza le estruja el bracito libre. Listo, fui, tiembla gamulán y levanta la vista esperando el tortazo. El payaso de *Cha cha cha*, el enorme, le sonríe con bocaza más grande que la maquillada. De un tirón se lo manda al pecho y le encaja un besote en la mejilla.

—Me hiciste el día, menino. No sabés cómo me hiciste el día… —Y le pega otro besote.

Para los grandotes los petizos son siempre muy besables.

—Te arrimo, tengo la chata sobre Valentín Gómez.

Un furgoncito chino de los noventa. Limpieza de alfombras a domicilio. Olor a pucho en la cabina. Y a Carpet Shampoo. Quién te vive hoy del teatro.

Contra la obra, putea avinagrado el payaso, contra el colorado Plotnick y contra el público hijo de puta especialmente, que no se acerca ni pagándole.

—Pan amargo, ¿no? —alardea Salo por presumir de entendido.

—¿Qué pan? Ni a galletita llega el cojín este. No, qué pan. Hace rato que me olvidé de ganar el pan con esto yo, menino. Por subirme un rato al escenario nomás. Dos años que no me llamaba nadie. Nadie. Profesión de mierda.

Salo cabecea perrito de colectivo y hace silencio.

—¿Y la señora belicosa tuya?

El perrito se encoge de hombros y mira por la ventanilla las gotas que resbalan.

—Destino de gracioso. Qué me vas a contar a mí. El que hace reír no garcha, menino. Te lo digo yo. ¿Querés garchar? Hacé llorar, menino, haceme caso. El payaso no la pone jamás.

Oh, qué noche de revelaciones.

Salomón se clava los dos rivo y se desparrama en el colchón enorme. Su desierto nocturno. Sábana y sabana. Hace frío y refuerza el abrigo con el gamulán. Tiene olorcito selvático todavía. Apaga la luz. Se va acordando de todo. Y de a poco empieza a reír. Y a reír. Y lo dominan las carcajadas. Y ríe tanto tanto que se le escapan las lágrimas.

—Pero son de risa, mi amor, son de risa…

Decir "son de risa" con lágrimas en los ojos es muy de película de llorar. Nota mental.

Hay que aprender a hacer llorar, Salomón, se dice. Mañana sin falta hay que aprender a hacer llorar.

Pega el Rivotril y paaaaz…

V. Teatro en tu living

¿Quieres garchar? Haz emocionar. Al gracioso se lo estima, pero no la pone nunca.

Qué kabbalah ni kybalion.

Hay tanto para aprender en el universo.

Pero basta de curso de actuación para mí, se dice Salo. Si la práctica yo te la sé toda. Teoría. Yo lo que necesito es entender la teoría.

Asistió durante algunos años con la finada a una escuela de espectadores en Hacoaj pero ahí volver ni loco. Lo miran misericordiosos. Y vos, querido, ¿cómo estás…? Y ponen la cabecita de lado. Mata la piedad con carita. No. Otra escuela. Son lindas las escuelas de espectadores; se conoce gente. Y se come rico. Mejor siempre las rodantes, las que se reúnen en casas. Se lleva bebida; el anfitrión pone la comidita y las opiniones son en ronda. No como las de sala, un sopor, que te sentás en platea, muñequito de metegol, mirás para el frente y no conversás con nadie.

Convivio, coordinador, a ver… lo que agrada a señoras y señores es un poquitito del tibio convivio…

Salo es experto: escuelas rodantes de categoría hay dos. El resto todo mal ambiente: o todos viejitos, o gente de ideas. O peor, te hacen estudiar. Para estudiar voy al shule, profesor Jirafales.

Buenas buenas hay dos. Chicas serias sus coordinadoras. Apellidos de la cole. Ruso uno y el otro polaco. Muy parecidos. Con esky los dos, pero la polaca con i común. Circunspectas las dos. Secotas, decía Miriam. La rusa tiene más alumnos. Bien de familia: heredó de la madre, actriz del IFT, que tuvo grupos mucho tiempo, y se los endosó cuando le llevó al fin el diploma de Letras. Teatro en tu living, se llamaba.

“Teatro en tu casa”, modernizó la nena porque living ya no se dice. No vivieron nada y quieren cambiar todo. Viví un poco antes de cambiar todo, Vanina.

Al poco tiempo Polonia abrió su grupo. Egresada de la UNA, Crítica

de Artes. “Teatro en tu hogar”, le puso, y eso fue casus belli. ¿Polonia invadiendo a Rusia?

—Pisala, Vanina. Como a una cucaracha pisala a la polisher esa —arenga la madre, la reina rusa, a la princesa.

Se aborrecen con Polonia. Si vas a una escuela no podrás nunca pisar la otra. Serás siempre el espía. El servicio. Las difamaciones cruzan el espacio centroeuropeo como proyectiles. Que Rusia le chupa las medias a los más conocidos y se ven siempre a los mismos artistas. Que algo cobrará. Que se hace la influencer Rusia. Le dice Rafa a Spregelburd, le dice Tolca a Tolcachir y a Kartun le dice Mauri.

Ayyy, Mauri…

En el otro frente Polonia recibe desde la estepa descargas de bazuca. Que nunca te lleva un famoso a una reunión, que te trabaja todo segundas marcas. Tol kasher. Spregel bursh.

Salo elige Rusia. No tanto por lo ancestral como por lo genital. Cantidad, calidad y precio. Gastás un pesito más porque te lleva a teatro comercial, pero ojo, te lo ahorrás en Voltarén: los asientos de las salas chicas los hace el verdugo.

Le gusta el grupo, mucha señora sola. Y cae bien de entrada. Se cuida de no hacer chiste. Nada. Sobrio. Aprender a emocionar, Salomón.

Va a tres casas, lindos departamentos, mucho avenida Las Heras. Y ofrece enseguida la suya. Primerea. Que las señoras vean el patrimonio. Y el mantenimiento.

La semana que toca en su casa, la licenciada cae con hepatitis. Pero no te van a perder una mensualidad ni en el cajón. Vuelve al aula la progenitora, la original. La gran rusa. Y la cubre. Petiza como la hija y también de armas tomar. Salo sorprende esa noche con knishes caseros y asombra con sanguchitos de salmón marinado en sal y azúcar.

No es nada, por favor, una pavadita…

El secreto está en el eneldo.

Hablan bien de la comida, y de los artistas te hablan mal, nada nuevo. Al departamento se lo ve lindo. Salo escondió los recuerdos más deprimentes, el tapiz de Río Hondo, el cenicero de Israel. Mandó al 5àsec las cortinas y compró repasadores en Coto. Puso canastito de lavanda en el toilet.

La madre patria —la rusa mayor— está eufórica con la emoción del regreso. Inspirada. Y parece que el menudito le llama la atención de entrada porque le fisgonea la casa. Ayuda con los cubiertos y estudia el cajón, revisa bibliotequita y en un descuido se le manda por el pasillo y le usa el baño de al lado de la pieza.

Se van todos chochos con lo de Goldfarb. Qué buena distribución los edificios de antes.

Quedan en encontrarse el sábado en la nueva obra. Autora nacional comprometida.

Salo lava los platos, limpia el cenicero que habilitó en el balcón, abulta los almohadones, barre, acomoda todo. Cuando abre el botiquín antes de dormir sulfura: a la caja de rivo le faltan dos blísteres. Limpitos. ¿La reina rusa? ¿Ya no se puede creer en nadie?

Se juntan el sábado en la vereda del teatro. La reina con la pancartita de su hija en alto: TEATRO EN TU CASA. Living sonaba mejor. La levanta y la agita para reunir a la tropa a su alrededor. En esa llamada está cuando los descubre: en la otra punta de la vereda los alumnos de la competencia, con la polaca a la cabeza, se juntan también para entrar.

El cruce más temido. El inexorable.

La mira a la rusa la polaca y se le ríe provocadora, altísima y ruluda.

—¿Qué pancarta me hace falta a mí con mis tacos y mi altura?

La puesta es a dos frentes y las escuelas se sientan enfrentadas. Se miran torvas. Gestitos despreciativos.

De qué se ríe esa idiota si no era chiste.

Aprendan a espectar, espectadores.

Electricidad en el aire.

Termina el espectáculo y sobre el apagón nomás Polonia se pone de pie gritando su bravo. Su séquito la sigue.

Rusia sonriendo envenenada le hace a la barra la seña sombría: la mano como almohadita y los ojos caídos. Me durmió. La tribu asiente, obedece y aplaude tibia. Los de la otra orilla redoblan con rabia los aplausos.

Chúpenla.

Gresca.

Cara a cara las jefas. Sonriéndose feroces, camorreras las dos.

Tiembla el tablón.

—¿Qué me mirás, pechos fríos?

—Respeto, enana, que te comés el correctivo…

—¿Te dan comisión que aplaudís así?

—¡Ah, no, hija de Puan! ¡Limpiate la boca, rusa hija de Puan!

—¡Extendele factura a la gente tuya, ponete en blanco, polaca comegato!

—A ver si me lo repetís afuera, vigilante…

Sale primero Rusia que está más cerca de la puerta. Se arremolinan en la vereda alrededor del cartelito. Le hacen el aguante a la reina. La otra hinchada sale en tropel. Llegan trotando a la guerra. Una vieja de jean elastizado manotea la pancarta y hace el afane. Ah no, con los trapos no… La retacona le encaja a la lunga un empujón que la estrola contra la pared. Polonia se saca los tacos, se los da a tener a un sicario barbudo que tiene al lado y se le tira a las chuzas. Del frente Almagro, el barbudo. Las jefas se trenzan.

—¡Acá el que se mete cobra! —gritan los barra.

La petiza pone en valor tanto pilates mañanero y la revolea a la flaca como a un trapo. De los pelos rizados. La revuelca de un tirón, se le sube y le entra a dar.

—Afaname el nombre de nuevo, ¿a ver? ¡Afanámelo, polaca kurve!

El barbudo, por retaguardia, intenta liberar Polonia, le tironea del pelo a la petiza. Consigue voltearla. Tres encima se le tiran ahora a Rusia.

Basta. No. Eso sí que no. Shloime Goldfarb no consiente / que se humille a una valiente.

Revoleando la riñonera se le va encima al barbado.

Da y recibe. Para que tenga, guarde y reparta. Riñonera va y taco aguja viene.

A pura boleadora consigue liberar finalmente a la gran capitana, y arenga a la acometida final:

¡Peguen putos peguen!

Muchos años de Atlanta.

Todos ahora contra todos. Psicoanalistas, odontólogos y maestras de Lengua.

La dueña del teatro vocifera que llamó a la policía, y las hinchadas

se dispersan.

Salo corre resoplando, tres, cuatro cuadras, y se tira en un umbral. Atrás, disparada, llega la rusa madre. Se deja caer al lado. Ríe nerviosa.

—Mirate la facha, nicolinoloche.

Saca un pañuelito fragante a Kenzo free shop y le limpia la cara. Hay sangre. Un tacazo aguja en la frente alta. La marca de Caín.

—Vení, vamos a casa que te desinfecto.

En un banquito de cocina improvisa los primeros auxilios. Algodón con mucho Merthiolate. Y curita.

Y le acomoda los pelos atrás de la oreja.

Ricurita.

Y le limpia con el dedo ensalivado una manchita de sangre en la mejilla.

Y le apoya jovial las tetas en el hombro. Y no se ha secado el Merthiolate todavía y se están besando. Moteados de rojo los dos. Enfebrecidos todavía por la lucha. A caballito del ruso la rusa. Chirriante el banquito de cocina.

—Mi Cabral… Mi sargentito Cabral…

El dormitorio es seco. Soviético. Una plaza y media, mesita ratona y puf.

Agitados. Transpirados, los meninos. Ufanos. Se nos dio. En cucharita contra el menino recio, la menina brava.

El reposo de la guerrera.

En la madrugada la vejiga reclama. Salo se levanta en puntas de pie. La puerta del botiquín con cuidado de que no chille. Ahí están, sí: los rivo suyos. Y otros cinco blísteres sueltos y empezados. De otras guerras, parece, los botines. De otros botiquines. Manolarga, la generala.

Salo guarda todo en su riñonera, suyo y ajeno.

La lección del recio.

Quereme implacable.

Se calza, se viste y parte.

Amanece en Almagro, hay neblina, y un júbilo sereno lo arropa por Humahuaca.

Camina las veinte cuadras hasta su casa. Va pleno.

Pero mirá vos moishe todo lo que había por aprender.
Fijate todo lo que había todavía.

VI. Una de piratas

Tocame un poco las mías, le dijo Mabel. Y se quedaron mirando los dos para otro lado.

Las plantas son el reservorio universal del doble sentido.

Mano verde tengo, lo que toco crece, le había dicho Salo desde la baranda de arriba.

A la vecina de abajo.

Mabel.

Muy atareado con las plantas desde hace una semana está el menudito. Muy de guantes jardineros y rodilleras. Mano verde: puso un plantín de trébol morado en el macetero largo y ya es una cascada florida sobre el del sexto. Balcón terraza, el del sexto. El suyo no, retiro apenas. Un poco más que balcón, mucho menos que terraza, y con la condena del último piso: toda una vida reclamando al administrador por teléfono que te renueven la membrana de arriba.

La clase media de los balcones.

—Planté varios gajitos del trébol ese pero no hay caso, a mí no me agarra —le dice Mabel mientras tiende como siempre su ropa interior. Así, como al descuido, todos los días, le va exponiendo ajuar: que body, que soutien, que culotte. ¿Es necesario, Mabel del sexto?

—¿Cómo hacés vos, manoverde?

—Cáscara de banana de abono y podarle los tallitos secos adentro de la mata —didáctico Salomón—. Me acurruco, me meto entre las rejas y le saco todo lo sequito, por eso de abajo lo ves tan lindo. Virtudes de ser petizo, Mabel.

—Por eso lo tenés de semejante tamaño…

No me aclares "el trébol", Mabel, no hace falta para nada… Somos grandes…

Vecina de años, viuda también, mucho comentario de consorcio en el ascensor. Muchas apostillas sobre verde de baranda a balcón. Él asomado para abajo; mirando ella para arriba. La mano siempre tapándose el escote.

¿Tengo cara de mirón, Mabel del sexto?

Se me insinúa, se ufana con él mismo el menudito, porque ni con quien ufanarse tiene.

Qué poco se usa ahora decir se insinúa.

Se le descolgó desde su balcón al suyo superhijitus dos veces que ella se olvidó la llave adentro.

—Tenés el cuerpo de un chico de veinte. Mirate. —Y le llevó a la noche de agradecimiento un budín de nuez.

Nueces… ¿soy tonto yo, Mabel del sexto…?

Pero no hay caso, no es mi tipo.

No es mi tipo, tampoco se dice mucho ya.

Y no porque sea fea, qué, no, no sé, más todavía: es agradable Mabel, se conserva y es menor que yo.

Pero me da tía.

Da tía.

Hay mujeres que dan tía y no hay caso, moishe.

A vece la mujer e' pa'ti y a vece e'pacú. De un correntino del servicio militar. Del Antiguo Testamento Colimba.

Enorme el balcón terraza de Mabel, parrilla chulengo, todo el humo a domicilio al living de Salomón. Enorme y para puro malvón. ¿Tantos metros cuadrados para poner malvón? Pasalo a dólares al metro de malvón. Malvón nada menos, que es planta más fácil que las de plástico chinas. Y orgullosa, encima, de los matorrales, la vecina:

—A que malvón azabache no viste nunca. Ojo, no negro, no negrito así oscurito no no: azabache. Geranio betún, le dicen en Punta Cana. —Un gajo all inclusive contrabandeado en el neceser de viaje. De cuando vivía todavía Osvaldo del sexto y viajaban con los planes de Credicoop.

Será importado, será betún pero es malvón, no farabutiemos, piensa Salo y calla. Calla y se retira del retiro. Mejor no darle mucha conversación a tía Mabel. Que no haya malentendido.

Y no. No es cuestión de belleza. Es por tía. Qué belleza me decís a mí, si siempre me embelesé con feas lindas yo. No hay mujer más hechicera que la fea linda. La linda linda redunda. Tienta de entrada y se va derritiendo. Arranca chocolate suizo y al rato es cascarilla. La fea linda, al revés: cada vez que la mirás la encontrás más sabrosa. Y

esperás con gula al día siguiente, que estará mejor todavía. Efecto guiso.

No quiere pensar porque lo ataca la culpa atávica, pero, y sí, Flora.

Flora.

Flora.

No desearás la mujer de tu prójimo.

Qué suerte tienen las mujeres; a ellas de eso la Biblia no les dice nada.

Veinte años que cada vez que se cruza con Flora tiene la cosquilla ahí. De cuando tenía todavía el local de cueros en Murillo y le compraba al marido los broches snaps. Y ella entregaba con citroneta y cobraba. Un shvítzer el marido ese, decía Miriam. Fanfa, y hacía el gesto ese chiquito de escupir poquito. Pu pu pu. Marquitos. Jugador de bridge, a vos te parece. Idishe bridger. Participaba en torneos. Saquito con pitucones. Se hacía el nosequé.

¿Moisés Ville jugando al bridge? Lloran las fichas del dominó sobre las mesas de Bar León. Lágrimas negras lloran. Lágrimas doble seis.

Hay que ser.

Ese hombre no te merece, Florita.

Hace una semana ya que se la cruzó en Serrano y Güemes y cada vez que se acuerda, pum, la cosquilla.

Las mujeres de los amigos tienen barbe.

La culpa habla con acento idish.

Proveedor, ojo. Amigo no ha sido nunca ese, qué. Proveedor. Y tampoco tan cumplidor.

Barbe tienen.

¿Depilación definitiva?

De mochila andaba Flora, y zapatillas de básquet. A un curso de jardinería en el Botánico.

—¿Y qué querés que te estudie yo con este nombre? ¿Piano querés que te estudie?

Y se rio chinita. Y bocota. La divina desproporción de las feas lindas.

—Uh, vos manoverde lo bien que la pasarías. Ni un caballero en el curso encima, no te imaginás lo bien que te recibimos a vos, Salomón. Alfombra persa te ponemos; bendito tú eres.

Risa chinita, bocota, palmada y beso. Y el menudito vuelve a su casa

cosquilleante. Tintineante. Y así como va de paso compra cinco plantines de pensamientos multicolores. Y así como llega retoma los maceteros del balcón que desde la muerte de Miriam los tiene descuidados. Y se asoma a la baranda. Y Mabel del sexto tapándose el escote. Etcétera.

Fijate arriba que ya te lo conté.

Solazo de invierno en el Botánico ese jueves y trabajan afuera. Lo recibe con alharaca el curso. Chinita no se sorprende. La seguridad de las feas lindas. Hace roncha Salo con sus rodilleras acolchadas. Manufactura propia. Todo en cuero flor. “Orfebrería en cuero”, ponía la vidriera de Murillo.

Quien no haya sido farabute alguna vez que tire la primera piedra.

Tres pares al toque le encargan las chicas.

Qué te puedo cobrar.

Y un par especial a la otra clase de regalo para ella. Ella. Que no lo quiere aceptar.

—Por introducirme, Flora.

Bua. Acá hoy todo es cachondeo.

Las acepta al final, se las prueba y le agradece graciosa rodilla en tierra. La gente jardinera es farrista.

Salo espera los jueves con impaciencia. Relee mucho en la semana unos fascículos de Salvat, la *Enciclopedia del Jardín*, que compraba Miriam. Para ir seguro, para no hacer bochorno, para sorprender con un comentario solvente, para soltar un chiste como si fuera ocurrencia.

Hubo en el jardín una pelea entre aromáticas y ganó la ruda.

Pero en su medida los chistes, Salomón, te pido. Y armoniosamente.

Payasonocoge. Su mantra.

Voy porque hay señoras, se dice el viudito alegre. Porque circular y circular le recetó el doctor Serebrisky. Porque viudo hay que poner la cabeza en algo o te la comen los ratones.

Sí, sí, no me digas. ¿Y las ganas de ver bocota?

En su primera clase aprende injerto de escudete.

Se le ocurren cosas. Sos una estaca con yemas clavada en mí, Florita.

Es zonzo el cristiano macho cuando el amor lo domina. José Hernández.

Claro, sí, Iósele, porque el zaino se pone vivísimo.

El galante aguarda oportunidad. Respetuoso pero atento al entre. El no ya lo tengo. En la quinta clase la asimétrica lo sorprende. Están con el lenguaje de las flores, la parte revista *Caras* del curso botánico.

—A mí flores no, pero traeme una planta rara y de qué ramo me hablás… Un uvero de playa, una palmerita cola de pez… Un malvón azabache traeme; que lo vimos una vez en el Caribe y no se puede creer lo aterciopelado, divino…

Salo no da crédito a su oído. ¿Entonces, el matorral…?

Los mira a la vuelta a los malvones desde la baranda del séptimo y piensa en el raro bingo. Ahí, al alcance de la mano. Regalarle un gajo, lánguido él.

Lo pedís lo tenés.

Pero pedírselo a Mabel es incordio puro. Y daría pie. Y se siente traicionero además. La culpa es siempre un poco pava.

Ya bajó antes por la baranda el ágil y sabe que no hay riesgo y que es rápido. Un pie acá, un pie acá, un pie acá y un saltito. Duda hasta el miércoles y al final acciona. Espera hasta verla salir a la tía, la observa alejarse con changuito por Gurruchaga para el Coto de Juan B. Justo, y sabe que tiene un tiempito. Pantaloncitos de fútbol y zapatillas. Un tramontina en la cintura para el saqueo. Se descuelga raudo. Remera vieja para estar libre de movimientos. Un pie y otro pie. Una de Salgari. *En busca del malvón betún*. Es de tardecita y el viento de agosto arrecia, pero no hay vendaval que intimide al filibustero. Y el frío con la emoción de la peripecia no se siente. El último pie en la cornisita. Y el salto…

¡Al abordaje!

No hay tiempo que perder. Desenvaina la cimitarra y corta de un mandoble el gajo mayor. Rama gorda. Con flor para impresionar de entrada y en silencio. Siempre más poderoso el regalo que se explica solo. Corta desde el pie mismo y disimula la herida con tierra. Una perfecta engañifa. Guarda el botín con cuidado en la cintura, envaina el arma, saluda al océano y vuelve a subir.

Es un decir.

El saltito para abajo se da solo. Pero para arriba...

Las veces que bajó salió por la puerta, claro.

Haberlo pensado.

Tzures, tzures…

Lo intenta una vez. Y otra vez. Le falta por lo menos un metro. Se agarra con uñas y dientes a los ladrillos vista. El enamorado del muro. Pero no hay caso. Prueba con una maceta y la rompe. Se pone nervioso. Intenta mover el chulengo pero con el óxido las ruedas están petrificadas. Desata la soga del tendedero. Acomoda antes con cuidado sobre las plantas el ajuar del día: medias bucaneras y dos bombachas, y prueba enlazar un saliente. Fracasa. ¿Cómo miércoles te hacen en las películas? Se agobia. El frío se empieza a hacer sentir y va cayendo la noche. Intenta armar de nuevo el tendedero y una ráfaga maldita le arrebata de golpe un culotte. Y una colaless de lycra. Rojo pirata la colaless. A toda vela la lencería por Gurruchaga rumbo a Vera. Desfallece. Tiembla aterido el Corsario Ruso y se acurruca contra la persiana de plástico. Malogrado, el pirata. El tigre de la malaria. Ovillado esperando el fin. La ejecución. Los tiburones. Mejor los tiburones que este frío de mierda.

Caja rápida, Mabel. En Coto siempre mejor la caja rápida.

Escucha el ascensor y prepara la intervención. Golpea la persiana suavecito y llama vecina vecina, discreto. Mabel abre asustada.

Que resulta que asomado se le cayó el celular y que en un impulso… Se deshace en perdones, habla de más para que no haya preguntas, estornuda y sale disparado para arriba.

Feo feo.

Un vitapirena vencido en medio vaso de agua hirviendo y el resto hasta el borde de esa grapa que trajo de Uruguay. Se mete en la cama y suda. Y pensando en el botín preciado se duerme hasta el otro día.

Se levanta un poco mejor y marcha al Botánico con brío darwinesco. El gajo precioso acondicionado en una bolsita de baguette. Gran juntador de bolsitas al cuete, Salomón.

La abaraja a la cautivante antes de la clase. En ronda de chicas.

—Lo pedís lo tenés. —Y se lo alarga. Ella desenvuelve.

La cara de sorpresa, de alegría, compensa cualquier desventura. Pero cualquiera.

Salvo la que sigue:

—Ay, lo que se va a derretir marido con este gajo vos no tenés una idea. Una idea no tenés. Lo tengo romántico toda la semana a marido.

Y le cuenta a las señoras de cuando fueron sin los chicos al Meliá de Varadero, de los pétalos de malvón betún sobre las sábanas de hilo blanco, de las virtudes estimulantes del mojito y del bronceador Cocoa Beach.

—Olemos Cocoa Beach y somos una porno nosotros…

Salomón se va apocando, abatiendo, aplastando. Comprende y empieza estornudar. Y a moquear.

Sí. Comprende.

Se vuelve en un taxi antes de que termine la clase. Un racimo inmenso de Carilinas abolladas crece en el bolsillo del gamulán. A la cama de vuelta.

Lo ha comprendido al fin y es inapelable. Inapelable:

Doy tío.

Sí. A la anhelada le doy tío.

Tío.

Se tira sobre la king, dormita afiebrado, sobresaltado, y sueña. Está en el consultorio y le cuenta a Serebrisky:

—Planeo como un pájaro, doctor, planeo sobre un campo de malvón.

—¡Es delirio! —le dice el psiquiatra.

—No. Es de malvón.

Y Serebrisky ríe.

—Sos un caso, petizo.

Lo despierta el fijo y atiende gangoso. Es la tía del sexto. No le hace ningún prolegómeno la tía y se lo clava:

—Sé bien lo que me sacaste del balcón, Salo. Perfectamente. Pero no te reclamo nada. Nada. Vos sabrás. Pero yo también. Eso nomás quería decirte…

Salo improvisa tartamudeando nasal. Que bueno, que sí, que cierto. Que le tuvo ganas siempre, le dice. Tan lindo, negro, sedoso. Y que estando en su balcón lo vio ahí y se tentó. Que lo tiene ahora allí al lado de la cama. Que gracias por entender.

Mabel hace un largo silencio matizado a suspiro.

—Disfrutalo. La próxima no hará falta que me lo saques del ténder, Salomón. Lo pedís lo tenés.

Otro suspiro de la tía. Y antes que el tío reaccione le cuelga.

Queda abatido el menudo. Resignado.
Se pone el termómetro en el culo, como le enseñó su madre.
El embeleso es un laberinto interminable de malentendidos.

VII. Trompito

Suin suin, ¿vus suin?

Se hacen los modernos los viejos. Suin, ayyyy, suin. No te hace más joven ser moderno, Mario Singer, te hace más pelotudo nomás.

En la puerta de Galecor se lo cruza a Singer. Comprando cedés baratos de la batea de afuera.

Moderno pero con cedé sos.

Andá.

Siempre le gustó pavonear palabras nuevas a Singer. Te mando por fax la factura proforma, le dijo una vez en la época de los ecocueros.

Presupuesto, farabute, qué proforma, presupuesto…

—Que espectáculo eras bailando suin, Salomón, con tu botamanga oxford, cómo nos hemos reído…

Y Salo asiente callado con la sonrisa del sordo.

Lavate el culo, Singer, ¿espectáculo cómico era yo?

—El rey del suin…

No llegó a Scalabrini y ya la está interrogando a su Mecha.

—¿Qué es bailar suin?

—Según Wikipedia el swing es la versión bailada de…

Nasal y atenta siempre su Mecha. Le ofrece páginas web y varios videos.

Comiéndose una en la Imperio los mira en YouTube.

—Ah, vos decís bailar trompito…

Gran bailarín trompito, Salo allá en su momento. Famoso de soltero en los bailes de la colectividad. Popular en Hebraica, en Kadima, en Jonte.

El mejor. Lejos. Lejos.

Lejos, salvo que esa noche maldita estuviese otra vez en pista el remolino Stivelmaher. Su condena. El impetuoso trompito de Villa Lynch. El Diego del trompito.

Les hacían rueda a los dos cada tanto.

Stivelmaher era superior. Un torbellino. Te agarraba a una Blanca

Curi, que bailaba a veces con Salo, y te hacía cuatro corcheas.

Pero el aplauso al final era más grande para Salo.

Sí. Pero aplauso con risita. Aplauso por petizo.

—Cómo nos hemos reído con vos.

Lavate el culo con lavandina, Singer.

Mira melancólico tres videos de trompito, y se pide un tarantela con crema para llevar. Para comer con repasador en la cama. Enorme, desarreglada, baldía.

Así que se volvió a bailar trompito, mirá…

Al otro día abre el teléfono y lo acribillan con propagandas de escuelas de swing.

Ya sé que se llama algoritmo, Proforma Singer.

—¿Hay escuelas de swing en Villa Crespo? —le pregunta. Y su Mecha ipso facto le ofrece seis. Y ahí nomás sin caminar más de diez cuadras. Salón, saloncito, saloncete. Mirá en qué terminaron todos los talleres de costura de la rusada.

Mecha Suñé le puso de nombre Salo a la señorita de la internet. Por otra Mecha Suñé. Diligente empleada de mostrador. De cuando la peletería en calle Talcahuano. King Salomón, la peletería. En vida de su padre todavía. Empleada de saber siempre todo.

Preguntale a Mecha Suñé.

Habla mucho con su Mecha el solitario. Con alguien hay que hablar…

—¿Y qué voy a aprender ahí yo si los pasos esos me los sé todos?

Pero eso a Mecha no. Al doctor Serebrisky eso, el médico de los nervios, unos días después.

Las cosas que hay que ponerse a confesar por una recetita miserable de Rivotril.

—Pero usted no quiere aprender, Goldfarb. Usted quiere circular, conocer mujeres. Y lucirse, ¿o no?

Lo trata muy de usted ahora Serebrisky. Marca distancia. Borracho lloroso lo ha visto en Valeria del Mar una noche al terapeuta y de eso no se vuelve.

A circular y lucirse, le dice Cerebro y le extiende la receta.

Salo averigua en la que le queda más cerca. Un segundo por escalera con ventanas de vidrio partido. Serrano para el lado de Warnes.

—Para mi hija —le dice a la señora que anota. La señora debe haber trabajado en Alcohólicos Anónimos porque te reconoce embozados sin levantar la mirada del guasap.

—El turno para usted, martes a las cinco.

Vespertino. Para mayores.

Y sí, claro, hay que estar muy al pedo en la vida para bailar trompito un martes a la hora de la leche.

Duda un rato en la vereda.

Trompito.

Dejó de bailar por Miriam.

—Te hacés el fredaster y me da papelón. Querés bailar, yo te bailo, pero liso, Goldfarb. Hacés trompito y te planto en la pista.

Sufría en los casamientos de la colectividad. Las parrandas esas faroleras del Sheraton. Un billete al mozo, de entrada, y la copa siempre desbordante. Se le iban los pies toda la noche. Recién a la madrugada, cuando hacía su entrada carnavalesca la pierna de cordero en llamas, y arrancaba la gran mishíguene final, Miriam le hacía magnánima su seña de perita. Alguna prima, alguna sobrina con ritmo, y trompito regresaba fugaz, una pieza, dos.

Aplausos.

Risitas.

Como andar en bicicleta, pasan los años pero eso no se olvida.

Se juega, se anota en la escuela, y se presenta el martes. Bañado.

Y Vieja Lavanda Fulton.

Hay profesor y hay profesora. Instructores, dicen ellos porque son modernos Singer.

—Le damos la bienvenida a Salomón —la profesora.

—Hola, Salomóóóón —el coro.

Si yo te digo AA.

La cabeza menudita no para nunca de hacer firulete. Nunca nada liso. Cabeza trompito. Nada de ostentar, que eso repele, cavila. Ir de a poquito, Salomón, que te vean crecer, eso cotiza, que te vean superarte, un ejemplo de tesón de la *Selecciones*.

Hace muy bien el patadura las primeras clases, Salomón Pisotón. Petizo y de madera. Aprovecha para aprenderse el idioma. A mí dame el idioma. Olesqueit es cuando todos bailan juntos en la pista, aprende.

Y yam cuando le hacen rueda a la pareja sola.

De la ronda a Stivelmaher se acuerda con el yam. Y se crispa.

Practica en casa con la puerta del dormitorio y el trompo pide pista. Pero contiene paciente, morigera, aprende el idioma y les actúa de tronquito. En cada clase un poquito más. Un paso, un giro, una figura. Sorprende. Las señoras que no lo tocaban con un palo al tiempito lo empiezan a sacar.

Mirá qué moderno acá que sacan ellas.

Y a preguntarle estado civil, dos de las señoras, como quien no quiere la cosa.

A los dos meses ya es un kohinoor.

Y los maestros, claro, empalagosos de orgullo: esto es todo todo obra nuestra; lo hubieras visto, pobre, en las primeras clases. Adoctrinan lindy hop con su ejemplo giratorio, lo exhiben trepidante a los nuevos. La promo Salo. Y Goldfarb, realizado, disfruta de su pericia logística.

Tácticas y estrategias para ponerla de grande.

Un poco de bar a la salida, tres señoras en vista. Muy de quedarse de la mano una de las señoras, esperando el tema que sigue. De ponerle cabecita en el hombro al juntarse en la vereda a la entrada.

Saliii…

Ya tenemos plan A.

Dos copas de tinto con la cena y duerme sin rivo a pata suelta.

Pasan las semanas. Las seis escuelas trompito de la zona organizan campeonato. Van los avanzados, dice la profe, y del grupete de desocupados vespertinos se lleva a Salo a los ensayos del match.

Volveré triunfador, queridas.

Llega ilusionado a los ensayos pero antes de que la música empiece a sonar comprende la oscura verdad.

La pareja que le tienen preparada es rítmica, sí. Es joven, cuarentona. Es ágil. Tiene años de ronda y los cuatro atributos sagrados del swing.

Conexión, musicalidad, calidad de movimiento y energía (a mí dame la teoría).

Lindo nombre tiene además: Sally. Que pega precioso con Salo para dúo.

Sí. Pero. Resaltan más sus virtudes, refulgen especialmente sus

virtudes, porque Sally es, básica y llamativamente, grandota.

Grandota en la vieja categoría morfológica de madres y abuelas. De huesos grandes, decían las mías.

Corpulenta.

Enorme desde la altura del menudito.

Los graciosos de la ronda. Los insólitos. Los del aplauso con risita. Una vez más va de número de color. De pintoresco.

—Somos los fenómenos de la troupe, señor, cómo quiere que se lo diga. El enano y la mujer montaña. Del circo de atracciones somos. Los frikis.

—“Estereotipo para referirse a personas con malformación o anomalía física que eran exhibidas…”.

Basta, Mecha Suñé. Me quemás la cabeza, Mecha Suñé…

Pero ya ahora volver y contar en vespertinos es papelón, así que la agarra a la Sally de la mano, marca los tiempos con el pie y baila. Contra el mundo que aplaude burlando, baila. Contra la tristeza, contra la soledad y la angustia de coger poco. Contra el Rivotril y la fugazzeta solitaria en la Imperio. Contra la cara de culo de su partener, que bufa sin perder el ritmo. Baila, gira trompito, improvisa, y antes de terminar el ensayo despegan los dos.

Vuelan.

Avión a rabia.

—Por lo menos me tocó uno bueno. Al pelotudo que me pusieron el año pasado le transpiraban las manos. De guantecitos tuve que bailar, si no se me patinaba…

Se va sin saludarlo.

Y lo levanta de la silla al ensayo siguiente como a un utensilio. El enano de bailar.

Dos desconocidos. Pero cuando giran… Ah, cuando giran. Se desmaterializa su compañera cuando giran y es liviana como una nube. Y cuando lleva no impone, sugiere y se le entiende todo. Y es generosa sirviendo figuras.

No hablan en todo el ensayo. Ni en los que vienen. Ni falta que hace.

El mundo debería bailar todos los días así callado. Contra la muerte.

Sabe poco de ella. Lo que le susurra la profesora. Que es jefa de

enfermería en Florencio Varela. Hospital El Cruce. Y delegada del gremio. Troska. Y que mejor no hacerla enojar. No es mala, pero tiene su carácter.

Salo se entrena en el balcón para estar a la altura. Cuando él dice estar a la altura siempre parece chiste. Nada de quedarse sin aire delante de todos. Banda elástica, mancuernas de plástico con arena y la colchoneta de yoga de la finada. Fortalece las piernas y aceita las torsiones. Le da duro. Muy duro.

Y llega la noche del campeonato. Un tugurio en la calle Vera que fracasó ya como cantina después de haber fracasado como saldería tras naufragar como curtiembre. El arte redime. Va de a pie, producido discreto. Vestuario swing les pidieron, y sacó del placar de arriba el chaleco del traje y un moñito de raso. Se cruza en la vereda del tugurio con los martes mayores que han ido a alentarlo. La señora toquetona le toquetea la espalda.

—Las alitas para que vueles.

Bua. Listo.

La enfermera lo recibe adentro con la efusividad abolida esa suya: un tirón en el brazo y un empujón con el hombro.

—Me arrancan sencillo en el olesqueit. Básicos —les dice el profesor —, que por ustedes no den un peso.

Y vindicadora la corpulenta le eructa bajito terrorista:

—Por tu verga no dan un peso.

Una maestra en el pase corto.

—Lo de ustedes: efecto sorpresita —ahora la profesora.

—De sorpresitas tenés lleno el ojete —la solapada poeta gruesa.

Son cinco parejas representando a Serrano. Serrano le dicen a la escuela. Y ellos últimos, claro, para cerrar en comedia.

—Se me sueltan recién en el yam —les dicen—. Sorpresita y ahí sí a triunfar.

Pum pum pum y llega el yam. La ronda, le dice Salomón. La gran Sally lo lleva de la mano al centro. Tenso como la cuerda de un arco el menudo. Estirada la cuerda y ansiosa la flecha. Templado el arco. Presta a soltarse, a volar la saeta Goldfarb. Estalla la música. Restalla la cuerda.

Un latigazo…

Al ciático el latigazo.

Ni el primer giro alcanza a completar y queda encorvado. Rígido. Ángulo recto.

—Pero la puta que te parió doblado… Como chino con visitas me quedaste, pelotudo.

Una madre la gruesa consolando.

Hay confusión, risas al principio pensando en que es parte del número, silencio abochornado enseguida, y al final disimulo Serrano, con las otras cuatro parejas saliendo a la vez a salvar el bache.

Llega como puede hasta unas sillas del fondo. Ardiente oscuridad.

—Nooo, mucha mancuerna —intenta justificar avergonzado.

—Me cago en mi suerte… Me cago en mi suerte… Nunca uno normal me iba a tocar a mí…

Diplomática de carrera.

Faltan dos horas todavía para el cierre. Salo no puede dar un paso. Desamparado en la tiniebla. Cierra los ojos y se acurruca cada vez más en la silla vienesa.

Fue la finada, fue; masculla en medio del dolor. Como si no te conociera, Miriam, con tal de que no te baile trompito. Y en ese ensueño está cuando unos brazos poderosos lo alzan de pronto como a una criatura. Es la finada que viene a llevarlo, piensa, o a tirarlo de nuevo en la pista con una pierna de cordero en llamas. Pero no. Long tall Sally, la sufrida, lo porta puteando por el pasillo, lo saca a la vereda y lo sienta con habilidad profesional en un Twingo ruinoso estacionado en doble fila.

—Decime por dónde agarro para la Farmacity de Corrientes.

Vuelve al coche con una bolsita misteriosa y abultada.

El tamaño de la aguja hipodérmica es espeluznante. Salo la recibe culo arriba con la dignidad que lo caracteriza. Apoyado en la mesa del comedor. Como a una silla cuando hay que limpiar abajo.

—Comé y callate —le dice la diplomada al culo. Y vuelve a mascullar—: Nunca un sano en la vida, nunca un sano me toca a mí…

Lo vuelve a alzar con maniobra profesional y lo lleva hasta la cama.

—Mirá el tamaño de este colchón para vos solo. Terrateniente. —Y se le despatarra al lado—. En tres horas te doy otra. Esteroides. Matacaballos. En dos dosis anda mejor. Dormite y yo te despierto.

No lo deja agradecer.

—Qué le hace a una enfermera pelotuda una guardia más en la vida, me cago en Florencia Nitingale… Te aviso eso sí por cualquier malentendido: siento una mano tuya cerca y va rodillazo a la nalga. Donde se come no se caga. Y este dúo es vianda, no sé si te has dado cuenta todavía.

Lo mira, la bailarina, a ver si reacciona, pero no. Titubea un ratito la bailarina, da vueltas. Y al final mirando al techo se lo tira.

—Decime, ¿cómo te ves vos en tres meses para el campeonato porteño? Por afuera, nada de escuela. Escolares que sean ellos. Nosotros número. Por afuera de la estructura, entendés. Estarás caminadito vos, pero rectificado rendís el doble que los nuevos. Vienen de plástico los nuevos, no duran un mes.

Salo pone cara de que le duele para hacer tiempo. Cabeza trompito. Pero se entrega rápido. Demasiado quizá.

Preparate Stivelmaher, se le cruza.

—Dónde hay que anotarse.

La cara de felicidad de la hercúlea. Hay que ver la cara esa de felicidad. El mural gigante de la felicidad.

Se despereza como un sismo.

—Y ahora que estamos más en confianza, papito, Sally es para el número nomás, ¿sabés? Tapadera. Para que no me rompan los ovarios los compañeros de Sanidad. Graciela Bordigone —Y se toca el pecho —. Greis. Delegada general bailando swing no les da. Se quedó en el posadismo el emeeseté. La lucha también es interna…

Y apaga el velador.

Es fosforescente su felicidad.

La aguja en la nalga lo saca al rato del sopor. Una saeta. Destreza venopunturista. Cuando mira, la grandota ya lo está masajeando en el pinchazo con paciencia amorosa. Lo acomoda y antes de irse lo arropa y le habla bajito.

—Con esta te puse un relajante, papito, ¿sabés? —Las enfermeras y su pasión por los diminutivos tiernos—. Vas a dormir hasta el mediodía. Te me das un baño de inmersión muy caliente y arrancás con el Flexicamin. Comete algo antes. Te dejo todo anotadito. A la tarde te llamo desde Varela a ver cómo seguís.

Y le da un beso en el cachete.

El de la cara.

Cariñoso. Largo. Calmante.

Maternal.

Filial.

O qué sé yo.

Lo rara que es la vida.

—Mejorate que hay revancha. Hay revancha y somos los mejores, papito. En nuestra categoría, lejos los mejores.

Otro besito en el cachete. El del culo. Y se va revoleando las llaves del Twingo a ritmo lindy hop.

—Cuidate, pa, eh.

Robusta alegría.

La pichicata lo remonta súbito otra vez a las nubes. Justo antes de caer en el letargo se estira, llega al teléfono y alcanza a susurrarle.

¿Por qué mi vida es así de rara, Mecha Suñé?

VIII. Narciso

No es que ella me guste porque me gusta; me gusta porque gusta de mí.

Sí.

Así he sido siempre en cuestión de faldas, Serebrisky, qué va'cer.

Quedó feíto cuestión de faldas.

¿Se considera pecado de diván que me guste porque gusta de mí o qué?

Ni falta que me hace diván para entenderlo, doctor, de parado también me funciona la psiquis a mí.

Narciso, narciso, para la gente de mi edad narciso es Ibáñez Menta. No había narciso antes, Serebrisky.

Shvítzer había, presumidos.

Nos veremos presumida no te puedo aguantar, esas puntadas tuyas no las puedo pasar. Tú sin caviar y sin faisán no vives feliz, mientras yo solo quiero bailar rock and roll con las chamacas bailando y mis amigos gozando, Serebrisky.

Estaban los shvítzer (usted si quiere le dice narcisos pero con ese apellido suyo puede shvitzer). Y estábamos los shlimazl, los catrasca.

Resulta que de la señora toquete le contó Salo al médico de los nervios, de cómo no le gustaba al principio pero le fue gustando un poco a medida que ella gustó de él, y salió nosequé de narciso, de mirarse a uno mismo en el charquito.

Charquito vos.

Se ofuscó Salomón.

Charquito. Ya no saben qué inventar.

Tres días en cama lo tuvo la ciática. Y no había pasado uno desde aquel latigazo en la cintura que la señora toquete lo llamó para ofrecer sus manos. Y el Dolorsan. El ungüento milagrero. Se lo trae su hijo de Bolivia. Se vende acá también en los almacenes del barrio boliviano, pero para alguna gente Liniers queda más lejos que el altiplano.

—Dejame que te hago unas frieguitas de Dolorsan, Salomón, y te

toco unos puntitos, vas a ver.

Viciosa toquete.

Lila lleva por nombre la toquete.

Bien conservada la toquete, califica el menudo. Y clasifica. Separada hace ocho años. El hijo trabaja de ingeniero en Santa Cruz de la Sierra.

No es que no le guste la señora, no, para nada, por favor, nada mal. Pero vaya a saber, no sé. ¿Mucho diminutivo? Mucha cosita, mucho bordadito en la expresión. Hasta el tonito de voz es diminutivo.

Pura sería más rica Lila. Ahí está. Le sobra el chorrito de Sucaryl.

Pero parece que gusta de mí.

Va una mañana de lluvia, lo frota y le aprieta un punto del pie hasta el aullido de lobo. Maleolo externo. El maleolito te toco. Lo suyo está en las manos. Toca y le husmea disimulada, de paso, el hogar. Le deja granulitos de árnica. Y el potecito de Dolorsan. Una baranda a balsamito interminable.

Esa misma tarde lo visita la enfermera Sally, su titánica pareja.

—De baile, pa. De baile, que a tu manito loca no se le olvide.

Jeringa en ristre. La auténtica gladiadora alopática.

—Mirá cuánta cosita rica te traje… Y va sacando de la mochila una farmacopea interminable. Cajas y blísteres y pomos y ampollas.

Un polvorín.

Es acercarse apenas la inmensa y las narinas se le contraen animalescas. Bestiales. El olfateo la lleva a la mesita de luz. Toma con repugnancia el potecito del Dolorsan. Con la punta asqueada de los dedos. Y los granulitos. Y se queda mirándolo a Salo esperando la explicación.

No le cuenta de Lila, no da detalles. De una vecina, le dice, que se lo dejó por si…

No lo deja terminar.

—Qué es lo que querés vos: la intervención divina querés o curarte, Salomón. No, no, porque si querés intervención divina, me decís, te llevo en el Twingo a la bautista del Cruce Varela a que te imponga de manos el pastor Diego. Y devuelvo uno por uno los fármacos que sustraje con todo cariño para vos del hospital como buena pelotuda que soy. Decime nomás. Soy toda oídos.

Se encoge de hombros haciéndose el payasito Salomón. Siempre le

ha salido bien el travieso candoroso. Dupla eterna en el universo, la severa y el travieso candoroso.

Ay, este chico…

Pareja, pero de baile. Igual no se sustrae al impulso de admirarle respetuoso la pechera. Pujante. Una noche la sueña y se despierta transpirado. El eterno magnetismo de la teta sobre el hombre.

Lo pichicatea la enfermera, lo infiltra. Como quien mueve un banquito corre después la mesa del comedor, pone la playlist del dueto y ensayan un par de horas lisito.

Se entienden, no hay caso. Música por medio esos dos se entienden.

Después Salomón cocina. No vas a viajar con el estómago vacío. Para Salo, Florencio Varela es vuelo internacional. Nada, unas cositas que hice con lo que tenía. Se apasiona la grandota con los knishes. Bobitas de papa. ¿Cuándo me hacés de nuevo las bobitas de papa, pa?

Llevate el péquele.

Comen escuchando Nina Simone, que en swing la bailan bastante. Liz Taylor isnothistail aneven Lana Turner esmail.

Vintash, vintash, si te tengo que explicar de Liz y Lana mejor bailemos nueva ola. Comen, escuchan en silencio y cada tanto un repique de cubiertos sobre el plato.

Con música se armonizan, diría toquete.

Ahora que digo toquete, en agradecimiento por los dedos magnéticos Salo la invita a cenar.

Manda a lavar el Mondeo y lo rocía con Poet. A El Mirador la invita, al puerto de Olivos, donde iba cada tanto con la finada. Una vista hermosa, decían cada vez.

Ahí van.

Pero no.

¿Cuándo fue que cerró El Mirador?

Da vueltas y vueltas con el coche. Todo lleno. Y terminan comiendo en un fudtrac carero. Un carrito pintarrajeado pop. Empanadas de cordero patagónico.

Andá.

Hablan y hablan pero nunca conversan. Se dan el pie nomás, como los actores. De los colores del mandala, le habla ella; del esmalte gris magnetic del Mondeo, le contesta él. De las plantas del balcón, le

habla el menudito, y ella engancha con las plantas del pie. Bailan suelto, digamos. Al ritmo, sí, obedientes, digamos, pero nunca jamás se juntan en figura.

Igual, un beso dulzón en el Mondeo apenas vuelven a subir. Manita va, manita viene. Toquete. Gusto al amaretto del tiramisú, el beso.

Volverán a comer al fudtrac días después. Y ella lo llamará “nuestro puestito”.

Ojo al ruso.

La deja en la puerta de la casa.

Querer quiero pero.

Otro amaretto pero cortito por los vecinos.

Día por medio ensaya con la gran Sally. Apuntados al campeonato porteño. Swing, categoría lindy open. Ponele subtitulado. Un salón en Canning abajo. Farabutes, dice Salo. Qué campeonato, baile con premios ponele de nombre, moishe. Y ponele de paso aire split, que estamos sofocados.

La que entiende acá es la chica, a mí decime bailá trompito y te bailo.

El sábado de las preliminares Lila toquete emperifollada proyecta trompa besito desde la primera fila. Levanta dedos cruzaditos.

Sally y Salo. Preciosos, los dos. Pero preciosos. Boquita corazón se ha hecho ella. Y lambido de gomina el partener.

Ríe a los gritos el público. Despareja de baile. Mirámelo al petizo. Y aplaude fuerte, jodón.

Pero a las finales no pasan. La condena de los graciosos. La coronita de cartón de Miss Simpatía. Pero a las finales van los normales.

Desfilan todos al cierre.

—Saludá riendo y que se caguen —le dice Sally, y tuerce la boca en una mueca ensortijada.

Agarrados de la mano fuerte. Y de pechito. Desfile del orgullo friki.

No se sueltan hasta que la música se silencia.

Se pinchan cambiándose. Y salen a la calle desinflados. Dos globitos lastimosos del cumple de ayer. Lila en la puerta, de maquillado primoroso, aguarda presente en mano. Un cuarzo rosa en papel de seda al tono. Cintita ribonet.

—Chacra del corazón —le dice, se lo alarga y ladea la melenita.

Piquito.

Un espasmo convulso agita a la mole de Varela.

En una vereda tenebrosa de Villa Crespo, allí donde la vieja Canning se topa con Warnes, se enfrentan esa noche las dos potencias terapéuticas. Poderosa una en su concentración, homeopática y espiritual. Química la otra, pujante y farmacológica.

El silencio interminable lo rompe Homeopatía:

—¿Y si vamos a cenar los tres? A festejar que lucharon, que es lo importante. A honrar la vida…

Abre la boca exagerada la lunga. Masculla vocablos confusos. De una guardia, que la están cubriendo y tiene que volver.

—Brindaremos por vos desde nuestro puestito, entonces. —Y le hace a nuestro puestito con los dedos unas comillas un poquito odiosas.

La enfermera responde en ese medio tono desviado suyo, tapándose la bocaza.

—Puestito lo tenés al pushap, Adelaida.

Alcanza a escuchar el final apenas la toquete, y mientras intenta aclarar que no, que ella es Lila, la otra da media vuelta y desaparece.

Subiendo al coche Salo encuentra en el bolsito de Iberia que usa para las mudas el sobre de maquillaje de su partener. Corre hasta Warnes, da vuelta a la esquina y allí está Sally. Apoyada contra el Twingo.

Llorando.

Se miran.

Le extiende el sobre.

Tartamudea confundido.

—No te des por vencida ni… cómo era, ni… ni… no te des por vencida ni aún…

La grandota le manotea el sobre, se mete en el Twingo de un portazo y sale arando.

Mirando los yatecitos comen sentados en el Ford. Lila convida pastillitas de menta y jengibre y vienen los besos. Dejó el tiramisú casero preparado en su casa para que coman de postre allí. Dice "de postre" la toquetona y le pone a "de postre" una capa sutil de azúcar impalpable.

Hoy es la noche.

Antes de encarar la vuelta, meando contra un container de la prefectura, Salo recibe el audio grandote.

—¿Puede ser tan pelotudo un hombre grande? ¿Tan pero tan pelotudo puede ser?

Lo escucha tres veces. Piensa en la boca corazón. En la pechera. Y en esas pestañas enormes que suben y bajan como dos abanicos de Loco Mía. Se mira en el charquito mientras abrocha la bragueta.

Narciso vos.

Inventa del cansancio. Del hígado por los nervios, inventa, y la deja otra vez a la perseverante en la puerta del edificio. Ya no tan perseverante. El patito no pasa tres veces, Goldfarb.

Saca de la guantera el viejo gepeese. Tanto tiempo sin usarlo, la española no lo reconoce. Años. Desde aquella vez que se largaron con Miriam a las termas de Victoria.

A las cuatro y media está en Cruce Varela. Se insinúa el domingo, una camándula de borrachines aparece y desaparece en el sinfín de las tinieblas y en el hospital titila mortecina la luz de la guardia.

—Un señor para la delegada —avisa atrás la chica de mesa de entrada.

Descansa en un consultorio externo la delegada. Una camilla de ambulancia bajada al ras del suelo. Los auriculares puestos. Se miran. Se quedan sin hablar un rato largo.

Podría ser toda la vida pero además de dramáticos hay otros estados acuciantes en sus vidas.

—Viniste.

Se saca un auricular, ella, y se lo pone al partener. Unidos muy cortito ahora por Nina Simone.

En la cama no importa la altura. Lo decía cada tanto Salomón, su padre. Petizo el padre también.

Se le ocurre un chiste con la camilla.

No es momento, Shloime.

Se inclina, cae y se extravía en los valles profundos de la pechera.

Liz Taylor isnothistail aneven Lana Turner esmail, canta la Simone.

Volverán a escucharla un domingo al mediodía en el Twingo. Cuatro semanas después. A la salida de una guardia.

Cumplemés.

Unos choris de festejo en la vereda de El Parrillón. Un chaperío grave sobre Rodó. Un hito carnal en las tolderías de Cruce Varela.

Compartiendo otra vez auricular, la escucharán a la Simone.

La canción nuestra, pa.

IX. Torino

—Qué juvenil, suegrito —le dijo nuerita, y Salo cabeceó para los lados como un bote. Babor estribor.

—Me estoy viendo con una chica más joven, ¿será?; por ahí, no sé…

Silencio.

—Pareja swinger somos. Eso vigoriza mucho.

Una espada, quién te dice, lo hubiese cortado a ese silencio, pero al nudo en las gargantas ni la de Alejandro Magno.

—Más joven pero ojo, una persona muy madura. Muy muy madura. Activista gremial. Una chica comprometida. Profesional de la salud.

Los otros detalles no se los cuenta ahí. Salidos a la madre los dos farabutes en lo depresivos, para qué hundirlos en barbitúrico con tanto bochorno concentrado. Recién al volver del baño un rato después. Pálidos los hijos. El contador y el mecánico dental. Y cabizbajas las nueritas. La de cola izada y la de pecho arriado. Goim, las dos nueritas pero actuándole siempre de paisanas. Sobreactuándole de paisanas. Dejá de hacerme fiestas un poco, nuerita, que la herencia la va a repartir el letrado no yo. Como fichas del burako, pilita, pilita, plac, plac. Soronkin, el letrado. Andá, hacele leicaj a Soronkin. Un poquito seco te sale siempre el leicaj, Mirta, perdón la crítica constructiva.

El baño tiene una lamparita carnicera de luz fría. Hay gente que no es feliz ni cagando. Salo revisa el botiquín, saca de atrás de todo tres jabones Heno de Pravia que les regaló hace tiempo y que nunca usan. Y se los lleva. Ya tengo el obsequio para la próxima. Nunca las manos vacías. El movimiento continuo del presente de buen gusto. El eterno retorno jabonoso.

Espera un rato antes de volver a la mesa. Orina, se mira los dientes en el espejo y se acomoda los pelos. Hace tiempo. Hay que saber cuándo ir al baño y cuándo regresar. Vuelve agitando las manos aunque no se lavó. Mi potz es un templo.

—Bueno, me voy yendo…

Y recién ahí, mientras se calza el gamulán, tira a la hoguera el

kerosene que quedaba en el bidón.

—Enfermera… La chica que les dije antes, Graciela, enfermera. Soltera es. Me lleva una cabeza, no se asusten cuando la vean. Goi, como ustedes —les dice a las nueras—. Mirame qué moderno.

Y para el auditorio completo:

—Ah, y troskista, cuidate.

Ni las catacumbas escucharon alguna vez silencio así.

Saliendo al hall recién despeja:

—Swingers. Bailamos swing, que está muy de moda en la muchachada. Me hace muy bien a las articulaciones. Vamos dos veces por semana.

Pero no hay suspiro de alivio. A esa altura lo del intercambio de parejas ya era detallecito menor.

Lo despiden con manito, amuchados en la ventana. Hay que tener vocación de dentista para comprar planta baja a la calle.

—Se lo tenía guardado, picarón —le grita la obsecuente de culo alto; y su farabute correspondiente mueve la cabeza fastidiado.

Dejá de tirarme flores. Vida mía, se te nota, cantaba Sandro.

—A ver cuándo la trae y la conocemos —la obsecuente del otro; y el otro la calcina con mirada incendiaria.

No hará falta que Salomón se la traiga, la conocerán unos días después. Y no pararán de mirarla desorbitados. Un videíto viral: bailando trompito los dos en el salón de Scalabrini.

La despareja.

Le cuenta a Graciela que se lo contó a los hijos. Y de las caras le cuenta cuando les dijo de la edad.

—Y dale con la edad. Qué sumisión de mierda a las normas tienen algunos individuos que conozco. Diez añitos más, diez añitos menos…

—Dieciocho, Graciela. Dieciocho añitos te llevo.

—Y yo cuarenta centímetros. Si es por llevar, las de perder las llevo yo, ¿o no? La cuestión no es lo que se lleva sino lo que se trae, pa.

No, si a esta chica la dejás hablar un poco y te vende el hospital en cuotitas Predial. Entrenamiento dialéctico trosko de batalla.

—Y yo traer, traigo. ¿O no traigo?

Apoya en la mesa y empieza a sacar la farmacia infinita de su mochilita de la abundancia.

—La edad, la edad, y dale con la edad… ¿Qué es la edad, pa, me querés decir? Puro desequilibrio químico es la edad, no me vengas a mí. Balanza es. Platito bajo es la edad. Ponés en el otro platito lo que hace falta y listo, el que está abajo sube de nuevo. Mirá qué belleza —dice y saca específicos como diamantes un joyero. Antiinflamatorio para el ciático y un relajante muscular para la rigidez. Coenzima para los radicales libres. Y el multivitamina. Anticolesterol clásico. Presión para la depresión, y para la presión un diurético. Y un alfabloqueador para la próstata porque con eso del diurético se vive con el amigo en la mano si no. Y con tanto revuelo ahí abajo, claro, el azul de la alegría: sildenafil en sus tres presentaciones clásicas, veinticinco, cincuenta y cien.

La juventud envasada. Una auténtica quimera química.

—Te dejo anotaditos los horarios y cargado el pastillero semanal.

Tanto vigor pide pista. Manda a arreglar por enésima vez la vieja playera y va al Coto de casquito. Pensar que lo último que pedaleé fue una chequera de Credicoop.

Bien atendido y se le nota. No hay quien no pregunte. Al baile lo atribuye el menudito. Manda a la humanidad que pregunta a bailar swing y traga comprimidos como boca de tormenta.

Sally le carga el pastillero con fría precisión militar. Su fusil.

—¿Estás torito o no estás torito?

—Torino, Graciela, Torino… Pujante poderío nacional, pero del sesenta.

Estamos en septiembre, el video circula y hace reír. Desde Mar del Plata los invitan a bailar allá. Un encuentro. Batalla de baile lo llaman, y recargado como está le entusiasma al trompito lo bélico. Irían de número de color. De llamadores, dice Salo, que supo cazar pajaritos con trampera. Dos días de hotel, ofrecen, y los almuerzos de canje con Montecatini.

—Me deben vacaciones para hacer dulce —dice su partener—. Nos tiramos unos días…

Goldfarb saca a relucir el saber ancestral y lo negocia.

—Sí, pero en el Provincial —les pone de condición—. Y cinco noches.

Fanático del viejo hotel del casino, Salo. Tradición de familia:

jugador de ruleta furioso que fuera Salomón, su padre, nadie lo sacaba nunca del Provincial.

—La cama a tiro de la rula —decía—. Cerca, por si una noche hay que llegar llorando.

Lo conocían todos. Y saludaba a cada uno por su nombre. Mucama, conserje y grum. No decía botones, decía grum. Adorador del Provincial. Carpa en la Bristol, Particulares sin filtro, vermú con veinte platitos en la rambla y en el teatro del hotel la exitosa comedia reidera.

Se enteran del viaje las nueritas y se ponen insistiosas: salir es informal pero viajar es formal. No hay caso. Hay que hacerlo. La lleva y la presenta. Una picadita en lo del hijo mayor. De regalo, los jabones. Nunca las manos vacías. Sally va primorosa. Sin tacos ni maquillaje, fresca. Sonriente y hasta tolerante, fijate. Y hacendosa además: unos cuadraditos de coco y maicena que por hechizo o por compromiso le alaban con arrebato gutural.

—Deliciosos y qué sanitos, ¿hacés naturismo?

Bua. Si supiera.

La han visto entrar desorbitados. El tamaño importa. Pero la grandota si quiere es deliciosa, conoce el rol, se ve, y todo marcha más o menos bien. Hablan de la casa, de lo meticulosa que es la chica que limpia, del trabajo, de los hospitales; dicen gremio y sindicato casi sin poner acento, y la goliat sonríe, hasta que una cosa trae la otra, la botella vacía trae a la llena, sale hablar del país y la nuerita más vieja, contadora pública ella como el maridito, sacará el tema del sismo. Y del cisma:

—Bueno, yo hago política también, te digo —le dice.

Y el chirrido despierta a la bestia PO. Suena ese hago como “hago yoga”. Como “hago teatro” y Salomón la ve contracturarse, retorcerse dentro de la cáscara a la hulk…

—Coordiné equipos de López Murphy dosmilonce, yo. Y nos presentamos ahora prontito de nuevo con Ricardo.

Soporta estoica y colorada el vaho delarruista la fiera obrera, aguanta que le diga que el país espera al fin una figura así, que no hemos tenido aún un verdadero liberal, se contiene, se contiene, pero a la tercera vez que la monetarista repite “los equiposss”, la bestia se

manifiesta. Con una sonrisa de hachazo en la sandía, se manifiesta:

—Equipos deportivos vendrían a ser, ¿no? La marca de los tres tiras…

Silencio pálido.

—Nahhh, chiste, amiga… Pero mejor de política no hablemos así no discutimos, que es feo. De cosas de chicas hablemos… ¿A la chica tuya esa tan aplicada la tenés en blanco o la negreás?

Y se clava un vino como agua.

Silencio lívido.

—Nah, nah, chiste, chiste… No te enojes, Mirta. Mirta eras, ¿no?

Te la pusieron, Mirta, piensa Salomón y disimula el rictus alegre frotándose las comisuras. Mirá si la sucesión tenés que discutirla con ella…

Se van demasiado temprano.

—Mañana hay que madrugaaar…

—Siempre le han gustado a papá las mujeres fuertes.

—Fuertes es una cosa.

Se lo recordará por años. Volverá cada tanto entre nueritas el comentario. La noche esa de lo de los equipos. La terrorista.

Dos días después parten en el coche hacia Mardel. Graciela ceba amargo, le da cuadraditos de coco en la boca, cantan en inglés como si supieran. Entra alegría por las ventanillas y hasta la española del gepeese, tan lacónica siempre, tercia comentarios optimistas. Paran a cargar en Chascomús. Nafta, medialunas y balazos varios del fusil ese de la juventud.

La habitación es linda. No da al mar, eso sí. Pijotearon los anfitriones. Pero es linda. Una siesta fogosa tienen, un paseo por la playa al atardecer y vermicelli con mejillones de cenar. Y pescaditos en Chichilo del puerto, después, al almuerzo. La felicidad suele venir con frutos de mar. Y con churros de Manolo.

Llegan temprano al encuentro. Todo es un caos feo. Quisiera decir hermoso caos, que suena lindo, pero no, caos feo. Hay peleas. El coordinador no coordina, el promotor no arranca y el productor produce tristeza. Les falló la prensa y hacen difusión afuera con un altoparlante... Ni entre ellos se entienden. Los desorganizadores. Van llegando las parejas anotadas pero el público escasea. Y la recaudación

está en la barra así que empiezan tardísimo. Les pasan factura enseguida por las cinco noches base doble, se las refriegan una por una con desayuno continental, y los ponen a bailar en cada ronda.

—Como al mono del organito nos hacen bailar —dice Salo, y Sally no entiende—. Como a colimbas. —Y menos, claro.

Equilibrame este platito.

Pero el honor es el honor. Y se baila por honor y amor al baile. Pide pista el Torino y gira gallardo. Pica, dobla y hace trompo en derrape controlado.

Un maremoto de carcajadas, si fuera comedia reidera.

—Tiene barra abierta, señor —de mensajero, un asistente. Señor, le dice, con respeto colegial. Decime abuelo y aquí te baila Julio Bocca, pelotudo con olas.

Pide güiscola en la barra y como no conocen, además, hace aula.

—¿Vaso Collins tenés visto alguna vez, muñeco? Dos piedras. Y Coca nunca Pepsi.

Como el fervor viene con la despareja los ponen de coro, de número y de salvabache.

La módica sensación en el caos son. Los de iutub son.

Bailan en maratón y toman güiscola. Hacen docenas de amigos que no volverán a ver jamás pero que despiden con abrazo golpeado. Que no se corte. Nos vemos allá. Sí, pero la manito en la nuca de la chica mejor se la sacás, muñeco, que soy mayor pero boludo no.

Es madrugada ya cuando llegan a la habitación. Están encendidos. Arriba. Y puestos de güiscola, claro. La pastilla azul en el baño, que ni tiempo tiene casi de empezar el efecto, los frotes, los estrujones, el empellón.

Los pelos. Los pelos…

Oh, sí, donde hay pelo hay alegría.

Muy modesta la performance, Torino, vamos a decirlo; de modesta para abajo, hay que hacerse cargo. Se hace lo que se puede y lo que no se manda hacer. Pocos desafíos como este al fin y al cabo estimulan tanto la creatividad del caballero.

En el trance se ve al creador.

Su coño cimiento vital.

Baja lastimosa la bandera a cuadros, y en medio del resople se

levanta cívico el gran routier a jalar su látex en el baño cuando un rateo trémulo agita de pronto al motor. En cinco cilindros ratea el tornado. Tose el Torino, se sacude y se mueve en un sismo con epicentro en el pecho.

Titila todo.

—¿Escuchaste el temblor, Roberto? —le dice en la rambla un lobo al otro.

Una arritmia le diagnostican en la guardia del interzonal mientras le enchufan el suero.

Qué cosa, fijate vos, justamente tan rítmico, ¿no? El cuerpo habla, Sali, escúchalo..., le dirá unas semanas después Lila, la toquete naturista, poniendo de costado su melenita (sí, anda por acá todavía la toquete).

Le sacan toda medicación, toda, y le imponen nueva.

En observación.

Le dan el alta cerca del mediodía.

Sin la farmacopea se va disolviendo el hechizo bioquímico y en un par de chuchos el Torino se convierte de nuevo en calabaza.

Cero actividad física por ahora, le dijo la doctora.

Se despide del baile chiflando bajito un swing.

Más pálido, viejo y ojeroso, con el sol, en el retrovisor del Mondeo.

Cargan y parten.

Te ahorraste tres noches, desorganizador.

En Chascomús se para esta vez a descargar nomás.

La vejiga.

Y los lagrimales.

Uh, qué bajón, vos querías comedia.

Una convulsión imparable enfrente del espejo sucio. Las ojeras delatoras, en el reflejo, y atrás dos choferes del Cóndor contra el mingitorio.

—Dejame en el cruce —le pide Graciela—, paso primero por lo de mami.

La deja en Varela. El beso largo en la mejilla presagia final. Todo lo que sube tiene que bajar.

La gravedad en el amor.

Cae rendido en la matrimonial enorme y desierta. Necesita un rivo

pero no puede.

Se pone en YouTube el viejo video blanco y negro. De los Torinos en Nürburgring en el sesenta y nueve, el video. Vueltas y vueltas liderando, el Torino. No gana pero cómo los asusta.

Los argentinos hemos sido muy de asustar.

Trescientas treinta y cuatro vueltas en total. A la doscientos cuarenta los ojos se le empiezan a cerrar.

Mi vida es blanco y negro, ¿qué se me da a mí por ponerle tecnicolor, me querés decir?

Giro giro giro, run run y se duerme por fin.

X. Egresados 70

—Así que resulta que Dios se había muerto y nosotros ni enterados, Nardi, fijate.

El Altísimo Améndola. El mejor promedio de los cinco años del bachillerato. Siempre imponiéndote todo en orden. Todopoderoso desde chiquito. Escribano desde chiquito. Hijo —y nieto— de un otro escribano Améndola. El sacrosanto registro hereditario.

Toman una cerveza caliente con Nardi en un sucucho cerca de Avellaneda y Argerich y se acuerdan de Dios. Carenciada de ingredientes la cerveza, un triolet con maní y papas fritas rotas nomás. En el tercer platito del triolet un vacío existencial. Platito de mendigo, el tercero.

—Más sal que ingredientes, encima. Me agarra el médico de la presión, me marcha preso, a mí, Nardi. Preso me marcha.

Por el apellido se siguen llamando como siempre.

Mustio y lánguido, Nardi. Triste como la humedad. Así medio pescadito. Asiente y mira por el vidrio de la pecera. Lo vio tan caído, Goldfarb, en la reunión de exalumnos que lo invitó a cerveza.

—Vos que fuiste campanita, Nardi.

—Campanita el hada... De grande se vino murciélago el hada, viste vos. Demasiado polvo mágico…

Por eso de reírse de lo mismo le gustaba Nardi.

Compañero de tercero a quinto en un incorporado pretencioso de Flores Floresta.

Quinto segunda / y el resto que se hunda…

Bernardo Nardi. Nardo. Mirá que hay que odiar a un hijo para ponerle.

El raro. Vivía en San Martín, por el lado de la cancha de Chacarita. Practicaba patín artístico y salía cada carnaval con la murga. Pintado como una puerta. Los Divitos de Villa Maipú.

Cincuenta años de egresados se cumplen y los convocaron a armar el festejo en el colegio. Medio siglo sin verse. Con Nardi se dieron un

abrazo nervioso en el aula. Del resto de los compañeros reconoció a uno que otro, pero Nardi fue Nardi. Se llevaban materias por docena y las preparaban juntos en la casa de Salo. Estudiaba de memoria Nardi, una botella de cocacola de litro, se la golpeaba en la cabeza, se acuerda Salomón.

—Para que se me fije.

De cuando la coca era de vidrio.

—Amermelado —decía de Nardi su mamá—. Ese chico no te conviene a vos, íngale, se te pega eso, entendelo. —Y fruncía la nariz.

Pero amigos son los amigos y más cuando sos del bando de los sufrientes. O se pegan entre ellos los sufrientes o se pegotean como ellos.

Se siguieron viendo un tiempito cuando terminó quinto, lo visitaba seguido en la peletería. Se reían de todo como siempre. De cualquier cosa. Una risa rara Nardi. Jota larga. Salo se la imitaba. Estudiaba de peluquero.

—Mirá vos, Goldfard, tanto estudiar el logaritmo, terminamos los dos a la final viviendo de los pelos.

Un día dejó de ir.

—Un día dejó de venir.

Vuelvo a la fiesta de los cincuenta.

La que lo llamó a colaborar fue Susy Rubín. Y de ganas de volver a ver aquellos ojos nomás se anotó por teléfono en la organización. La otra judía del aula, Susy; pero ruso quién te la puso fue Salomón. Y el asesino de Cristo. Y petizo bésame el chorizo. Susy no. El Altísimo le indultaba los ojos celeste clarito esos, y las dos tetas como paragolpes de camión. Y ella lo abochornaba a Salo como todo el resto, sin ninguna piedad bíblica, y aplicaba alegre con la tribu gentil.

Mientras haya alguien abajo tuyo para pisar, el barro no te salpicará los pies.

La ve Salo y se desilusiona. Ah, esa pasión de la colectividad pudiente por la lozanía quirúrgica. Más estirada que un sueldo mínimo, se dice. Humor menudito.

Se van informando en la reunión de la historia de esos años. Resulta que se había reunido metódicamente cada década la división y nunca se enteraron. Algunos no se enteraron. Cinco Grandes Fiestas Cinco.

Organizadas y convocadas por Améndola, claro. Invitado cada uno por nota. Citación notarial. Había muerto en junio Dios. Y organizaban ahora sus apóstoles. Fiesta de cincuentenario y homenaje, de paso, al Creador. Tres apóstoles, y una apóstola: la doctora Mirevich. Mirebicha, le decían entonces. Abogada penalista era ahora. Tóxica como un absceso.

La apústula.

Que Améndola no los localizaba, les dice sin mirarlos Mirevich, y los ignora como en los recreos.

Sí, claro. Ni a Nardi, el puto; ni a Goldfarb, el petizo hebreo; ni a Somorrostro, el indio (el rostro tucumano de la barbarie, le decía Contardo, el chiflado de Historia).

El resto de la división hace bochinche y mira para otro lado. Yo no fui.

—Tienen el culo sucio, Nardi.

—Un orgullo para la escuela verlos a todos realizados, cada uno en lo suyo —les dice ahora la directora, que se ha sumado a la reunión. Y que sería lindo que cada cual hiciera algo, un homenaje, unas palabras, una habilidad. Y lo mira a Salo con sonrisa cómplice. Fastidiosa.

Sí, ya sé, iajne, que chusmeaste el videíto donde bailo swing con la chica. No sos original.

—Ustedes de la colectividad a lo mejor pueden bailar algo suyo, un ricudim podrían, ¿no? —Y lo casa con Susy Rubín en un ademán episcopal.

Las caras de espanto no la espantan.

—O cantar el abanaguila ese de ustedes que es hermoso hermoso. La escuela es inclusiva, recuerden. Y diversa…

—De verso —le dice bajito Nardi, y renace de a poco la vieja sintonía maldita.

De Somorrostro, el tercer excomulgado, no se sabe nada.

—Vaya a saber se murió —dice un apóstol.

—O se volvió a su Tucumán querido —otro.

—Eso es una zamba, chala chalero —murmura Nardi bajito.

—Cantaré cantaré cantaré —devuelve Salo bajito también.

Y se dan codazo.

Jota larga.

Así exactamente de boludos eran en el aula a los diecisiete. Víctima sí, callada nunca. Víctimas pero insufribles.

Saben que no volverán nunca y no se toman el trabajo de disimularlo.

Somorrostro.

Lo recuerda con cariño de vez en cuando a aquel Somorrostro Salomón. Dos cosas muy prácticas en la vida le enseñó: a defenderse dando pilazos en la ñata con la frente. Y a hacer la paja en continuado.

—A la pinga hay que marearla, enano. Peda tiene que quedar. Peda. Vos dale y dale mano que se aturda. Que ya no sepa la pinga si se está bajando o si está levantando… Ahí obedece. ¡Siete en el tren de Retiro a Tucumán m'i hecho yo así! ¡Siete! —Y lo recuerda Salo haciéndole siete con los dedos.

De Somorrostro haciendo siete se acuerdan tomando cerveza tibia con Nardi después.

Con el deprimido Nardi.

Y en un rato le cuenta el fígaro su medio siglo.

De una peluquería próspera que tuvo mucho tiempo con su hermana en Villa Diehl. Gran clientela. Y de cómo saltó a Urquiza sobre avenida en un local de un novio que tenía. Y de su berretín de transformista nacido en murga. Susana Giménez, Moria y la Serra Lima.

—En un boliche de la costanera me vio la Susana. Se deshizo en zalamerías pero al programa después no me invitó nunca. Yo daba mucho más linda y más joven, me lo decían todos, le hacía hacer papelón.

Se ilumina cuando se acuerda.

—Peso que ganábamos me lo gastaba en vestuario yo. Lo mejor de lo mejor. Las mejores telas del Once, las mejores tijeras del ambiente. Un capital tengo guardado en vestuario, en pelucas.

El novio murió en el dosmiltrece del corazón. El local con todo adentro se lo quedaron los hijos. El nombre, que era marca registrada, resultó que lo tenía inscripto un chongo que venía los sábados a ayudar a peinar.

—A peinar para dentro venías, pedazo de Judas. No te me ofendas vos con Judas, pero el hijo de puta más Judas no podía…

—Por fortuna te quedó la ropa —le dice Salo mostrando parte llena.

—Trapos. —La parte vacía—. Se me va la plata en naftalina. Si lo vendo me dan chirolas. Y qué te hago yo a esta edad con semejante vestuario… De Mirtha Legrand te hago. De Mirtha Legrand con las várices. Mirtha cojita.

Que trabaja a porcentaje ahora en una peluquería de Constitución, le cuenta. Y que vive de prestado en lo de la hermana en Villa Diehl. En el garaje, que no lo usan porque vendieron el renó doce.

—Temporario, ojo —le dice—, ya tengo pagos dos meses de una pieza cerca del trabajo, pero se desocupa recién a fin de mes. Ahí recupero un poco, ahora se me va todo en viaje y comer afuera.

Se despiden en la vereda.

—Nos vemos un día de estos —le dice Nardi.

—La última vez, cincuenta años…

Se queda pensando un rato largo el peluquero.

Se tildó, piensa el menudito.

Antes de encarar para el colectivo se lo dice. Dudando, se nota, pero se lo dice:

—Tu mamá.

No le entiende el niño Goldfarb y queda con sonrisa tonta esperando.

—Tu mamá. Me pidió un día que mejor no vaya más.

Main idishe mame ya ves tu cuento no olvidé / y toda mi vida a venerarlo dediqué.

Lo mira irse caminando —chueco— para la parada del 47 a Lacroze. De ahí el 78. Y las seis cuadras a pie después.

Al otro día lo llama.

A veces —no siempre— en la vida se está a tiempo.

—Tengo la pieza de mis hijos vacía. Hasta fin de mes que te entreguen la tuya. Te me volvés loco de colectivos si no vos, muñeco.

Delivery de la Imperio. Fugazza con fainá. Comen de más. Hablan como loros. Miran el *Bailando* en la tele. Se acuerda cada uno de pasos y piruetas.

—Trucos, les dicen ahora los boludos a la pirueta. Qué pueden saber de pirueta los boludos.

Jota larga.

Los hijos se enteran por el portero soplón. Lo llama el mecánico dental. Para las cosas delicadas el contador lo manda al mecánico dental. Falto de carácter saliste, Marcos.

—¿Hay un hombre viviendo en casa, papá? —Para todo le dicen Salo, para lo dramático papá—. ¿Estás subalquilando, papá? —Ahí te sirvo un puente de plata.

Sheine íngale. Si lo dejaras a tu padre vivir la vida en paz, sus pelotas perderían importante volumen no sabés con qué alivio.

La idea sale sola.

Nardi la llama a la apústula y se anotan en el homenaje con un homenaje.

Llegan al acto con valijita rodante misteriosa y se cambian en la sala de profesores. Nardo lo maquilla con arrestos gestuales de Dalí. Base oscura, sombra, corrector y bigote con delineador. Después se maquilla él. Y se viste primoroso. Y se pone con cuidado pulcro la peluca. Un minuto antes de salir se saca las medias elásticas de las várices y se calza.

El sum, le dicen. Era el patio, farabutes, lo techaron un poco con acrílico barato y ahora es el sum. Repleto el sum. Los ven entrar y desenfundan los teléfonos como pistoleros estupefactos.

Como en patines se mueve Nardi arriba de los tacos. El vestido es deslumbrante. Y tiene la peluca unos arabescos que parecen de escultura. Están radiantes. Idénticos al original. No hace falta presentarse, los reconocen a primera vista. Y los más viejos se lo explican a los más chicos:

La señora Mirtha Legrand baila hoy con el señor Roberto Galán.

Dios ha muerto, la ley está enterrada.

Bailan casi en cámara lenta pero vistoso de pirueta. Trompito y trompito. Mirtha hace el ademán con el dedito en el cachete, y Roberto, jopo engominado y con el gestito de los dientes, repite a público cada tanto:

—Hay que besharshe máshhhh…

A la apústula y a los apóstoles.

—Hay que besharshe máshhhh…

A la directora atónita y a la Susy Rubín desorbitada.

—Hay que besharshe máshhhh…

A los hostiles de quinto segunda.

Y a Dios jurisconsulto, que los mira desde el cielo con su lapicera Montblanc.

Se van al barsucho sin esperar que termine el evento y se toman tres Quilmes tibias. Sentados en la mesa de la vidriera. Pasan los invitados que salen del festejo y saludan turbados. Ellos agradecen con el vaso. Dos chicos se sacan una selfie.

La gente se dispersa. Oscurece. Toman abismados los culetes de la birra. Vaya a saber en cuáles pensamientos abismados. En silencio profundo. Unas sonrisas tiesas. Catárticas. Cada tanto, de la nada parecen recordar y se buscan la mirada.

—Hay que besharshe máshhh… —dice Nardi.

Y largan la jota larga.

Jubilosa.

Interminable.

XI. ¡Cautivos!

—Nos abochornás, papá. Abochornados completamente. Frente a toda la comunidad educativa. Vos estudiaste en esas aulas, tus hijos estudiaron en esas aulas, tu nieto va a estudiar un día en esas aulas.

Sangre de mi sangre: de mis hijos vos solo, porque tu hermano empezó a joder en primero con su vocación súbita por la mecánica y lo tuvimos que pasar al Huergo. Nos hinchó las pelotas cinco años con ser mecánico espacial de la NASA en USA y terminó mecánico dental en Caraza. Y a tu hijo le faltan ocho años para el secundario. Tanto espamento por mover el tujes en el acto de los egresados 70. Y no me repitas bailar con un travestido, que ahí se te nota en el léxico que la letra te la escribió tu mujer. Si es por papelón, en un 9 de Julio cantaste ahí tan desafinado el oso de moris que se escuchaba la gallina turuleca.

Que hay que recomponer el vínculo le dice. Que es importante para la maduración de Jonathan.

Pelirrojo igual que el hijo, el nieto de Salo. Colorado. Maduro de más te nació.

Que decidieron que vaya con ellos el finde largo al campo de su suegro. A socializar.

No, si cuando yo digo que te la escribió nuerita…

Psicóloga recibida, nuerita, pero impoluta de toda sesión. Virgen el título de la UCES enrollado en un cajón del placar. Inmaculada de pacientes. Excepción hecha del hijo y el marido. Diván cuna. Diván king.

Que lo llevan ellos en el coche, le dice, así traza vínculo más íntimo con la criatura.

Por qué te la escribe tan rara la letra.

Nada de bola le ha dado nunca el coloradito Ioni. Le decía zeide cuando empezó a hablar, pero de marioneta materna que era nomás.

—Decile zeide al zeide.

Goi con culpas, nuerita. Más rabinista que el rabí. Creció un poco el

pecoso y le empezó a decir Salomón. Y viejoputo cuando no le deja el control de la tele.

Lo pasan a buscar el viernes tempranito y lo sientan atrás con la criatura, que duerme todo el viaje salvo una parada a vomitar llegando a Pacheco. Arcada Ford. Sube con olorcito y se terminó el mate con criollitas para mí.

El campo del suegro es campo, sí, pero de mentiritas. Campo de jugando. Un club de chacras cerca de Zárate. El Aduar. A jabón de los noventa le suena a Salo El Aduar. Cremoso floral. Rancio a la semana y no por abolengo.

El suegro lleva por nombre rotundo Tito Palomeque y es financista.

Sí, después todos los usureros somos rusos.

Una mesa de dinero con más altibajos que el mar. La bajante sobre todo cuando toca ponerla. El combo casamiento lo pagó Salo completo. Tenía el negocio de cueros todavía.

Media temporada otoño-invierno esa fiesta en el Sheraton, hijo mío. La pierna de cordero en llamas de las cuatro de la mañana nomás ocho gamulanes.

De bombacha bataraza los recibe Palomeque en la tranquera. Gaucho amateur, pero fanático.

—Bienvenido al pago. Mi rancho es tu casa, Salito.

Con lo que me corta a mí la mayonesa que me digan Salito. Gracias, muñeco. El pago me lo cobro con gusto. Si es mi casa dejame vender el frízer a ver si recupero los gamulanes del cordero en llamas.

Su otro hijo, el mecánico dental, llegó temprano y ya está en el quincho esperando para accionar. Dispuesto él también a corregirle los desvíos. Ortodoncista moral. Con su mujer de apoyo. Y hasta a su suegra la ha traído también. La tiene muy poco vista a la consuegra esa Salomón. De los casamientos nomás, de hace años. Sabe que vive en el sur. Que se llama Moira (que es nombre que a moishe no se le olvida porque que nunca se moira). Linda pero rara rara la recuerda a la señora. De mucha babucha. Y de rulo apelmazado.

—¿Te sacaste el rulo apelmazado, Moira?

—Rastas se llaman, papá.

Casi al ras y muy canoso tiene el pelo ahora.

—Te queda muy actual. Muy actual te queda.

Ni contesta. Hosca está, rotguailer y mirando al horizonte. Sigue lindaza. Ojos claritos. Arrugas del sol. Piel curtida. Y fibrosa ella. Lástima tu carácter, pelada.

La casa tiene más piezas que una pensión. Los distribuyen. A Salo le toca en el ala de huéspedes. La verdad la verdad: lo que fueran las caballerizas al pedo. Enormes mandó a hacer los establos Palomeque y se clavó porque nadie montó nunca. Caballo se quedaron con uno y duerme afuera en una carpita gazebo, así que refaccionaron. Un saloncito coqueto con tele mural y sillón de cinco cuerpos. El monturero, le dice el farabute. A los lados los establos vueltos dormitorios. La monturas colgadas de adorno en la pared. La de arañas que habrá ahí atrás de esos cueros.

No sé qué te reís del señor vos que compraste bicicleta fija y ahora es perchero.

La parrilla ya está humeando: unos costillares faraónicos y una variedad de achuras infinita y colorida. Hasta tripa gorda, que ya no se usa. Y embutida de longaniza parrillera para más. Un museo de sebo. Al frente del asado, de botas, boina plato colorada y delantal de cuero, el capataz. Maxi se llama el capataz.

Desde Patoruzú que no tenía visto capataz.

Ñancul.

De patrón, patrona y patroncito los trata a todos.

Si es por mí prefiero Petizo mejor, mirá lo que te digo, Ñancul. Patrón me trae al recuerdo las cargas sociales y me dan las palpitaciones.

La mañana se le va intentando que el colito le pase un básico de bola.

Lo carga a cococho y lo lleva a ver los teros.

Lo mira a lo lejos la familia con cabecita ladeada.

—Qué ternurita.

El chico le arranca las orejas a tirones.

Prueba con la pelota y el colo se la tira desafiante a las brasas. Pulpo achurrascado.

Al rato sirven la comida y se lo sientan al lado. El zeide te corta, le dice nuerita. La yugular te corta el zeide si no te apaciguás, satán. No hay manera de pararlo, pan que agarra lo desmigaja y lo desparrama

por el mundo para las torcazas que llegan con sus caritas de indigente.

Salo le da un billete a Ñancul.

Le doy jugoso, y me aseguro el cocido. Y un amigo en la inmensidad de la pampa. Siempre me he entendido bien yo en el lenguaje universal de los mozos.

Patoruzú muy de cabecera se la sienta al lado a la Moira. Desde temprano que la viene arrullando a la tórtola bravía. Le da vueltas alrededor el Palomeque, inflando las plumas, haciendo alharaca. Viudo también, el buchón. De lejos se te ven las ganas de pisarla, gauchotito.

—Nuestros mayores, qué ternurita —dice nuera dental.

Ganas de arrancarse los pelos de la mano le dan a Salomón, y pincha chinchulín con un énfasis que salpica hasta Brazo Largo.

La orgía carnal dura horas. No hay sal de fruta en todo Zárate Campana capaz de asistir en trance semejante. Quedan todos hundidos en sopor.

Todos menos el demonio pelirrojo que ahora encontró en el suelo los coquitos de un datilero y —a falta de torcazas— se los dispara a la familia unida. Soporta con moderna paciencia la familia.

Canaliza, dice Melanie Klein de Ortúzar.

Y dale la otra con qué ternurita.

Salo sulfura.

—Los coquitos, Ioni… Los coquitos…

Se desparraman por el parque todos buscando la sombra. En una pesadilla de colesterol, todos. No terminan nunca de despertar. Se desperezan, se desperezan pero la pereza sigue ahí.

Y la lluvia de coquitos.

—¿Por qué no lo andás un poquito a caballo? —le dice el hijo, y Patoruzú de metido salta del letargo lípido.

—Si quieren montar le piden acá al capataz que les ensille a la Saeta, ¿eh?

La Saeta es el caballo. Es yegua el caballo. Es ancuda, además, sillona y vieja. Y está de pella por todos lados. Hasta papada tiene en el cogote.

Maxi se la ensilla y cruzan de paso charla amena. Que es de Colegiales, cerca del mercado de las pulgas. Que se recibió de chef en la UADE, le cuenta; que en rubro cocina hay mucha competencia. Y

que para capataz de country lo que más exigen dominar es parrilla.

—Con la Saeta téngame paciencia, eso sí, porque ensillar todavía no estoy ducho. —Y lucha con la cincha—. Muy mansita la Saeta, pero medio dura de arranque. Dele con la varita de sauce nomás. Para volver no, le suelta la rienda y trota sola al palenque. Ah, y Saeta no le diga porque no entiende. Chancha, dígale. O Chanchu, también. Saeta es decorativo, ¿vio? Cobertura, cómo le explico. ¿Fondant tiene visto?

Chacras de repostería.

Lo sube al coloradito a la yegua. Sigue beligerante el mala entraña, y a falta de migas y coquitos aprovecha la altura y escupe a quien se ponga a tiro.

A gargajo torrencial se pasa la tarde y cuando desmonta ya está Ñancul sirviendo de nuevo. Lechón a la chapa. Brasa arriba y brasa abajo.

Se salta el postre Salo, unas bananas a la parrilla con ron y azúcar morena, y escapa a las dependencias a desparramarse por fin en el sillonazo a ver entretenimientos. Tarde piaste, sentada en la punta del cinco cuerpos Moira, la rotguailer, mira como ida un documental de la jungla. Leones devorando gacelas. Sin bozal la rotguailer. Salomón se sienta prudente en la otra punta. Cuerpo cinco. Ella no se despega de las fieras. Lindaza y bravía pero secota, piensa Salo de reojo. Abundante reojo pero él nomás. Ella esfinge. No recuerda haberla visto reír nunca a la esfinge. Que tiene fea risa a lo mejor, piensa Salo.

Una persona seria no es otra cosa muchas veces que una dentadura de mierda.

Pasa la hora, los leones van quedando ahítos ya, como ellos, y de pronto ella de la nada rompe el silencio.

—Decime, vos por una de esas, porro ni a palos, ¿no?

Le da cosa enseguida se nota porque no espera la respuesta.

—No pego un ojo. Un ojo no pego si no te fumo. Y lo que tenía ya me lo…

Y como el balde que desborda despacio se larga a hablar. Bajito. Como quien no quiere tapar la tele. Pero sin pausa. De sus tres separaciones en cinco años desborda. Y de un galpón de las artes en El Bolsón donde da clases de chicún.

Desconozco chicún.

De una huerta comunitaria que ayuda, desborda. Y del tres ambientes contrafrente que malvendió en Almagro sobre Yatay. De la plata que se va gastando de a poco para desesperación de los herederos, desborda y ya hace charco. Desborda que acá la tienen capturada y que le queman la cabeza. Que no ve la hora de que llegue el lunes para tomarse el micro de vuelta.

Sí, comprende Salomón. Cautiva también. En reformatorio los dos.

—Se les dio por engancharme con Palomeque ahora, a ver si siento cabeza. A que me sirva parece que me hubieran traído. Caniche alzada me trajeron. Mi hija y el tuyo.

Seria. Bajita la voz y grave.

La gacela deja de hacer convulsiones asquerosas y la manada de leones come entrañas ahora de la panza abierta, como de una pirex.

—Y ni un ojo te pego sin porro yo…

Ñancul limpia todavía la parrilla y reserva para la mañana las brasas más grandes. Se alegra de serle útil al caballero. Y del billete jugoso más todavía. Que ahí cerquita a unos kilómetros. En la estación vieja de Atucha. Un almacén de campo en la esquina. Que pregunte por Mandinga. De parte de Maxichef.

—Mandinga en el guasap me tiene Maxichef.

Que el camino es de tierra y que guarda los amortiguadores, le dice. Y vuelve a su universo parrillero.

Vus amortiguadores, Maxi…

Salo la saca a la Chanchu sigilosamente. La linterna, una gorra y una frazadita sobre los hombros para la fresca. Hay buena luna, se mira la sombra en el terraplén.

En su corcel cuando sale la luna / aparece el bravo Zorro.

En el mostrador de Atucha lo miran llegar recelosos. Una vieja rechiflando del asma lo acompaña a la vuelta, a un paredón ruinoso de ladrillos y lo deja ahí esperando a la intemperie. Una luz rara aparece de pronto desde las sombras. Viene del fondo.

Es Mandinga.

Gordito retacón es Mandinga. Y le patina un poco la erre.

Le entrega la bolsita de flores con seriedad protocolar.

—Prudencia, caballero, eso sí, si no tiene probado con las plantas de acá.

Salo lo tranquiliza con mueca impostora.

—Atucha, caballero, la planta. Me lo tenga en cuenta.

Salo boca abierta.

—Planta atómica…

Apaga la linterna del teléfono Mandinga y desaparece de nuevo en la tiniebla.

Salo monta y suelta la rienda. La chancha encantada se vuelve saeta y galopa.

Llegando a la chacra se larga una llovizna porfiada.

Moira sigue en vela en el primer cuerpo abducida por la pantalla. Mueren focas ahora en Animal Planet.

El Zorro, caballeresco, le entrega la bolsita, y la cautiva sorprendida se conmueve.

Se tira descalzo en el cuerpo cinco el Zorro y se seca liliputiense con la toallita del toilet.

Un brillo en el lagrimal de la cautiva descubre de reojo.

La misteriosa, turbada, está armando un coso con diligencia profesional. Enciende, disfruta disfruta y enseguida le alarga. El cautivo mueve a cuerpo tres. Un ajedrez. Ella le saca la toalla, lo acerca a cuerpo dos y le seca amorosa la cabeza.

Lo seca y fuma. Y fuma Salomón. Atómico fuman los cautivos.

—Sabés que sos un divino, ¿no?

Muy bajito habla, y grave. Hay que ponerle la oreja.

—Sabés que como vos no quedan, ¿no…? Qué no vas a saber, vos…

La mano que pasa la toalla, la mano que pasa la brasa.

Manito manito, el beso viene solo.

Mueve Salomón. Los dos en cuerpo uno. La cautiva lo recuesta en el sillón a lo largo. Siete cuerpos.

El patrullero ruso del amor vuelve a las rutas, fijate vos de dónde viene a saltar la liebre.

Ojo el detalle, varón.

Recién ahí el varón le reacciona al detalle. Busca disimulado en la

riñonera de descarne el varón. Escarba en la mochilita, pero no.

El amor está a veces a la vuelta de la esquina. La farmacia de turno nunca.

—Tengo, no te preocupes.

Cómo le está gustando a Salomón la voz ronquita.

—No, no es el..., es el…

—Tengo también. De cincuenta miligramos. Podés tomar dos pastillas sin problema si querés.

Salo, de espaldas, traga dos azules un poco avergonzado.

La ronquita lo afloja con gesto vago. Fuma y lo espera.

—Hacé lo tuyo tranquilo. Caballera no tiene memoria…

Se van sacando la ropa despacio. A la luz de la tele. Cuerpo de chicún, Moira. Fibra. Pero pelos, eso sí. Exuberancia de pelos. Jamás una prestobarba la indómita. Axilas, pubis. Animal Planet.

Acaricia peludito. Peluchito.

Suben el volumen.

Parecen gritos humanos pero son las foquitas.

Los despierta el canto del gallo. Hay que ser hijo de puta para poner gallo de verdad en una chacra de utilería.

Entra el resplandor por la ventana y los cautivos se ufanan sigilosos con las mochilas. La Chanchu sigue ensillada en el palenque, pobre, y les hace horas extras resignada hasta la puerta del club.

Humea ya la matera presagiando el desayuno. Lleva churrasquitos de ojo de bife el desayuno. Ñancul con cara de dormido saluda a los jinetes a lo lejos con la mano.

La sueltan con rienda floja a la Chanchu y mientras vuelve al trote al gazebo el guardia de la entrada les pide un coche.

Remís trucho. Polo repintado. Antes taxi. Un Uber telúrico. Suben felices los evadidos y aromando Atucha, perfumados y fumados. El conductor los ubica con educación.

—Si van a seguir pitando, las dos ventanillas abiertas, me hacen el servicio. Si no yo respirando de eso hasta capital no llego.

La hermosa campechanía del gaucho.

Dicen adiós con la mano los evadidos.

Adiós, club de chacareros amateur...

Chacrita junior, adiós.

Antes de entrar a Panamericana compran en un veinticuatro horas dos alfajores bajoneros. Capitán del espacio.

Despegan hacia la ciudad. En la ruta, con el viento en la cara, sienten ahí sí al fin el alivio de la fuga. Salo ríe con la cabeza afuera y la boca se le llena de viento.

Ella, sacar la cabeza sí pero reír no. Esfinge.

Seguro que al final de la historia se ríe, piensa Salo, y resulta que tenía una risa hermosa.

Se entretienen ensayando mensajitos de despedida a la familia.

Cambian en Retiro el pasaje para esa noche y siguen para Villa Crespo. Unas pascualinas desintoxicantes en El Ciervo de Oro de Julián Álvarez, para cuando haya que almorzar; y del frízer en la casa los knishes infaltables. Dan unas secas más. Él, risas. Rictus, ella.

Te voy a hacer reír…

Se hacen arrumacos, toques, sorbetes y otras cosas gratas y sencillas que la edad permite con dignidad en ese estado. Y se quedan dormidos despatarrados sobre la pampa king.

A las diez de la noche se despiden en el andén treinta y cinco.

La voz ronquita.

—Los tres pánfilos juntos que planté en estos años, te digo, como vos no hacen uno solo…

—Uno Salo —dice Salo, y el chiste ni es demasiado gracioso ni tan oportuno pero vaya a saber por qué, porque se está yendo a lo mejor o porque entró al fin en confianza, o vaya a saber, pero la indómita larga al fin en esta historia una carcajada a toda boca. Y así de boca abierta como está le da besote. Y sube riendo al Rápido Argentino.

—Uno Salo…

Y se ríe.

Tiene risa fea, pobre. Un festival de encías.

Tenía risa fea nomás, piensa Salomón agitando la manito. Pero simpaticona, ojo. ¿Por qué me gusta la risa esa si es fea la risa esa?

El yuyo mandinga. O estoy mishíguene cop, me cacho en diez, y de nuevo me ha picado el bicho de mierda a mí.

Vuelve a casa y cae derrumbado en la cama. Perfume atómico en la

almohada todavía. Y Animal Planet, la sábana de abajo.

Se duerme ensoñando mejilla sobre peluche.

Qué ternurita.

XII. Virtual

—Las cosas esas que a las mujeres nos agradan en la cama / las aprende siempre el caballero de otra dama.

Así refrán chueco decía Miriam, la finada.

—Y todo lo farabute, eso te lo firmo, se lo enseñó un amigote. Y todo lo que te rompe el ciático lo sacaron de una película chancha… A mí no me cuentes quién te fue enseñando qué, cosa tuya de tu pasado, Salomón Goldfarb. Pero docentes, se ve que docentes tuviste. Vamos a decirlo. Para honra de esa santa mujer, aunque sea, hay que decirlo. Vos no te agrandés, alumno aplicado nomás habrás sido.

Del shule del tujes.

Diploma, medalla y beso a las esforzadas formadoras de futuros maridos.

De una sobre todo se acuerda siempre el menudito, que sin abrir la boca (para hablar, se entiende) lo educó paciente. Y estoica. De todo un febrero de aula en Miramar se acuerda. Que era poetisa se acuerda. Clelia Cantú. Que tenía preciosa voz de locutora. Y que le llevaba once años (con lo que ganó al principio la admiración boquiabierta de la patota playera y al rato el alias de viejero).

—Limpiate la baba que se te pegotea la envidia, mono.

Era de Rosario la muchachona Cantú. Salo viajó a visitarla en tren Mitre un par de veces. Empezó después a trabajar en la peletería del padre y entre una cosa y la otra… Lo despidió de manito la última vez desde el andén. Cumplía treinta ella ese día. Él orillaba los diecinueve.

Está deprimido ahora Salomón. Nivel trapo rejilla. Nivel un mes sin hacer la cama. Nivel pelo con olor a gallinita. Está solo. Una señora que le empezó a gustar, sí, no sé, pero vive en Río Negro. Y no está mal pero tiene risa feíta. Mira adelante y ve todo oscuro. Negro el río ve. Pastillas diferentes le da el médico de los nervios, pero filípica la misma.

No me hagás la filípica, Serebrisky. Buscarle sentido a la vida, buscarle sentido a la vida, ya se lo encontré el sentido, ¿querés que te muestre la flecha?, para abajo indica la flecha, cama ejecutivo destino Tablada.

Pasó el cumpleaños sin sacarse el pijama. Los hijos no lo saludaron. Ninguno de los dos.

Ofendidos por un feo que les hice; un plantón el último finde largo.

Una nuera nomás, un dibujito animado en el Facebook le puso, un payasito que se saca el sombrero, se pone el sombrero, se saca el sombrero.

Payasito será tu papá, parienta, que porque va al club de chacras se disfraza de José Larralde…

Dieciséis saludos de cumpleaños cuenta en el Facebook. Y salvo la nuera, una prima y la vecina de abajo, el resto quién te conoce. Unos amigos que le salieron como sarpullido el mes ese que bailó trompito en un par de salones. Borra a un confianzudo que le puso ALEGRÍA PETIZO. Todo así con mayúscula prepotente. Con odio lo borra, golpeando seco la tecla. Tomá. Y se queda leyendo tres veces el mensaje de una Delmira Mistral. Mayusculera también: RECUERDOS DE MIRAMOR. No la conoce a la Delmira, y no hay fotos en el muro. Retratos de poetas nomás. Y metáforas para hacer mermelada. De Rosario, lee, y asocia: Clelia. Aquella Clelia. Cuarenta y cinco años después. Miramor esos locos amándose en la arena, declamaba una poesía que le mandó por correo. Tiró la carta cuando se casó con la finada. Se la cruzó una vez en los noventa a la poetisa en un cine de Lavalle. Que le había salido una suplencia en capital y daba clases de Lengua ahora en tres normales y un nacional. Después entró a ver *La lista de Schindler*.

Emocionante la lista.

Y listo.

Hace cuentas Salo de cuánto tiene ella ahora y se deprime un poco más todavía.

UN ABRAZO VIEJA AMIGA. Le responde así en voz alta él también. Después borra VIEJA y se lo manda.

Al rato están chateando. Que se volvió a Rosario. Que está espléndida. Disfrutando la madurez y escribiendo mucho. Le manda

enlace a tres pasquines de poesía, que el abatido prefiere mantener a cautelosa distancia.

Escribe rápido la escritora, claro, le saca metros de ventaja, y llegan los chats en catarata. Salo mete puntaditas donde puede y donde no, corazoncito corazoncito. Rápido y raro escribe. Lírica. Y metafórica.

¿Por qué para decir una cosa los poetas no dicen cosa?

Alcanza al filo a meter puntadita en un hueco. Que se acuerda siempre de ella.

Y se congela de golpe la catarata.

Y que fue con ella que entendió lo que era una mujer hecha y derecha.

Pumba.

Que ha sido, aunque ella no lo sepa, maestra de la vida.

Tarda un rato en volver el agua. Vuelve suave. Mucho más lenta. Olita baja.

Que guarda en su piel todavía el calor de su piel, le contesta Delmira.

Que si siente ahora aquel calor de su mano en su rodilla, pregunta él.

Que lato, soy toda corazón, ella.

Que no sé qué de los botones de él.

Que no sé qué del cierre de ella.

Ah, sí, re audaces somos todos por escrito.

Si la humanidad se animase en la cara la mitad de lo que se anima escribiendo, el mundo sería un veinticuatrohoras matraca.

Palabra va, suspensivos vienen, la cosa se va poniendo velluda.

La poeta le saca varios cuerpos, eso sí, lo tapa de letras y figuras. No le da abasto la mano a Salo.

A escribir me refiero.

La rosarina en una de esas atropella.

Ay perdón, me pongo colorada, vos decime si me desubico, ¿te das maña así vos con lo del sexo virtual?

Ah. Bua. Sigue dando clases particulares.

Se nota que turulo el varón tarda en contestar porque mientras está todavía eligiendo de a una las palabras para decirle que no ya está llegando la otra ola.

Ahí me paso a video, abro una sala y te invito. Vos dale aceptar.

Se aterroriza Salomón, cuatro días sin afeitar, el pijama con lamparones de yogur y una paridera de chanchos la pieza. Pero en la ola siguiente algo lo anima.

A oscuras, ojo, eso sí. La penumbra alrededor de la pantalla nomás. Mirémonos las penumbras. Dice mucho la penumbra del que no ves, amor.

No, si como raro es raro raro siempre el poeta; pero fijate que no sé cómo pero su razón en el fondo…

Por la razón será, porque le dijo amor, porque se acordó de la preciosura de aquella voz, pero a los dos minutos está conectado y a punto de mirar oscuro como quien ve una de Cicciolina.

Hay que ser muy mayor para haberse tocado con Cicciolina.

Despeja el área que ilumina su pantalla, tira al cajón el despertador Seiko. Y el frasquito de rescue de flores de Bach que le trajo Mabel del sexto. Qué atenta. Limpia de polvo la mesita con la manga del pijama príncipe de gales. Deja él también despejado el escenario. Y mientras levanta la vista a la penumbra se va escuchando ya en un susurro irresistible aquella voz cantarina y sugestiva de la vieja maestra. Muy bajito el volumen. Como quien habla al oído. Provocativa como la recordaba. Juguetona. Musical. Música auténtica. Escucha la música y siente el viejo tirón entre las piernas.

Entonces ella empieza a decir cosas.

Y la música es voluptuosa, sí, pirómana, pirovante.

El problema es la letra, moishe.

Qué mal se lleva la lírica con el sexo.

—Tu boca pirata contra mi boca, Salomón... Contrabandeando palabras. Llename la boca de palabras no dichas. Y saqueá las mías. Vaciame. Tragate las mías… Sí…

El tirón afloja. Intenta concentrarse en la música. Que es en inglés, intenta pensar. Pero no hay caso. Para no papelonear sigue un rato el juego con gritos y suspiros pero apenas el ritmo se acelera un poco aprovecha, da unas exclamaciones agitadas y cierra.

—Te recordaba poquito más aguantador yo.

—Los años, vieja amiga, los años…

Que fue breve pero intenso, que lo disfrutó tanto tanto, le miente él;

que sigue enseñándole cosas, gran maestra.

—Me dejaste atónito. Atónito me dejaste. —Le parece digna de una poeta, atónito. Y mal que mal no miente.

Pero jodete por falso entusiasta: queda comprometido para el otro día a la misma hora.

Pierde más presión su depresión todavía. Se duerme en llanta.

Está a punto de inventar una excusa la noche siguiente pero la culpa lo acuchilla. Y conecta.

Con penetrar como un ariete en la caverna de Platón, empieza esta vez, agitada, la poetisa. Y con sentir cómo las sombras de la caverna lengüetean el ariete.

No se acuerda muy bien Salo lo que era un ariete, pero improvisa con dignidad.

—Está tan feliz el ariete, sí, sí, tan feliz…

Recibe en pie las andanadas líricas, y poniendo el pecho. Intenta poeta. No le sale ni a patadas. Devuelve los paletazos que alcanza, que no son muchos. Patético se va poniendo todo.

Se va quedando en silencio.

De a poco ella se desanima también. Quiere seguir y no puede.

La voz canora se quiebra.

Hasta cogiendo deprimo, se oscurece Salomón.

Queda la pantalla silenciosa y negra. Un viejo canal de aire en la madrugada.

—No estoy en Rosario —le dice después de un rato. Y se acerca un poco a la pantalla. Asoma entre sombras su cara flacucha y demacrada. Pelito ralo. Se queda ahí. Muda y quieta. Esperando la ejecución—. En una residencia en Chacarita estoy, boludo. Geriátrico, bah, qué le vamos a andar poniendo metáfora. Un año y medio ya.

Salo se acerca también a la camarita. Se miran incómodos un rato.

—Si me consolás te escupo.

Prende un pucho empezado que tenía en el cenicero, ella, y abanica el humo con la mano.

Se toma el rescue remedy, Salomón, y pone de nuevo el Seiko en la mesita.

Ahora hay que llenar el vacío.

Que queda sobre Velasco a media cuadra de la vía y que no se

acostumbra al ruido. Que la despiertan los trenes. Que aprovecha entre el último y el primero. Cuatro horas duerme nomás. Antes y después, la radio portátil al lado de la oreja.

—Bajito porque las perras de la pieza de al lado tienen oído de tísica. Y las paredes parecen de papel. Son primas las perras —le cuenta— y duermen juntas. —Por eso no puede levantar la voz—. Pekinesas. Petizas ladradoras y de melena planchada. La vida imposible me hacen… Imposible la vida.

Vuelve a quebrar.

Que se sufren mucho los domingos sola. Que las pequinesas sí reciben, que las dos tienen filito en un geriátrico de Almagro. Una vez en tu casa, una vez en la mía.

Y que ella escucha la portátil.

Y se humilla.

Queda en pasar a saludarla algún domingo. Una mentira piadosa, un puentecito para escapar del miedo lo antes posible. Del miedo ese al futuro. Del susto al contagio. Del cagazo a saber cómo va a ser.

Se despierta el domingo mientras amanece y ya no pega un ojo. Que se debe estar despertando también la vieja docente, piensa. Va al baño a tomar agua y se hipnotiza en el espejo. A punto de Velasco y la vía se ve él también. Vetusto. Apaga la luz para no verse. Y peor: se vuelve a acordar de aquella oscuridad.

Entonces sale disparado. Usa de bolsa la sábana de abajo y amontona ropa de cama, toallas, el pijama lastimoso y la pila de ropa en rotación desde hace un mes sobre la silla.

Se baña con friega lunática, se afeita y se corta las uñas.

Lava platos con costra y tira de la heladera yogur vencido.

Compra en el puestito de Corrientes y Malabia dos rosas color chicle Bazooka. A las cinco de la tarde ramo en mano y aromando a lavanda Fulton toca el timbre en la puerta de la casona. En la vereda un furgoncito destartalado. Animaciones Santino. Tres jovenzuelos transpirados acarrean equipos de música y bolsas con vestuario.

Los ojos mojados le ve a la damisela al entrar. Y la flacura. Y la edad. Hace chistes gruesos enseguida el menudito para distender.

—Mirá cuántos dientes te quedaron, rosarina canalla; prestame dientes a mí, agiotista. Más falsos que moneda de tres los dientes míos.

Una sonrisa temblorosa.

En la sala, quince pensionistas y algunos visitantes hacen circular mate de termo y facturas en papel de estraza. Las reconoce enseguida a las pekinesas. Muy de peluquita lacia y pretendientes. Ni tiempo tienen de contarse cosas en un rincón los viejos amantes que la troupe Santino empieza altoparlante su animación.

Para qué te cuento…

Danza folclórica al principio. El tal Santino, cabeza de compañía, hace su malambo. Tiene dentadura equina el tal Santino, y la muestra relinchando al final de cada figura. Malambo estilizado. Malambo ballet. Le sigue chacarera. Ballet. Danzan los tres imberbes y una danzarina más. Más jamona. Señora ya de cierta edad. Mucha sonrisa equina merece la señora de cierta edad. Ahí hay algo. El pelo teñido azul pitufo la señora. Te ve el Chúcaro, te orina. Se ve que les falló la sexta integrante porque Santino queda soltero y baila también pero con su sombra. Ballet. Zamba ballet. Cueca ballet. Gato ballet. Mi general, cuánto ballet.

La segunda parte es cantada y desanima más que la primera. Interpretan temas del Club del Clan los desanimadores, y los ilustran con pasitos de comedia. Se ve que los pensionistas ya lo han visto muchas veces porque no les dejan pasar una.

—¿Qué sucede, Santino, está pagando tarde el PAMI que hoy no hay pañuelito?

Sonrisa caballar de compromiso.

—Son unos ustedes…

Entonces la pitufa fastidiada vuelve atrás, tira un pañuelito al suelo, y el pingo lo devuelve galante. Me permite señorita qué bonita se la ve si usted me deja tutearla prontito la besaré.

Pitufa, qué garufa…

Salo cabecea un par de veces (la falta de siesta). Clelia se acurruca culposa. Pasita. Al tercer tema le empieza a tirar despacito de la manga y se lo va llevando disimulada por el pasillo de los dormitorios. Disimulada es un decir. Salvo un par de no videntes todo el resto los juna de cabecita fiscal. Los desanimadores preparan el último número, unos chistes bajados de internet.

La pieza es primorosa. Pero liliputiense. Y el cuarto de baño, qué un

cuarto, ni a un décimo llega. De cagar parado, como se decía antes. En un banquito contra la pared se sienta la visita y en la cama la anfitriona, que con gesto ducho saca de abajo un cajoncito de prolijo empapelado: dos vasos tamaño dedal y una petaca de criadores. Se clavan dos cada uno en silencio.

Para qué hablar. Ni falta que hace.

En la pieza de al lado la puerta y unos susurros delatan merodeadoras.

Sí, se la iban a perder.

Voyerista a la vista.

No necesitan ni ensayarlo. Si estaba flotando. Se clavan el tercer dedal, y un cuarto enseguida, y subiendo muy de a poco el ritmo ella empieza a balancear el somier, que pega pequeñas embestidas contra la pared. El jadeo de él viene de suyo. Y las exclamaciones después. Tímidas al principio. Pero sienten ruidos en la pared del otro lado ahora además y se inspiran.

Todo lo hace el público, sí, compañero, decían los camaradas del IFT. De la época de Cipe te estoy hablando.

Las pekinesas levantaron la perdiz, parece, y el boca a boca va llenando la función. Arañazos como los gatos cuando quieren entrar, se escuchan en la pared de la entrada. Y cabezazos ahora en la de la cabecera.

Sala llena.

Che, que alguno se quede con Santino…

Y de la mano de los ayes, claro, llegan a la escena las palabras.

Sin moverse de sus asientos, de pie en los énfasis apenas de vez en cuando, la pareja del éter empieza a recitarse el verbo ardiente.

Va a inflarse en arrestos líricos la señora en sus primeros parlamentos, pero el galán a señas la dirige toscanini:

—En prosa, vieja amiga, en prosa… —le susurra.

No, si todo está en la didáctica. Se somete la poetisa, cambia la bolilla la profesora de Lengua y suelta su oración ahora estentórea y fraseada. Esa que quedará en los anales de la institución geriátrica. La que repetirán rumorosos y ruborosos los viejitos en los desayunos con margarina. Su hermoso grito de batalla.

—Ru so mes tas par tien doel tujeeee…

Categoría Maduros Amateur.

En los anales de los viejitos quedará.

—¿Es un potz esto? ¿Es un potz? ¡No es un potz, mi amorcito, esto es un bursh! ¡Un bursh! —grita ella—. Divino bursh… —Y sigue improvisando concordancias posibles entre el bursh y el tujes.

No hay goi que no te sepa por lo menos tujes.

Idishe tres equis.

Veinte minutos dura el capítulo.

Radioteatro Camaleón Fantasio del Aire.

El final es apoteótico. A toda orquesta. La cama marcando el ritmo como un ariete, amenazando voltear el muro. La voz preciosa de locutora en vibrato, modulando un grito, melódica pero atronadora.

Y el menudito haciendo abajo la segunda.

Afuera se tragan el aplauso.

Todos los colores tiene la cara de la poeta. El maquillaje del entusiasmo. Radiante. Se despiden en silencio. A gestos. Dos actores entre bambalinas. La manito agarrada un rato largo.

Sale el galán, atildado, pulcro y de cabellera mojada. Ella no. El gran secreto de las figuras: su misterio.

Todos los pensionistas con cara de yo no fui. Tan grande el disimulo que no hay disimulo.

Los desanimadores están desarmando. A la pitufa parece que le contaron porque lo mira a Salo con odio vitriólico. Competencia ilegal. En Cultura del PAMI nos vamos a quejar. En Cultura del PAMI.

En la vereda, cuchicheando, lo esperan con gesto circunspecto los dos pololos veteranos. Si hay que pelearse nos vamos a pelearse. Todopoderoso está Salo. Sexo y petaca. Altísimo. Los encara. Pendenciero. No hay nada más pendenciero que un petizo. Viejitos los contrincantes, más todavía.

—Qué hay.

Que gustosos si ellos gustan les gustaría. Que el domingo que viene van con las primas a la tarde de visita a su residencia en Almagro. The Senior Home. Ponele un nombrecito. Invitarlos. Una salidita de parejas aprovechando que. Que si se cansan tienen a su disposición para la siesta una habitación. Comodísima.

—Veremos veremos. Estamos llenos de compromisos.

Que por favor, sería un placer.

Se vuelve caminando el menudo, unas cuadritas nomás. Compra supremas al verdeo en T-Cocino. Y una botella de malbec en el chino. Está picado. Él, no el vino. Y no piensa ni loco tomarse las pastillas.

Antes de subir al ascensor le manda mensajito a Serebrisky. Mayúsculo todo.

AL FINAL LE ENCONTRÉ UN POCO EL SENTIDO ESE DE LA VIDA QUE ME DECÍA USTED, ME PARECE A MÍ.

Y al rato:

UN POQUITO.

XIII. La viuda

Un par de palitos chinos que se robó de un cantonés en el 2012. Descolorida la bolsita. Para hacer el papel de rolls tres fichas de un juego de damas, del fondo arriba del placar. Y para practicar la albóndiga esa nigiri una miga de pan grandota. El set profesional de entrenar sushi dandi. El Megatlon de levantar sashimi sin papelón.

Resulta que hacía meses que Salo no entraba en el Tinder.

Senior Match, bueno, sí, qué pasa, está bien; la confitería Las Violetas de los sitios de citas si te da por hacerte el vivo a vos, a quién le importa acá la franja etaria.

Tinder es genérico, como se dice.

Bien.

Por triste no entraba.

Para deprimirme ya tengo la vida real.

Pero entró y allí estaba el megusta con la foto morocha. Morocha rotunda. Bajita de planta clásica. De planta permanente la morocha.

Alma por hermoso nombre la señora. Nombre elevado, siendo petiza.

Cincuenta y siete decía la elevada pero cualquiera diría menos.

Me gusta el fitness y el sushi.

¡Qué feliz coincidencia, a mí me agrada también! Siempre listo el a mí me agrada también.

Chatearon miércoles y jueves. Y quedaron para el sábado. Un bar de sushi petitero por el lado de Velasco y Aráoz. Y como al pasar la chance de un cafecito después en su casa.

Gracias a Dios un sushi, que le cae livianito a la pastilla, moishe. Con grasa a mí la pastilla esa no hay caso, no me levanta ni la voz.

Revisa eufórico el botiquín.

Está vencido.

Nada más melancólico que un Viagra vencido. Un réquiem se podría escribir a un blíster de Viagra de seis con cinco intactos vencidos. Comprar fresco, se anota en la agenda. Y una camperita de media

estación. Necesita corte de pelo urgente. El peluquero de Vera ya desconsuela. Da llanto ese hombre. Luz fluorescente en el techo, un espejo desplateado por pared y por piso un cuero cabelludo.

Acongoja.

Renovarse es vivir. Se corta en una barbería nueva que hay sobre Malabia.

Se renueva en la barbería pero lo asesinan. Con premeditación. Y alevosía.

Barbería por lo bárbaros.

—Usté me dijo un corte joven…

—¡No señor! Corte, joven, le dije, porque hacía cinco minutos que lo esperaba en el sillón reclinado dentista y usted meta mandar mensajito de voz a una Carla… ¡Recatate Carla recatate Carla!

Se va ofendido. Y tusado. Las sienes al aire.

La camperita se la compra en shopping Abasto; y ya que corte joven se compra remera negra y vaqueros negros también.

A mí no me vengan con jean. Vus jean. Vaquero, se llama vaquero.

La riñonera abulta la campera así que por suerte la deja en casa.

Menos mal, Shloime, no sabía cómo decirte.

Renovación completa. Se mira en el espejo antes de salir y se agrada, mirá vos.

Ella ya está esperando. Mejor que en fotos la candidata. Tersa de cutis. Labios prominentes. Toda la vida me he enamorado de labios yo. Muy nerviosa se la ve. Pero muy. Eso le gusta, los iguala. Que no soy uno más quiere decir.

Se las arregla dignamente para pedir. Atlantic, Filadelfia, California. Y se da bastante maña con los palitos. Salvo el naufragio fatal de un nigiri en la soja, sin reflotamiento posible. Un siniestro lamentable.

De gustos hablan y queriendo gustarle al otro ninguno dice para nada la verdad.

Desde cuándo, Salomón, te gustan a vos las de Julia Roberts, decime.

Que es viuda, que le gusta vivir la vida con intensidad. Que en una aplicación de citas todos saben muy bien lo que busca el otro, le dice y levanta la vista por sobre el vaso (no quiso vino, cerveza nomás). Y se queda callada. Ojuda. Mueve los rulos negros y llega desde la selva un

perfume a enjuague de coco que subleva. La silla de diseño percibe como un remezón el viejo tirón allí abajo.

El portero Mario los mira subir con disimulo escandaloso.

¿Es viejo poner música? Lo viejo es poner música vieja, y otra no hay así que a capella.

Abre la botella de Grant's que compró la finada Miriam la vez que fueron al Conrad en Buquebus, un cibermondai de noviembre.

No te me ofendás, Miriam, corazón, te pido, alguien se lo tenía que tomar alguna vez.

Sin hielo pero con agua fría lo pide ella y cuando él vuelve de la cocina la señora ya se encargó de servir. Hacendosa. Y sugestiva: servidos y acomodados cerquita los vasos en la mesita ratona. Un tú y yo.

Vení, sentate cerquita, dicen los vasos.

Sonrisita muy nerviosa le hace cuando se sienta.

Se acerca el gran momento, dice la sonrisita.

Un piquito de presentación. Mucho gusto, somos los labios. Mucho gusto a salsa de soja. El brazo tembloroso de ella rozando contra el muslo de él.

El muslo mío está en espera, dice ese brazo.

Salo se separa un poco y antes de volver a besar busca el vaso, va a dar el trago ese que entona, el trago obertura, lo lleva a los labios, y de pronto como un asalto piraña, como un arrebato, la mano de ella le arranca la bebida.

Estamos en problemas, dice esa mano.

—Pará, no. —Salo confundido quiere recuperarla pero la morena se levanta como espantada y se aleja de espaldas unos pasos vaso en mano. Cuando vuelve a mirarlo tiene los ojos mojados.

—Abrime abajo que tengo que irme. Abrime por favor… ¡Que me abras!

Oy veis mir. Desconcertado. Yo qué hice esta vez. Nervioso va a buscar el llavero. Cuando vuelve la sorprende en la cocina. Está tirando el güisqui en la pileta.

Se miran un rato en silencio perturbado. El ruidoso corazón de Salomón.

Tampoco en el ascensor cambian palabras. Recién en la vereda, ya

casi subiendo al taxi.

—Olvidate, no me conociste. Y disculpame, se ve mucho lo buen tipo que sos… Mucho se ve. No te merecés vos…

Salo titubeando se anima a la pregunta del millón.

—Había algo, ¿no? En el vaso, quiero decir, había, digo querías…

—Decilo nomás, no te lo quedés atragantado, que lo que te queda adentro se pudre; si sabré yo de lo que se pudre por no hablar, decilo lo que pensás. Justo a mí, pensás, justo a mí que soy buen tipo, una viuda negra. ¡Qué viuda negra! ¡Negra labiuda soy! Negra frustración, la negra derrota soy. La negra que no sirve ni para mirar quién viene.

Y alcanza a parar una Kangoo. Mientras se pierde en el interior oscuro Salo estira la mano para despedirla. Lo caliente no quita lo cortés. La puerta corrediza, seca, como una guillotina del polvo que pudo ser y no fue.

Hasta luego cocodrilo.

El viejo patrullero del amor regresa aturdido al cuartel.

Una venganza de la finada fue, va rumeando. Seguro. Por usarle del güisqui suyo con goi ajena, la venganza. Clarito, rumea. Seguro.

Le duele desperdiciar el Viagra fresco recién consumido pero ni ánimo para una porno le dejó el susto. Se clava la pasta de dormir y babea la almohada hasta el llamado prostático de las seis. Inexorable la vejiga a las seis.

Pasan dos semanas y se va olvidando. Un tironcito abajo nomás cada tanto, cuando le viene de nuevo de la nada el perfumito a enjuague de coco. Y los labios regordetes.

Jueves a las diez de la noche, cuando ya saltó cien veces de canal a canaleta, suena el fijo. Y no es encuesta. La morocha hace por el aparato su rentrée aparatosa. Que quedó mortificada, le dice. Mortificada califica únicamente entre gente match senior. Que ella nunca, que fue la primera vez, que una locura que hizo por una situación que está pasando. Que ahora no duerme pensando en lo caballero que fue él con ella y... Y un etcétera con la oreja dura ya del tubo. ¿Me perdonarás alguna vez?, bebotea con voz ronquita. Se cuentan cosas. Contar contar cuenta ella. El patrullero está cauteloso, duda. Y se tantea cada tanto la billetera. Que se llama Stella Maris. Que le dicen Alma en el barrio, sí, pero por el almacén. Que puso

maxiquiosco despensa en lo que era el garaje de su casa. Boulogne, el barrio, cerca de la estación. Que la plata la deja el alcohol de sotamanga que se vende a la noche. Pero ahora le debe tres facturas a la Quilmes y no le está bajando nada. Que compra con tarjeta en el Disco los días de oferta y revende. Y así el negocio no cierra. Llanto clase media va y viene, la almacenera lo invita a cenar. Tarjeteo yo ahora, le dice, si hay miseria que no se note. Y que sushi no.

—Fui sushi para aparentar pero lo mío la verdá es el ojo de bife jugoso.

Salo hace chistes y busca la prórroga, pero abajo el amigo se manifiesta a tirones, hace señas, piquete, exige su derecho. Derecho más o menos vos. Y lo convence. El sábado pasan frugales por una parrilla uruguaya, toman un helado de parados y antes de medianoche se refocilan por fin.

Detalles acá no, si estás buscando de esas cosas te vas a otro lado. Se refocilan, punto. Buscate refocilar.

Es muy gritona la pequeña Stella Maris, eso sí te puedo decir porque es la verdad. Yo y Mabel, la vecina de abajo, te lo podemos decir. Y la señora del encargado que vive arriba y abre la ventana. Y el encargado, que por si las moscas baja y se pasea un rato por el pasillo. Miralo al señor Salo.

No hacen mucha sobrecama porque ella tiene que volverse a Boulogne. El menudito la acerca a estación Colegiales y esperan de la mano a que pase el tren.

Tres veces más se juntan en esas semanas a hacer de las cositas suyas. Comer, charlar y un poquito de coger, que es el mejor programa que se puede hacer después de cierta edad.

El amigo ha tomado ahora el timón del barquito y demanda. Cómo le gusta la bocota esa al amigo.

Dos viernes de nuevo en su casa. Y un martes de visitante a Boulogne. Un hotel muy farolero sobre Panamericana. Habitación arabesca. Ahorrame la descripción que me deprimo yo.

Se va enterando de los detalles de su calvario. Que el exmarido es desocupado crónico y vive en su casa en el quincho del fondo. Que se la tendría que haber visto venir porque el marido fue gastando más en ese quincho que en todo el resto de la casa. Aberturas Módena doble

vidrio. Aire split. Y columna de ducha escocesa.

—Quincho con casa y local al frente, tenemos al final.

Que hace reuniones de la comisión del club social y le dejan todo enchastrado. Reuniones con parrilla le hace. Y a la chica por horas la paga ella.

Que su madre enviudó hace tres años y se vino de Chivilcoy a vivir con ella también. Jubilada de la intendencia la señora. Del gremio de municipales. Que tiene la enfermedad de los viejitos y repite cosas. Hay que pagar la boleta de Segba, hay que pagar la boleta de Segba, repite sin parar. Que al hijo le dicen Diente y además de todo vive también ahí con la nuerita. Obesos los dos. Improductivos también para no ser originales. Treinta y siete años, el Diente, y la chica, un poco mayor. Venden discos de rock usados en parque Centenario los domingos. Fanáticos de una banda malhablada que se llama Asspera y te cantan con mascaritas. Van a todos los recitales pero no hay remera de la banda que les entre. Que le atienden a veces el negocio, pero pierde plata porque se comen los Milkas grandes como si fueran criollitas.

Que la vocación suya es la decoración de tortas. Que estudió con una Marta Ballina en los noventa. Iniciación, primero y segundo nivel. Que es máster en el método y una artista consumada de la pasta homónima. Que quisiera poner alguna vez su empresita, pero que si deja de sostener todo la casa se derrumba.

Un andamio vengo a ser yo.

Todos ahí dependen de ella. Hace las compras, lava y cocina. Atiende el desolado mostrador, y paga. Los cheques cada vez más largos y el crédito cada vez más corto. Que la llaman a cada rato del Credicoop.

—Atrapada. Tengo que remar y que tapar los agujeros, así no hay bote que flote.

La frágil armada nacional de la clase media batalladora.

Se me cuelgan de los senos, dice (que no por viuda negra se debe ser malhablada).

La deja a dos cuadras porque los vecinos de la manzana son de mirar.

La despide contenedor por la ventanilla:

—Sabés qué, si no es meterme, vos perdonarás, Stellita, pero me parece que lo que necesitarías vos es un administrador —le dice.

—Sí —contesta oscura—, de la vida. Un contador público mental necesito. Si sabés de alguno, conseguime.

Va a marcharse. Con la mano le tira un beso.

Y Salo le tira un coso.

—Tengo.

La señora no entiende.

—De la contaduría esa que decís, tengo. Vos contás un poco y un poco cuenta él, y te va orientando de palabra. A mí me puso a circular, me sacó neura, depresión… Alguna pastillita de aperitivo puede que te dé también, puede ser, porque si no no sería siquiatrón, como se le dice, pero ojito, el muchacho hablando orienta mucho, Stella. Te puedo conseguir un turno. Por la plata no te preocupes.

Vuelve por Panamericana con la ventanilla abierta. Por qué se me da a mí siempre por meterme a arreglarle la vida al mundo. Por qué. Quién me manda a mí, decime.

A la mañana siguiente lo llama a Serebrisky. Quien ha contemplado borracho una vez a su médico de los nervios alguna prerrogativa guarda. Quien lo ayudó además a llegar hasta la cama tambaleando, unas cuantas.

El turno es para dos días después.

Una hora completa le dispensa el doctor. Cuatro turnos de obra social al cambio del día. Ni que fuera la reina de los mares. Salo la acompaña y espera en la salita. ¿Nunca un revistero, doctores de los nervios? Cuando sale ya hay otros dos trastornados esperando y el visitador médico frente a la puerta haciendo señas paso yo. Cómo odiamos todos al visitador médico paso yo. Dejame a mí las cajitas de matacaballo, visitador, que yo se las doy.

Sale demudada. Murmurando. El joven curandero cejas arriba le da un cabezazo seco.

¿Me estás sacando a bailar, moishe?

Camina como hipnotizada la Stella. Decisiones decisiones, repite y no habla después por un largo rato. En trance. La acerca a Colegiales. Necesito algo fuerte, le dice ella. Y ya que están en cercanías, dos güisquis y un turno promo en el albergue de Cramer frente a la vía.

Decisiones, sigue repitiendo. Y hay que soltar hay que soltar.

A mí me recetó circular, a vos soltar. Se ve que cura por verbos el paisano.

Antes de subir a la habitación Stella le pide al conserje papel y birome. Muy modernizadas las piezas del albergue. Disegno. Las paredes pintadas a rayas. Y a rayas también el cubrecamas. Y las toallas.

Marcha un rapidito. Fast fuck. Y agitada del sexo todavía, la enrulada así como está, de cuerpito gentil, apoya el papel en la agenda y se pone a anotar enfebrecida.

¿Una postal a los parientes, cariño? Desde estas hermosas rayas…

La lista de lo que hay que soltar parece larga. Salo no espía.

A mí de ahí tachame, te pido. Conmigo no, Serebrisky.

Sube al tren al rato la morocha sin largar la postal.

Decisiones y hay que soltar, le lee Salo en los labios por la ventanilla. Su mantra.

A la noche del día siguiente suena el teléfono. Alma trucha es una tromba negra. Una chiita del soltar soltar. Una idólatra de la palabra psi. Que con lo que le dijo Serebrisky vio clara su vida por primera vez. Pasar como una película frente a sus ojos la vio, le dice. Que no tiene ni tiempo ni plata para otros turnos, y que al final decir le va a decir siempre lo mismo, así que para qué, que listo, que se da por curada con ese. Que si no suelta ahora no suelta más porque los tentáculos del pulpo y otras monstruosas metáforas marinas. Que la casa de su mamá en Chivilcoy está vacía. Y que le consiguió allá lugar en la residencia para jubilados de la intendencia. Que preguntó antes quiénes estaban su mamá, que escuchó los nombres en silencio y se levantó hoy de la siesta hablando ya de los compañeros de la lista celeste, del gobernador Bidegain y las necesidad de volver a las bases. Que en el pueblo sí hay fiestas, que la gente se casa con fiesta, que hay fiestas de quince, cumpleaños, bautismos y hasta primeras comuniones. Que allí las tortas Ballina salen como pizza. Así que suelta todo y a todos y se va. Emigra a las bacanales. Se va ya. Mañana. Sacó micro por Plataforma 10, puso a lavar la ropa que se lleva y bajó valijas del cuartito de arriba. Se lo dijo hace un rato a la familia y eso ahí es un barullo espantoso. Que le hacen manifestación.

Que le pararon la casa. Que les faltan las pancartas nomás. Que si la lleva hasta el micro al menos puede despedirlo.

A día siguiente a media mañana puntual Salo atraca el coche de culata. Y abre el baúl.

La casa es una pequeña Plaza de Mayo en llamas. Mediopelo clasista y combativo. Los planeros Stella Maris demandan furiosos. Defensores de su divisa, de sus divisas. No resignan subsidio. El marido clama y proclama desde la puerta del quincho con amenitis. En bermudas y gorrito Adidas.

—¡Demoledor de hogares! —le grita al menudito, que arrastra como puede las valijas—. ¡Destructor de familias!

El hijo, en el jardincito de adelante, lloriquea recostado en una reposera. Se lamenta y come Milkybar.

—¡Si te vas no volvás! ¡No sos más mi madre si te vas! ¡Con un hombre se va y nos deja sin la noniiiita! —grita fuerte para aprobación de los vecinos.

Sin el Anses de la nonita te deja, mantero de cedés, decí las cosas como son.

Buscate un empleo honesssto, te diría el carpo.

Calvito prematuro como el padre, el Diente. Pelo largo atrás. El reputado pelado con colita. La nuera reclama sacada también. Grita afónica ya la rolliza y se queda sin aire. Tenés que cuidarte con el peso, meidele, y no hablo de plata.

Stella acomoda a su mamá en el asiento trasero, mientras se cubre la cabeza por si tiran algo.

En la vereda el corredor de los lácteos demanda el cheque de la última factura. Una pequeña multitud de vecinos toma parte por unos y por otra. Salo cierra el baúl y cuando está por subir la ve venir. Como un camión. Como una aplanadora ve llegar a la nuera, que lo pecha, lo topa, lo tira y lo pasa por encima. Cómo templa el pogo. Hay algunos aplausos y algunos abucheos. El menudo derrengado se sacude el polvo, sube por fin como puede al Mondeo, pone el trabapuerta y arranca despacio abriéndose entre la aglomeración. Los golpes en el techo suenan adentro como un bombo. Llegando a la esquina Stella le pide que se detenga. Se baja un instante. Levanta una mano desafiante haciendo faquiu y llevándose la otra a la entrepierna lanza a la

manifestación clasemediera su grito final y vindicador:

—¡Esssta…!

Qué boquita.

Hay un largo silencio hasta llegar a la colectora. De la nada, del aire, la abuela empieza a entonar con voz pequeña y tono lejano:

—¡Los muchachós peroniiiistas…!

Canta una y otra vez como para sí, como quien recuerda. Y sigue cantando hasta que bajan en el estacionamiento de Retiro micros.

—No te olvides de pagar la boleta de Segba, Dardito —le dice, y le pone en la mano un caramelo pelusiento que saca de la cartera de cocodrilo.

Stella no quiere que la acompañe. Un changador se lleva las valijas. Se rozan apenas los labios ahí mismo.

—Un día te lo voy a agradecer. Vos acordate lo que yo te digo.

Vuelve paseando despacito por Libertador. Otra vez solo.

Van pasando los meses. Nada nuevo. Vuelve a discutir con los hijos. Toma sus pastas para dormir. Las horas se arrastran rutinarias. Pastosas. La vida del viudo. Una tarde que vuelve del Coto el encargado lo espera con un paquete voluminoso.

—Se lo dejó un comisionista de Chivilcoy. Como usted no estaba me tocó el portero a mí.

Lo abre sobre la mesa del comedor. Una torta de pastelería fina. Ovalada. Brillante. Y negra. Cacao cobertura al noventa por ciento. Unos labios enormes, oscuros y entreabiertos representa la torta. No te voy a decir que es una escultura de Rodin, no; cuesta al principio un poquito ver que representa labios, pero una vez que los ves, los ves.

Un monumento a la boca.

Una caja pituca de cartón y en la tapa un logo en letras sinuosas: Stella. Abajo: Arte en Tortas. Y más abajo: Chivilcoy.

Hay una cartita.

No te puedo decir lo que dice la cartita, perdoname. No me insistas. Cosas de la intimidad de ellos. Me da calor a mí nomás de acordarme.

Lleva abajo sí un beso grandote con labial rojo y por firma, todo en imprenta para que se lea bien, NEGRA LABIUDA.

La corta cuidadoso con un tramontina a la torta y la guarda en tres táperes.

Con qué poco me pongo feliz yo.
Desayuna labios toda la semana.

XIV. Un extra

Ya me lo pongo al chalequito ese que me dieron, muñeco, tranquilo, minutito, que antes tengo que atender a fulop.

—Qué fulop

—Catering.

La boquita de ira de ese meritorio de producción.

El primer saber que un extra de cine debe incorporar es el de reclamar el refrigerio en horario. Eso, y a llamarlo refrigerio. O catering. Lo aprendió en la primera citación. Citación también lo aprendió Salo esa jornada (jornada, otra). Y locación, que viene a ser el lugar de citación. El idish de la raza producción ejecutiva es más farabute que sus asistentes. Y ni que hablar de meritorios. Meritorio. Mirá que hay que decir la palabra meritorio sin que te tiemble el rictus.

—Ahí en la locación comés como el principito de gales, Goldfarb. Y ojo, está lleno de señoras bien, así como nosotros, sin compromiso laboral las señoras ni de otro tipo. Te pagan una cifra, Goldfarb, y no hay que hacer nada. Estar nomás. ¿Cuándo te pagaron una cifra en el negocio a vos por estar? A lo sumo, pongamos, si la escena es de mucha exigencia te piden que seas. Ser o estar. Hacer: nada. Hacer hacen los actores nomás. Que trabajen los giles.

Se lo contó en la vereda de Galecor el Canario Rosansky. Voz de pito. Treinta años seguidos le compró Goldfarb a Rosansky los cierres de las prendas. Distribuidor de Lynsa.

—La sigue ahora mi hija Morena la Lynsa mía. Viste cómo vienen activas las chicas de hoy, una bestia facturando cierres, la Morena. Y cobrando ni te cuento…

Feroz como una rata con rabia la recuerda Salomón a la Morena reclamando el cheque diferido a los chillidos por teléfono. Aprendió el idish solo para putear a la clientela confeccionista la Morena. Voz de nariz fruncida para subirse los anteojitos.

—Yo necesitar no necesito pero de extra me entretengo y hago un

extra —le dice el Canario guiñando—. Y le veo de cerca la cara a las figuras, Goldfarb, que siempre después te da un tema de conversación en cualquier mesa. Y vieras lo respetuoso del trato, ojo. Muchísimo respeto ahí. Y te hablo del respeto de figuras no de figurantes. De un Guillermito Francella respetuoso te hablo. De un Ricardito Darín. Vieras vos qué amabilidad. Siempre un buen día, un gracias y un hasta mañana. Figuras no figurantes te estoy mencionando. Figuras… Cómo me gustaría encontrármelo un día en locación a Marquitos Zucker, Goldfarb. ¿Vive todavía Marquitos Zucker?

Un ñato de cara ida reparte unos volantitos de compro oro. Rosansky le saca uno y anota atrás el teléfono de la castinera.

—De nombre así es rara en inglés la castinera, ni te lo pongo, no me sale a mí el inglés, pero todos le dicen lo de Rosita. Vos llamá y pedí con Rosita. Ella te consigue el bolo, bolo se llama el trabajo, te paga y se queda con lo suyo. Ojo, muy buscado ahí el tipo tuyo, Goldfarb, muy de moda ahora los cuerpos reales…

No sabe si es bueno o es malo eso de cuerpos reales pero le queda rebotando lo de señoras sin compromiso. El patrullero ruso del amor enciende la sirena. A la tarde llama, a la tardecita pasa a dejar una foto. Una oficina en tercer piso interno en Once, entrando por galería. Rosita no está. La foto se la deja a una empleada. Esquelética la chica, gris topo de rostro, toma mate en un vasito. Y le pone café instantáneo. Cuerpo real también la empleada. A la semana llega la citación. Una jornada sola la citación. Un bar vetusto de Constitución sobre calle Salta. La película se figura en los años setenta y los extras son nueve parroquianos. Entra la policía pidiendo documentos, la protagonista se encierra en el baño y la escena esa que le toca viene a ser cómo la sacan a la chica. A los parroquianos los amontonan en un reservado atrás por si hay cómplices. No aparecen de cara casi nada pero hacen bulto en el suelo.

Rosita reúne a la tropa figuranta en la vereda antes de entrar y les da la filípica. Que es cine comprometido, les dice la capanga, y que ahí de política ni abrir la boca.

—No solo hay que ser un buen extra, también hay que aparentarlo.

Eso se lo clava a los ojos a Salomón. Chispas de mierda por los ojos. No le cayó nada bien de entrada Salomón.

—Soy extra, pero extra small —le dijo el menudito apenas llegó, todos carcajearon pero en la Rosita cayó baldazo de caca. No se le perdona al extra que intente ser figura. Fondo nomás el extra. Paisaje.

Lo ubican en una mesa con otra extra del clan. Dora, escucha que la llama la capanga, y se presenta formal el menudo alargando la mano. Interesante de contextura, doña Dora. Firme. Los empatan por estatura y edad a los bajitos. Y los sientan adelante para que no tapen. Tan a la vista de todos no pueden conversar, pero de a poco y subrepticia la señora empieza a dejar salir un murmullo subte. La doña hace su gracia. Habla casi sin abrir la boca. Salomón se emboza con la mano y festeja. Se ríe de todos y de cada uno la doña. Un parrafito tuiter a cada vecino. Implacable. La infaltable raya del culo del gordo tiracables. Los bostezos de la foquista. Las refrescaditas de cara de la representante. Hora y media ahí sentados. Atornillados. Cara de nada, murmullito, sornita.

—Chasmana y chirolo —le susurra Goldfarb.

—Te falta el cigarrillo —se tienta la sardónica y lo patea por debajo de la mesa.

Un amigote más la señora. De cómo y qué fácil nace a veces una amistad. No tienen nada que hacer ahí, estar nomás para que las luces iluminen algo. Ser cosa nomás, maniquíes, así que murmuran. Trampean. Salo se anima también de a poco. Cara de yo no fui. Al rato intercambian confesiones. Que estudió en el conservatorio en los noventa, le cuchichea ella, pero dejó. Que la atacaba el chucho escénico y sufría mucho. Que es la mejor actriz de la patria pero en la ducha. Y que como extra se da el gusto: está en lo que le gusta, no tiembla y además le pagan siempre. Que a los actores no tan siempre.

Después de la amansadora ensayan por fin la primera toma. Para qué. El que hace del policía que irrumpe es un badulaque de reality que pasó a la fama en el nueve por darle besos en el pie a las tres de la mañana a otra badulaque reality. No da bola a nadie el badulaque, la va de inspirado. La protagonista es una actriz de carácter. De carácter podrido. Resopla y revolea los ojitos porque Carlos Alberto Reality no le emboca a un tono ni con la mano. Documentos por favor, espeta, y parece que pidiera que le carguen la SUBE. Hay malestar evidente en el equipo. Que le den un poco de alcohol a ver si se suelta, sugiere

bajito un reflectorista. Repiten siete veces la toma hasta que queda. Más o menos queda. Hay nervios en el ambiente, se nota. Decepción. El director hace caritas. Empiezan a poner las luces para la toma que sigue: la de la estampida de los parroquianos hacia el reservado de atrás. Los hacen esperar afuera. A los extras en la vereda, calentándose las manos con un cafecito en telgopor. A los actores en motorhome. Y al badulaque, como fuma, despatarrado en su coche estacionado en la puerta. Cara de malo.

Sin el jueguito clandestino la charla de Salo y su partener parece perder gracia y se van disolviendo en el resto del corro friolento. De golpe una música estruendosa los sobresalta. El desentonado ha encendido a todo volumen el equipo del coche. Parlantes potenciados en el baúl. Marcha. Su numerito pelotudo de rebeldía. Alguien le pide con gesto amable que baje pero el salame lo ignora. Le hacen señas y el pavo los goza. Fastidiados se apartan para seguir la charla en la vereda de al lado pero no hay caso, la música llega como tsunami, arrasa Constitución hacia Barracas. La mirada de la pareja se cruza otra vez.

—Lo trompearía —le brota, vindicador, al menudito.

—Ay, los varones estos —se ríe con risa chiquita la amigota y mueve la cabeza. Deja en el borde de la vidriera el vasito, y como quien no quiere la cosa se acerca disimulada al auto parlante. Una sonrisa dulce que vaya a saber de dónde le sale. De pronto es otra. Le hace cabeceaditas aprobadoras al salame y zandunguea unos pasitos como abstraída por la alegría del tema. Gran actuación verista, diría la vieja crítica. Parecería que va a pedirle encantadora que baje pero no. Lo mira a Salo como diciendo aprendé, varón. Aprovecha lo ensordecedor del bochinche y sin dejar de bailotear le raya de punta a punta el guardabarros trasero con una llave doble paleta. Un pentagrama perfecto: dos rayas finas, una gruesa. Escribite un tema bailable. Guarda el llavero con peluchito en la mochila y regresa encogiéndose de hombros con carita angelical.

La mandíbula a Salo le rebota dos veces en el pecho.

—Somos actores, queremos actuar —le dice en susurro. Y le pega un codazo compinche en las costillas que lo deja sin aire un rato largo.

Sin soltar el celular ni el cigarrillo la representante los arrea ahora

bar adentro. Rictus de cirugía en los labios. La boca como un culito. Ya se está cansando Salomón. Aburriendo, en realidad, porque para cansarse no ha hecho nada desde que llegó. Que termine todo rápido espera y volver a casita. Y olvidarse de una vez y para siempre del tedio fílmico. Una experiencia. Una experiencia decimos siempre de las cosas que no teníamos por qué haber experimentado.

La escena de la estampida sale más o menos rápido. Pero se vuelve a complicar todo con la que sigue porque ahí el policía tiene que hablar. Y será bonito el policía —cuerpo reality— pero del resto ya sabemos.

En primer plano un diálogo del badulaque con la mal llevada a través de la puerta del baño. Los parroquianos asustados amontonados atrás. Así es la puesta. Horas para poner las luces y ensayarla. Y el badulaque sigue enyesado de lengua. Tiene que decir cinco palabras y se le trabucan. A Salo y su coprotagonista les marcaron tirarse al suelo contra la pared. Está frío el suelo. A Salo le urge la vejiga, pero los baños son ahora decorado. Sentado en la baldosa se le congelan las cachas. Se apretujan un poco los menuditos y en lo modesto del lote, como dicen los rematadores, ese apretuje es lo mejorcito de la situación deprimente. Pasa una hora desesperante y de pronto como de la nada un rumor imparable se alza soplando entre los extras. Un viento de alegría trae las palabras mágicas: doble citación… doble citación… En su bisbeo Dora se lo explica eufórica: terminó la jornada y tienen que seguir al otro día. Se duplica el bolo. Doble citación, el aleluya del extra. Salo no sabe si alegrarse o deprimirse. Ya tiene bastante con la experiencia, pero ya no puede recular. Se van yendo. Salo va al baño por fin y cuando vuelve no queda ni el loro. Es un decir. El loro sí queda. El loro estirado, el loro odioso, la Rosita, su celular y el cigarrillo infaltable. Le pasa en un papelito los horarios del día siguiente y se va sin mirarlo.

Quién me manda a mí el berretín este.

Intenta esa noche ver una película pero resulta que ahora no puede dejar de pensar en cómo se hizo cada toma; se va aburriendo y se duerme con la tele prendida. Me arruinó la ilusión el bolo ese. Amanece con la nuca dura otra vez. Las almohadas con los años se le han ido achatando. Formato panqueque. Primero la suya. Después la de la finada, que seguía ocupando litúrgica el lugar vacante de la king.

Tengo que comprar nueva, piensa cada mañana. Después la cabeza lo borra y lo sufre la nuca. Tirar las viejas almohadas matrimoniales. Cambiar las dos por una sola. Dormir en medio de la cama. Quién dijo que las cosas no quieren decir cosas.

Ya lo voy a hacer, dice de nuevo.

Hay algarabía en la vereda del bar cuando llega al día siguiente. Viejos párvulos. Algarabía de doble citación. Lo reciben a los besos. Cómo le gusta a la gente del ambiente darse besos, por favor. Dorita confianzuda le da piña en el brazo. Retoman la escena y en un par de horas mal que mal la dan al fin por terminada y parte el equipo hacia otra locación. Hacen colita en la vereda para firmarle a la representante su planilla. Atrás de Salo su partener abre otra vez el telón. Unipersonal. Dorita Susurro.

—Fijate de cerca lo que es de tironeada la cara esa —le dice—. Una cama elástica es.

Salo aguanta la tentación, pero a punto de agarrar la birome entra como bife la réplica fatal:

—Si cierra los ojos se caga —le cuchichea, y Salo firma haciendo fuerza con la boca tembleque, para tirria redoblada de la castinera. Mánager segundas marcas. Que no habrá nuevas citaciones y adiós locaciones queda clarito.

Salen juntos y caminan sin apuro. El conocido tema folclórico *yo voy para allá*.

Sin público el histrionismo de la Dorita se pliega, y reposa serena. Una dama. Discreta. Caminan por Salta para Brasil. Es temprano, terminaron a media jornada y recién está atardeciendo. Horas libres. Liberadas. Esa sensación mansa de levedad. Ella mira vidrieras, entra a comprar sal sin sodio en una dietética, y él acompaña y toquetea por las góndolas. Aprovecha y se lleva unos craquines de arroz para el mate. Paseantes de bolsita los dos. Domésticos. Domesticados, se diría. En una vidriera llegando a Garay, profusión de almohadas y colchones. Salo siente al fin el impulso. Es hoy. Va directo al mostrador. Ella deambula por el local. El vendedor es fantoche. Modelo mozo de cantina. Si sabrá Salo de esa impostura. Chistes repetidos mil veces. Le muestra todo y ofrece como equivocado las ofertas irresistibles.

—Almohada inteligente, nocierto. Con memoria. Le copia el

contorno externo de la cabeza y se lo respeta.

Lindo sería que me copiara el interno.

Dora sentada en un colchón de resortes prueba la amortiguación. El vendedor juega en toda la cancha.

—Parece que su señora con la actitud le está queriendo decir algo, caballero, ¿nocierto? Si quieren aprovechar, ojo, llevando la misma marca les consigo una promo con la almohada inteligente. Y les otorgamos un Ahora 12 con la tarjeta que prefiera.

Salo está a punto de aclarar pero no llega a tiempo. La histriona ya está haciendo su numerito.

—Uy, no sé… ¿Te parece a vos, Rober? La historia que tiene el nuestro.

Salo queda turbado.

—Pruebe, caballero, por favor, pruebe…

Marcha incómodo al somier. Las bolsitas de las compras sobre un taburete zapatero. El vendedor despliega toda la cola. Colorida.

—Hay que probarlo tranquilo para comprobar la comodidad de esos resortes, eh. De su propio lado pruebe, por favor. ¿Usted, señora, qué lado en la cama?

—Normalmente abajo —sanatea ella, sin que se le mueva un pelo—, pero me adapto.

Salo se agarra la cabeza colorado como un semáforo y el vendedor se convence de haber escuchado otra cosa. Les acomoda sendas almohadas inteligentes y los dos menudos retozan boca arriba en la inmensidad de ese king. Ella lo toma de la mano.

—Mírele la alegría a la señora… Qué no hacemos nosotros en la vida por la alegría de la señora, caballero, ¿nocierto?

Los minutos que siguen son la escena redonda del costumbrismo. Tira nacional de las diecinueve. Salo de a poco va agarrando la señal, improvisando. Ella le dice Rober y él la llama Beba. Ella habla del dormitorio de la hija y él le pone a la chica diecisiete años gorditos. Él dice de esperar el aguinaldo y ella de guardar para el viaje de egresados. Ella de la ventaja de vivir ahí cerquita. Y él inventa un pehache en tercero por escalera sobre Santiago del Estero.

—Se lo subimos, caballero, se lo subimos, por favor; para qué es un vecino uno si no es para dar una mano, ¿nocierto?

Sentados en la cama piensan la oferta y se acarician casuales. El brazo él. Después ella la rodilla.

Una multitud de ratones sobre el colchón. Plaga fabulosa. Y el señor colchonero soplando la flauta al barranco.

Quedan en volver el mes que viene por el colchón y se llevan la almohada sola al precio de la promo. Y una funda de obsequio. Salen ekekos. Ella firme del bracete. Se alejan tres veredas y no se sueltan. Se cierra el telón pero resulta que no hay camarines. Y una cuadra después todavía Salo no vuelve. Y Dora tampoco. Y en el semáforo Rober y Beba se dan un besito así tan casual que es uno más de miles.

Teneme, Rober, le dice ella, le da las bolsitas y apaga el teléfono.

Y le pone cabecita al hombro. Y entran al Salta Alojamiento como quien entra al pehache. Lo bien que le viene a una pareja de años un turno largo cada tanto. Poder despreocuparse de que escuche la nena en la pieza de al lado. Y se tiran en la cama como quien zambulle al mar. Y ni tiempo hay para pastilla pero sabe Salo que no va a hacer falta. Que juega con una extraña confianza de local. Y la ropa se va saliendo sola. Se desliza. Prenda a prenda. Tantas veces lo han hecho esos dos. Y sale la última y en un gesto final, amoroso —y perverso a la vez como suele ser a veces—, Beba se estira al silloncito de pana, manotea la almohada y se la pone bajo las caderas. Rober sube. Y hay perfumito a tela nueva y a Rexona. Y disfrutan esos dos como solo puede disfrutarse la vida atrás de la careta. Mascaritas en el carnaval de la vida. En el corso del coger. Cuerpos irreales. A los gritos ajenos. Y no hace falta apagar las luces para imaginar, no, al contrario, los actores se encienden más cuando las luces se encienden. La buscan con el cuerpo a la luz. Y se miran a los ojos los actores, como saben mirar los buenos, aprovechando el impulso del otro para crear algo con el impulso de uno. Y hay nudos en la obra. Y desnudos. Y hay crecimiento y hay clímax, claro. Y llega galopante al fin el desenlace. Y quedan en silencio agitado ahora sí en el oscuro. Una musiquita pegajosa por el parlante de la mesita.

Los mejores polvos de un hombre al fin y al cabo, recuerda Salomón que le dijo sentencioso una vez su primo, el Sapo Samuel, son siempre con la mujer de uno.

Aunque sea de mentira.

Qué cosa rara es la cabeza.

En la vereda ella vuelve a prender el teléfono. De tomar algo propone él, pero no.

—Mañana empieza tempranito el mayor mío un empleo nuevo. Diseño. Está terminando la carrera.

Volvió Dorita.

Más crocante era Beba.

—Le quiero desear buena suerte antes de que se me duerma. Ve *Masterchef* con el padre y se plancha. Llego justo. Si lo tengo que despedir a la mañana lo desvelo a mi marido y después no pega un ojo.

Que va para zona oeste, le dice tan genérica que se pierde en el mapa. Que se toma el 96 ahí nomás en Brasil. Le mira el teléfono Salomón esperando el intercambio pero no. Con una piñita en el pecho lo despide.

—Cuidate.

Se vuelve en taxi. Come craquines como quien come maní y piensa en crujiente. Sube por Independencia el taxi y no han llegado a Acoyte que tira la bolsa vacía por la ventanilla.

Pone la funda a la almohada y la coloca en el centro mismo de la cabecera. En la bolsa de plástico duro mete a presión las dos almohadas viejas y las baja en chancleta a la vereda. Las deja allí. Apoyadas. Da menos culpa pensar en que alguien va a provecharlas un tiempo más. Sube, se tira en el medio de la cama.

Prende *Masterchef*.

Cómo odio al pelado boludo ese con cara de enojado.

Mueve despacito la nuca contra la funda fragante.

La almohada tiene memoria.

Qué estarán haciendo Rober y Beba, piensa.

Y en lo bueno de las viejas parejas, piensa, que han encontrado el secreto de la pasión.

XV. Péquele

Un péquele soy. Eso. El paquetito de las sobras soy. Un resto solitario en la fuente que se reparte envuelto al final de la fiesta.

Pedazos mordisqueados soy y ni manjar he sido.

Sí. Deprimido Salo y picoteando rivo de nuevo, ritmo maní salado. Copetín de clonazepam. Dejado, encima. Baño polaco: pata, verija y sobaco. Y hablando solo todo el día.

Y con quién querés que hable, potz, con Tinelli querés vos que hable.

Termina Tinelli, vasito y se duerme. Se desmaya. Reacciona cuatro veces por noche apremiado por la vejiga. En la esdrújula batalla entre la píldora y la próstata siempre ha vencido la próstata.

—¿Sabés la ventaja, Shloime? —le dijo una vez su padre, ya en edad prostática también—. Soñás cuatro veces.

Eso si no te desvelás, piensa mirando el techo a las cuatro y esperando el primer resplandor. Automático: amanece y se vuelve a dormir. Y a soñar. Y a levantarse dos veces más a mear con los ojos cerrados. Un sueño, adentro de otro sueño, adentro de otro…

Se levanta a media mañana con la cabeza como un tambor. Se mira al espejo del baño y se da pena.

El péquele de las sobras soy. Pedazo frío.

Le llegan embates por guasap de a cinco por día del burako de las chicas. Las amigas de la finada. Y se deprime más. Que tiene que ir este martes. Si no es este, el que viene. No invitan, no, enrolan. Emplazan.

A entregar mis sobras me emplazan.

Para que no me coman las de afuera me reparten en péquele.

Se juntan dos veces por semana las chicas. Extremistas del burako. Nunca lo entendió demasiado Salo al gusto ese de jugar burako. Dos veces por semana se juntan, martes abierto, van amigos y allegados, como al velorio. El viernes no. Exclusivo. Día de ellas. A ese no se entra si no sos de ellas. No faltaba jamás la finada el día de ellas.

Burako hasta la madrugada. Misterioso. Mejor no preguntar, pensó siempre marido.

Recibe el quinto guasap, uno por cada una, se mira al espejo del baño un rato. Piensa en limpiarlo algún día con alcohol de quemar. Se toma un mate lavado y contesta que el martes va. Así. Un impulso. Para bañarse y afeitarse aunque sea.

Pasa antes por la Gurruchaga a comprar un leikaj. Nunca las manos vacías, le enseñó su sagrada madrecita. Santa vos no digas, si tenés que decir vos decí sagrada. En la cola de la caja se la encuentra a Dalia Rusak, que va también para el burako. Una colmena entera de leikaj llevan entre los dos.

Lo reciben alborotadas. Disimulan pero quieren saber, se nota. Si ya hay otra quieren saber, vamos, a mí no me digas. No vaya a ser que se lo vaya a manotear una de afuera al paquetito. El paquetito será de la tribu. O no será.

Son las de siempre: la Rusak, Cora Aguinsky, Reina, Beca y Marucha Segal. Las cinco del ritmo. Mejor morir empaquetado, morir péquele. Va adentro a dejar el gabán sobre la cama, y cuando vuelve la puerta del tocador se abre como la ermita aquella de las vírgenes iluminadas y surge. Aparición. Con la luz de atrás se recorta su figura entallada y su pelo a lo garzón. Una divinidad hebrea. Hebrea, madura y con pecas. Se la presentan al pasar. Sarita Levin, una conocida nuestra de Punta. Está pasando unos días acá.

De las cinco del ritmo al sexteto tango.

El clásico flechazo al cuete. La manzana imposible de Guillermo Telo. Tan lejana la fruta que ni soñar en clavar ahí. De conjunto Burma peludito va. Burma lavanda. Se presenta con un beso la fruta, y el perfume es de esos indivisibles, de esos que decís nació con ella. Lleva los sesenta con ritmo candombe.

Ni soñar.

Bueno no, soñar sí.

Soy tuyo desde este mismo momento. Listo. Llevate por favor este paquetito, Sara Levin.

Suena el portero. Como es el día abierto vienen invitados de afuera también. El novio de Marucha llega, que es más viejo que la injusticia pero lo sigue llamando novio. Novio de aquí, novio de allá. Y una

señora paletuda del consorcio de la Rusak que pronuncia mal la efe. Salomón cuenta con los dedos y no le dan los números. Para los ocho reglamentarios sobra uno. Se lo aclara por lo bajo la ronca Marucha. Nooo, la uruguaya no juega, le dice riendo enigmática. Voz de toscano.

Le toca de pareja el novio matusalén. Juega inquieto. La hermosa relojea todo a distancia, apoyada en el bahiut y tomando un oporto en copita verde. Queda oporto El Abuelo en bahiut todavía en Villa Crespo. Y copita verde de cristal tallado. Salo se distrae mirándola de reojo. Lo adormece el ruido de las fichas, el clona y el bochorno del tiro balanceado. Los cachetes colorados todos. Hace fuerza para no cabecear. Haceme efecto a la noche, grajea, no efecto justo ahora. Se despeja cuando pispea pecas y pelito y se abomba cuando vuelve al tablero. Del Bar León se acuerda en el abombamiento, y de su tío Isaac jugando dominó en el San Bernardo.

Shpil dómine.

De los dichos aquellos en versito.

Mientras puedas no des nuevas.

A tu ficha sacrifica si a tu amigo perjudica.

Matusalén no emboca una pero Salo está de racha y cierra burako seguido. Goldfarinskys, mastica el menudito para adentro, goldfarinskys… hijos míos todos...

Cada vez que baja algo gordo, la charrúa brinda cortito desde el bahiut y le sonríe.

¿A mí? ¿La ninfa me hace gestos a mí?

Y a la altura precisa del culo, ahí donde la parte de adelante cruza a la trasera, en el transitado puente aquel de la gloria, el viejo tirón empieza su megatlón.

Guiso. Guiso soy, pequitas; un guiso que al otro día más rico. Recalentame a baño maría, Sarita Levin. Exportame en táper por Buquebus.

Muy rico todo.

Terminan. Se ponen los abrigos, las chicas despiden en el palier pero Dalia lo retiene de la capucha del montgomery. Vos quedate. Lo escoltan arriba de nuevo en procesión misteriosa. Lo sientan. Le calzan en la mano un oporto. Hay un silencio.

—A ver, viejo amigo. Queremos transmitirte aquí, todas y cada una, que nos encantaría, de todo corazón, que te unas a nosotras en las veladas de los viernes.

La cabecita así de costado, Cora Aguinsky.

Veladas fueron siempre, sí, veladas por turbias. Ganas de revelarlas no le han faltado nunca a Salomón, sí, pero a esta altura...

—Para nosotras sería un auténtico honor…

Del reclutamiento obligatorio a la invitación con tarjetita.

Salo está dudando aún cuando el argumento de las chicas cae voluminoso. Inexcusable.

—Sarita te estuvo mirando jugar y piensa que podrían ser buena pareja.

¡Pinga! Quedate quieta ahí abajo vos, rebelde de los Anchorena, cuando te pido te hacés la dormilona y cuando te acuesto te da por bailar suelto.

Queda en pasmo. Tartamudea un poco turulato.

Llenan las copitas verdes y con paciencia y complicidad se lo explican de pizarrón.

—Los viernes acá se juega burako por plata, Salomón. De toda la vida. Listo, aclarado de una vez, para que no haya cosas entre nosotros. Plata, bah, platita, bueno, siempre fue una cosa más o menos acá de numeritos amistosos, más que nada la platita para ponerle un poquito de jrein, picante, vos entendés, quedate tranquilo ante todo que tu sagrada mujer perder perder jamás en la vida más que no sé, ponele vos una noche mala: un carrito de Coto, por darte una idea…

Platita, numeritos, carrito, me decís todo en miniatura, ñata, y se te nota en el dobladillo lo ladino. La finadita ya está finadita y los carritos que se haya perdido no hay señor Coto que te haga el reintegro.

Se turna prolijamente el coro para explicarle. Que siempre fueron amplias y recibían con gusto a jugadoras y jugadores de todo origen, le cuentan.

—Ojo, Salito. —Salito o Goldfarb le dicen, como la finada—. Ojo, toda gente acá muy de la cole y reputada…

—Pero cole, uno dice cole, cole una sola no hay: ya se sabe, donde hay dos judíos hay tres opiniones…

—Y dos sinagogas: una para ir y una para decir *esa no te la piso ni loco*…

—Cada templo, una tribu; cada country, un imperio. Pero una, progresisssta, amplitud va, amplitud viene, empezó a recibir gente de Macabi. Nosotras, Hacoaj; ellos, Macabi, vos imaginate. Los macabeos, ya conocés el paño, se toman en serio la historia y van por la vida con el hacha en la mano. No les gusta perder ni el ritmo. Guerrilleros hebreos del sport.

—Y en el escolaso, bien sabés vos. (Si nos habrá contado llorando Miriam de tu pobre padre y su vicio feo). Si te lo tomás en serio al juego, qué hacés, decime: perdés y duplicás para recuperar, ¿no? En fin, que duplicando duplicando: del jrein a la pimienta, de la pimienta al putaparió. A veces, ellos; a veces, nosotros, pero al día de hoy acá ahora al que pierde le queda el culo hecho un pimpollo, Goldfarb.

—Cifras, Goldfarb. No te lo ponemos en carritos del Coto porque la compra no te entra en el Mondeo.

—En fin, y yendo a lo importante (tomate el oportito que ya estamos lavando vajilla), que para reforzar Hacoaj la trajimos de Punta a Sarita…

—La eminencia del burako uruguayo, Sarita.

—Eminencia.

—Te gana sí o sí Sarita…

Sarita hace caritas, modesta.

—Buenas artes, ojo, eh. O sea, bueno: ¿lo que no está prohibido está permitido?, bien, dejalo ahí, son cosas, acá lo importante es ganar y que no te humillen esos hijos de kurve de Recoleta, ¿sí o no?

—Acá lo importante es pisotear a los macabeos, Goldfarb…

—Shtik drek esos macabeos, Goldfarb…

—Denigrarlos…

—Humillarlos cada viernes de aquí a la eternidad. Hasta que llegue el mesías, humillarlos…

—Doblegarlos. Arrodillarlos. Orinarlos y despedirlos en la puerta de calle con besito al aire: No me falten el viernes que viene…

—Veníamos invictos, gloriosos, y hace tres semanas los putos guerrilleros trajeron a un turco farabute que, para decírtelo sin vueltas y si no te gusta vos poné una flor, nos está desgarrando el tujes en

jirones. Un fanfa sefaradí que la embocó con perfumerías en Boca Ratón en los noventa y se vino ahora de vuelta a refregar plata en rostros como papel tisú. Pone en verde y en pilitas, nos corre, y en dos semanas nos limpió más que una agencia entera de shikses. Dicho con respeto por las shikses. Que nosotras hemos sido siempre del ala progresisssta.

—Sarita tiene estrategia segura para recuperar. Estamos en las mejores manos. Pero necesitamos pareja para ella, cara creíble, que no te la puedan desconfiar, necesitamos. Y vos, Salito, vos acá sos anillo al dedo.

—No te conocen, te das maña con las fichas y tenés cara de nada. Cara de pan de pancho. Dicho sea con todo el respeto del mundo que bien sabés vos lo que nosotras te estimamos.

—Sarita te da en la semana un par de lecciones y te saca andando. Ella lleva, vos seguís.

El disparo de largada escucha adentro el menudito, las piernas moviéndose solas ya en la huida, pero el amarre abajo no lo deja salir de la baldosa. Tironeando del pubis al culo su linga de acero.

Acero, bua.

Y se queda. Para su bien y para su mal se queda. Y oye. Escuchar, escucha poco, oye nomás. Y dice sí con la cabecita. A todo dice sí. Cosas sueltas recordará después. Los himnos de la guerra. Y a la Rusak hablándole bajito a la salida en la escalera.

—Traé guelt, eso sí, Shloime querido, te pido. Con eso que llevás ahora en la riñonera no tenés ni para abrir…

Me pispeaste billetera en la Gurruchaga cuando compraba el leikaj, Rusak. Te vi.

Le dan la cita de la primera lección. Y tres días después está subiendo las escalinatas del Sheraton de Retiro. Como quien va a un casamiento de la cole pero de mañana y sin traje. Saco sí. Jaspeado. De estreno. El otro era largo y con tajitos. Y tenía olor a naftalina. Los mocasines, brillo charol.

Le cubren alojamiento en el Sheraton a la eminencia. Y el Buquebus. Y todo lo que recaude queda para ella.

Muy de cuadernito en attaché, llega Salomón. Y biromes en variedad multicolor. En las solapas de adentro y en escrupuloso degradé. Listo y

dispuesto a la instrucción personalizada.

Soy tu aprendiz, pecosa.

No hace falta llamarla por conserjería. Fresca como una fresca magnolia fresca, lo espera de beige en medio del lobby. Conjunto Burma de cachemir tostado. Peludita. El perfume se presiente ya desde la puerta automática; desde la torre de los ingleses, se presiente, si estás en estado, Goldfarb. Se desparraman en unos sillones imposibles. De esos asientos largos que si apoyás la espalda se te levantan las rodillas.

Hablando de rodillas: la pollera Burma.

Es expeditiva. Lo que le enseña no parece al principio una gran ciencia. Como que lo semblantea sobre todo, siente el discípulo. De aprender a perder para ganar le habla. De lo difícil que es saber perder disimulado. Y que perder es el camino a ganar. No tocan una ficha. Filosofía. Una mentora espiritual del juego de mesa. La charla va y viene y de a poco va saliendo hablar de la vida, de sus viudeces, del Uruguay, la crema Dr. Selby y el medio y medio. Que vive en Montevideo pero en verano se instala en Maldonado porque la zona es burakera. Salo escucha y se cuida contenido. Del escote en ve del Burma se cuida, de las pecas del pecho que dicen mirame mirame. Y de hacer chistes. Puede y no puede con su genio y con su ingenio, y risita va y risita viene se va instalando sobre el sillón cama una pancha confianza. Darle risa a la que te gusta es como regar pimpollos: da tanto gusto verlos abrirse que te pasás el día con la manguera en la mano.

Me fui a la mierda con manguera.

En el taxi de vuelta cierra los párpados Salomón, y gira sonrosado frente a sus ojos un cosmos entero de pecas del pecho.

El viernes, a su hora, sube y golpea en lo de la Aguinsky. Desde la puerta con mezuzá llega el rumor inconfundible. Se abre una rendija discreta y un humito tahúr escapa por la hendidura. Qué te voy a contar. Un aquelarre zaino. Toman güisqui de free shop, fuman y gritonean en idish. Suenan clarinetes llorosos en un Sony y unas señoras de la WISO se contonean contra la cortina de voile tintineando pulserotas. Heavy klezmer. Sube el ritmo cada tanto y sacuden sus permanentes en vaivén enajenado. Mishíguene pogo.

Hacoaj ataca Macabi. La guerra está en el aire. El resultado no se escribe en ningún lado, ni falta que hace, lo lleva grabado cada gladiador, tatuado en la frente. Su marca de Caín.

Siempre sentado. Sedente y gordo como un buda del sefarad, de espaldas a la multitud, el turco rumboso juega en cámara lenta; la velocidad del poder.

Desde lo oscuro de las habitaciones la espartaca hace su aparición estelar. Hay un silencio macabeo y los clarinetes llorosos parecen ahí sonar más fuertes. Va directa a Salomón la mercenaria y del brazo y suavecito lo lleva hacia una mesa del fondo. Por el aire, Salo, como un globo de gas.

La plata la pongo yo, le dijo la suave. No quiero que arriesgues ni un centavo. Si la pierdo la pierdo, si la gano compartimos. Es mi regla. La profesional soy yo.

Se sientan.

De Burma celeste cielo ahora, la Levin. Como una insignia de Viva la Peca, su escote en ve. Y pintada para la guerra. Juegan tres vueltas y ganan las tres. No es un platal pero abulta la riñonera. Y la ganan fácil. La Levin lleva y Salo sigue. Qué fácil es bailar cuando vas en el aire. Se miran mucho. Levanta la vista Salo y están ahí los ojos de ella. Las pestañas como abanicos. Y batuta. Se le atraganta el oporto cada vez que levanta los ojos.

La final los enfrenta inexorable con el turco y su compañera, una macabea madurada en frízer, estrella veterana del ricudim. Una sonrisa de orfebrería, cirujano de firma, que se le deforma inocultable en la euforia guasa de exhibirse en la final.

Los otros jugadores se transforman discretamente en hinchada y asisten ceremoniosos ahora al duelo de titanes. Tiembla el coliseo.

La Levin es una fija. Una máquina de jugar. Hace subir el juego y lo hace bajar como a un barrilete de playa. Lo hace hundirse al grandote, y le da aire al rato para que vuelva a volar. Aflojale que colea. Maneja, actúa, parece que está por perder y da el sablazo. El ostentoso alardea, intenta correrlos con fajo verde a cada rato, asustarlos para que reculen, pero la maestra conduce segura con el pie en el freno.

Matámelo de una vez al chancho, charrúa; y nos vamos por ahí de cantarola a comernos los chorizos. Cuánta razón tenía la Rusak. Qué

negocito traer hoy en el bolsillo un toco así para poder coparle la parada.

Minuto antes de bajar todo la maestra se da por jugada y pone el límite. Pierde finalmente el perfumero lo que la pequera quiere que pierda. Ni un centavo más ni un centavo menos. Un saqueo programado. Un retiro de cuenta corriente. Dios del burako, la pequera. El buda se va furibundo. Echándoles la culpa a los otros, encima, para más repelente.

—Quién puede hacer diferencia así, decime vos. A ver cuándo juegan un poco de guelt, che. ¿Qué es el jueguito este, me querés decir, es kermesse del shule, es?

Empuja torpe las sillas con la panza. Furioso con el paseo. Insufrible el turco, ganas de escupirle el fondito de güisqui.

—En el recreo del kínder nuestro corre más plata que acá. Avisame, che, si siguen indigentes, que el viernes que viene me voy a jugar burako a una pijamada del kínder…

Salo hierve y sulfura. Oy vei, no haber tenido esa plata y carnearlo. Sarita lo calma entornando apenas los ojos. Pestañotas. Susurro.

—Acá gana el que sabe esperar, Salomón. Como en la vida…

Pestañotas otra vez. Estira la mano y con las uñas cortísimas, de lima prolijita, le rasguña suave el dorso de la suya.

—Arañita —dice y se ríe chiquitito.

Se miran otra vez más. Y se larga la suave, en una corridita elegante por la escalera, al Uber que espera en la puerta.

Salo vuelve a casa a pie. El desierto de los cuarenta años es Villa Crespo por amanecer. Vaga tribu Salomón, y en la esquina de Serrano y Vera lo sobresalta el celular. A los tirones lo arranca de la riñonera. Y sí, es ella. Resplandor súbito que llega a Chacarita. Que la acaba de dejar a Beca Roitman en Pueyrredón y va bajando por Corrientes para Retiro. Que no lo llamó antes porque delante de Beca le daba calor. Que estuvo glorioso y necesitaba decírselo. Frío y zorro como le gustan a ella sus parejas. Del burako, aclara, y se ríe por la nariz. Que si se dio cuenta de que ni falta les hizo mirarse.

—En el plexo te sentía, zorro.

Los ojos míos chocando contra las pecas serían, piensa él.

Que le hubiera gustado festejar con cafecito este encuentro, pero

que las circunstancias. Que el viernes que viene dan un zarpazo un poquito más grande. Que el turco está pidiendo fundime fundime. Que tiene que enseñarle algunas cosas del arte —el arte, le dice—, pero mejor en el hotel no, que mejor más intimidad. Hace la pausa dejando discreta que lo proponga él.

—¿En casa, el martes? —sugiere tímido.

—Ay —dice ella y deja pendiendo el silencio. Tan poderoso siempre el ay.

Un paper del Conicet alguna vez sobre la semiótica del ay.

—¿Tanto tiempo? —pregunta, y no hace falta más.

Quedan a las nueve en su casa al otro día.

—Somos pareja, zorro —le dice antes de cortar—. Del burako —le aclara de nuevo, y se ríe más por la nariz. Y deja el silencio. Y dice el ay. Y una multitud de roedores de todo tamaño se lanzan de la nada a correr enfurecidos por el desierto, trepan rabiosos por las botamangas del menudo, escarban y muerden. La divina plaga once.

De Burma blanco, llega, y radiante al otro día. Marfil. Ni una gota de pintura.

Prudente hasta lo ceremoniosa. Como arrepentida del súbito frenesí de la noche anterior. Faltaría nomás tratarlo de usted. Un sobre de papel madera antes que nada con la mitad de la ganancia. Ni espacio al rechazo galante le deja la ejecutiva. Esto se recibe sí o sí. Lo que es es. Salomónica, dice, y se le mueve irónico apenas el ángulo de la boca. Cinco carritos de Coto contará después Salomón en la cocina. Repletitos. Y nada de vino de oferta.

Despliega formal el tablero y las fichas la catedrática. Un aula magna sobre la mesa de comedor. Solemnidad de paraninfo, la ninfa.

—De lo que se trata el arte en esto es de entenderse, Salo. De que fichemos bien me encargo yo, de eso no preguntes, mejor no saber, pero si no nos comunicamos ligar no sirve de nada. No hay mucho más secreto. Conociendo el arte, pareja que se entiende no pierde. ¿Qué nos falta, Salomón…? Aceitar el lenguaje nos falta. Darle soltura. Volverlo lengua madre.

Dejá de decir cosas que uno no es de fierro.

—La gramática te la enseño en un rato, pero esto es un idioma: hay que practicarle la conversación. Acá cocoliche pierde. Y a la

conversación para que fluya hay que darle tiempo. Y tiempo es juntarse, caballero. Rigor. De acá al viernes, no sé, por ahí si nos vemos todos los días…

Lo deja pendiente, no lo mira, parece distraerse con un cuadrito de Schurjin que cuelga en el recibidor; aporte a una campaña financiera del ochenta. Más rojo que la campaña, Salomón. Cuando Sara vuelve a mirarlo ya bajó a rosado, pero la sangre sigue en las mejillas.

—¿Te arruino la vida si nos vemos todos los días?

Vuelve a subir la cara a bermellón. Y ella ahora encima mirando fijo.

—Ay.

Se ríe por la nariz y empieza a distribuir el fichaje sobre la mesa.

—Fijate. Un abecedario minúsculo es el arte, pero con eso nos decimos todo. Lo que tenemos, lo que vamos a poner, lo que necesitamos que baje el otro. Con el arte somos uno solo. El arte es la perfección. Escuchá. Vos solo tenés que acordarte cinco cosas. Los cinco sentidos, digamos. Cada uno, un color; cada uno, un número. Cada vez que repito duplico número, si agrego sumo. Y así. Repetí conmigo:

—Ah. Es rojo y es el uno.

—¿Ve? Es negro y es el dos.

—Seee… Es el tres y es amarillo.

—Dele dele. Azul y el cuatro…

—Último, el ¡Eh! Nunca lo digas en pregunta que se confunde con el dos.

De pecosa a pequera. A pecadora. Sin cambiarse el Burma. Salo queda tildado. La fullera larga su risota comprensiva.

—Lo que no está prohibido está permitido, caballero —le dice, y sin dejar de desparramar fichas le rasca al pasar el dorso de la mano.

—Arañita…

A las dos horas el menudo chapucea ya la fullería con alguna dignidad. El arte. Repite y repite. Un termo de café y una canasta intacta de galletitas de anís. Nada de alcohol le impuso ella. Y donde se juega no se come. El aprendiz está agotado. La maestra vuelve a guardar el escolaso en su funda de cuero primorosa, y mientras llama al Uber pregunta angelical y sin mirarlo.

—¿Querés que mañana pasemos el día?

Si fuera esto una película de Aries, la comedia picarona del patrullero ruso, empezaría a sonar ahora la musiquita de un Mike Ribas y en un montaje lleno de dientes saltarían los dos maduros de Caminito a las barrancas de plaza Francia, a un helado callejero por Santa Fe, y fundiría melódico a un copetín de banquitos altos. Brindis brindis. Y a mirar la luna enseguida con las piernas colgando en el muelle de Olivos. Y volarían veloces las hojas de la agenda, domingo, lunes, martes… Y con las hojas los Burma volarían en arcoíris tecnicolor: habano, francia, verdemar… Y con la hoja del jueves, en el estacionamiento del Sheraton, la calefacción prendida en el Mondeo, las ventanillas empañadas y la música que se va poniendo sugestiva mientras vuelve el sonido ambiente, la arañita se demora un rato largo mientras se dicen cosas mirándose a los ojos:

—¿Ve, ve? Ah, seee…

La cámara desde una ventana alta, la pareja que sale del Mondeo, que entra al hotel riendo, y sin dejar de escuchar la risa, la puerta de la habitación 1122 que se abre; ella, que se deja caer en un sillón y se saca los zapatos. Y él, que se sienta al lado. Y la mirada fija. La mano sobre el Burma patito. El beso. Otra mano sobre el Burma y la mano de ella sobre la mano.

—Tengo mis tiempos…

Tengo mis tiempos le dice, y a Salo lo enamora la frase.

—Nada que vos no quieras —le contesta él; y de la frase suya ya que estamos se enamora también.

—Donde se juega no se come. Concentración. Mañana la maniobra, hoy toda la energía puesta allá. Pasado la podemos poner acá. A la energía —aclara. Y se ríe—. Ay… ¿Estuve bruta?

No le suelta la mano. Arañita.

—Vos y yo somos horda, Salomón. Tenemos para rato vos y yo. Empieza la temporada en Miami ahora. Una dulzura la cole en Miami. Golosina.

Un pico largo y van a la mesa una vez más.

Lo hablaron cada día de esa semana. Actuar. Apurarlo al turco, marearlo. Llevarlo de nuevo a que pele. Y ahí conectados, comunicados, estrategas, tácticos, logísticos, levantar otra vez la

porción. Despedirlo con besito y dar las hurras.

—A la cifra del turco no hace falta llegar, socio. Acá la cifra la manejamos nosotros, no él. Mientras siga viniendo, de a poco y sumando, el número se irá haciendo. Sin sospecha y de a poco se puede ganar también. No me hace bien a mí la vidriera. Ahora, si a vos te pide el dividendo y querés ponerle jrein, vos dale. Una pena desperdiciar ese fajo, yo te entiendo. Y si como hombre te pide el correctivo te entiendo también. Es irritante el gordo ese. Al arte no le suma, pero como hombre te tengo que entender.

Le brillan los ojos al zorro. Una temporadita dulce en Miami. Financiada por el turco humillado la temporadita.

Pasa por el Nación temprano al otro día el zorro y saca de la caja fuerte los ataditos ceñidos. Perfectos.

El garito vibra y humea. En el parlante Jevel Katz canta en idish Un poquercito… Las señoras de la WISO tiran pasos, se hacen las interesantes de peluquita y vichan pique. No importa acá de qué origen el pique, esto también es la guerra. Ojean al menudo pero el menudo, quién diría, solo tiene ojos ahora hacia el Río de la Plata.

Y manos para tantear discreto a cada rato la riñonera.

Ganan unos pesos en las eliminatorias. Fácil. Y como estaba previsto llegan a la final con el fanfarrón. También el gordo viene de su ronda en ganador. Dulce. Eufórico como un chico. Provoca. Se va de boca. Los carga. Insufrible.

—Bue, otra vez nos toca con los indigentes. ¿Nervioso, petizo? ¿Shplikes in tujes…?

Le hace caritas a Sara el buda, ojitos. Trompa chanchito. Y se crispa Salomón, se indigna y tantea el fajo como a una 38 cargada.

—Dele dele, compañero. ¿Ve, ve?

La fullera recita el arte con simpatía sin par. Maneja el juego como quien pasea, con un brazo en la ventanilla maneja, siembra a veces, planta para que el otro arranque, desparrama semilla y cada tanto cosecha. Y a la media hora lo tiene rojo al turco, sulfuroso, hipertenso. Y lo va llevando al turco. Como chico al shule. Lo deja bajar una y otra vez, lo va embriagando de racha falsa, le actúa la confundida.

—¿Eh, eh, eh…? —declama el arte, dice y expresa.

Y el turco ríe. Y habla fuerte. Como ternero en el brete marcha por

pasillo el turco al desangre kosher. Y no hace falta más que una escenita de la gran intérprete, un comerse las uñas, la diva, un mover la melenita preocupada, y la res llega al fin al cuchillo purificador. Y saca el viejo fajo de correrlos. Y apura. La diva como quien duda acepta una cifra módica como siempre, ni un peso más.

—Y jugada.

Bufa el turco su queja de siempre.

—A jugar a la filantrópica vinimos nosotros, mirá vos; al asilo de Burzaco vinimos…

Pero antes que pueda seguir alardeando salen de la riñonera de Salomón los dos fajos verdes. Y con uno copa la parada, toma la apuesta, y con el otro la sube al doble. Haceme trompa chanchito a mí. Vamos a ver quién la tiene más grande aquí. Ríe nervioso todo Macabi. Se enamoran las señoras de la WISO. Sarita mueve la cabeza contrariada y murmuran escandalizadas las cinco del ritmo.

—Lo que se hereda no se roba, enfermo del juego igual que el padre…

Y el turco, encajonado, en el corral, no puede ya dar un paso atrás y recelando, mirando a los lados como esperando la señal del destino, saca el otro fajo, lo abanica nervioso y lo tira sobre el paño.

Se pone moroso de pronto el juego, cámara lenta. Van apoyando ahora las fichas los cuatro como quien juega un jenga. Cautelosas las manos. No para de zapatear el cuarenta y tres del turco. Vibra el colágeno en los labios de su pareja, la vieja. Entrecierra los ojos Salomón. Solo Sarita permanece imperturbable. Y levanta y baja con una concentración abismada, sobrenatural.

—Dele, dele. ¿Ve?

—Ah, seee…

Y se van agotando las fichas del pozo, y va llegando la hora de la verdad. Y están peligrosamente parejos. Pero Salo sabe. El arte es infalible. Comunicados son imbatibles. La fortaleza del Río de la Plata son los dos. El fuerte de Martín García. Y se va acercando el final y sabe el menudo que llegará de un momento al otro el sablazo de la bella, su cimitarra bestial, el degüello, la decapitación.

Pero tarda. Y levanta la vista y por primera vez la encuentra demudada a la fullera, manoseando las fichas, tartamudeante:

—Seee… seee.

¿Seee? ¿Seee? Ahhh... ¡Ahhh!

Y la cara del turco que sigue arrogante. Y empieza a preocuparse.

—¡Dele! ¡Dele!

De improviso, en un gesto pedante, baja el turco sus fichas y cierra. Y muestra pálida para el conteo en contra las suyas Sarita, embretada ella, condenada. Y cuentan en contra las de Salo, y todo se desmorona, llega el turco a sus tres mil y se desmorona el negocio, y se desmorona el Sheraton, y ahora se la ve pecosa apenas a la pequera; fulera, a la fullera y a su arte, artificio. Y festeja de fondo el derrumbe Macabi, y hace payasadas de manos a cuatro fajos el macabeo. Y no lo mira abochornada la uruguaya, lívida la cara, el escote, más pálido todavía contra el Burma aguamarina.

Y ve alejarse Salo los dos fajos. Demasiada plata los dos fajos para pasarlos a carritos del Coto. Una cochera cubierta sobre avenida los dos fajos. Escritura incluida.

Las chicas mueven las cabezas al unísono.

—Igualito al padre el pobre boludo. No se sabe contener.

—Gracias a Dios que no está Miriam ya, para ahorrarse este bochorno.

Y se van despidiendo entre tanto los macabeos, que lo bajan al desagradable casi en andas. Y lo despiden al pasar a Salomón tocándole la cabecita. Pobre.

—No sé qué me pasó, no sé, Salomón, no sé, no sé, los rivales seguramente, los subestimé a lo mejor y manejaban el arte también, no sé, ay qué vergüenza. No puedo ni mirarte a la cara.

El Uber de Beca Roitman la espera abajo. Una última mirada de disculpas, la mano contrita sobre el escote pecoso. Y baja desconsolada.

Marucha Segal lo mira desde la cocina con cara de asco. Se golpea la frente con tres dedos. Qué tenés ahí vos, moishe kapoyer… En qué cabeza cabe… Come un knishe y frunce cara de asco. Menos mal murió ya la finada o la matabas hoy de un disgusto, moishe kapoyer…

Vuelve caminando Salo. Solo una vez más. Pero no suena el teléfono esta vez, no. Dobla agobiado por Gurruchaga para Aguirre. Las cocheras en venta del edificio nuevo. Una cochera limpita se llevó el

turco. Limpita. Dios quiera los hijos no se enteren nunca. Son boconas las cinco del ritmo. Un poco de discreción, boconas.

Si al menos sonara el teléfono, pero no. En el veinticuatro horas de Vera se compra una petaca de licor de cacao. ¿Hay algo más deprimente que una petaca? Si vamos a fondearnos vamos a fondearnos bien. Se la va clavando por la calle y antes de abrir la puerta de abajo la mata de un último trago y la deja acomodada prolija en la ventana de la planta baja. Un escaparate del fracaso.

Sueña agitado esa noche una vez más el patrullero, sobresaltado, una extraña galaxia de lunares de escote. Vuela en un Mondeo por ese firmamento lunar y le va poniendo nombre a uno por uno:

—Vos sos Ah.

—Vos sos Ve.

Acaricia desde lejos Se.

Deledele.

Va al baño a vomitar licor. Vuelve listerine.

Recibe de ella al otro día un mensaje de voz. Que se volvió al paisito. Que no hubiera soportado el papelón, el bochorno de verlo otra vez. Que quizá la vida. En alguna otra.

De péquele a bolsa de residuos.

Nunca más vuelve Salo a las veladas de burako. Ni lo invitan tampoco. Se la cruza a la Rusak varias veces por el barrio. Aprieta los dientes y se ríe exagerado Salomón cada vez que la cruza. Y hace chistes idiotas con el juego y con los dos fajos. A punto de romperse los dientes de cómo aprieta.

—Cabecita de insecto, este hombre —les dice la Rusak a las chicas —. Y se te ríe encima el muy tarambana.

—Cabecita de insecto.

—No la merecía este hombre a una mujer así entera como la Miriam nuestra.

—Los boludos y las cucarachas no se extinguen nunca, chicas.

El tiempo va pasando.

La pierden de vista a la Levin las chicas. Ni ese verano ni el otro la vuelven a ver por Punta. Preguntan y las respuestas se contradicen. Que anduvo, que no volvió, que en Montevideo, que en Piriápolis, que en Miami. Una mañana, en una reposera de la mansa, leyendo *El País*

contra el viento la reencuentran de sorpresa. Sara Mosca Levin y Mauricio Bar Natan. Procesados en Ibiza. El matrimonio uruguayo con causas pendientes por asociación ilícita y juego clandestino. En la gráfica, las dos fotitos de perfil. Sin el Burma se la ve más dura, angulosa, masculina se la ve. El turco está más gordo y labiudo. Mucho más buda.

De la engañifa, entre las chicas, no se comenta una palabra. La pasan por arriba hablando fuerte. Contra el viento. Las cosas que es capaz de hacer la cabeza.

De lo gordo que está el turco hablan nomás.

—Mirá que hay que cogerse a un hombre así.

Sacan la hoja y la guardan en la canasta. Para mostrarle la historia a Reina, que es la única de veranear en Miramar. Se moja un poco con el agua del mate la historia. Destiñe. La usan al otro día al final para envolver las sobras de un postre chajá.

Termina péquele la historia.

Hace un calor agobiante ese febrero. En Buenos Aires el menudito se anota de nuevo en aquagym. Bermudas Diportto y toallón de Floripa. Va temprano y se asegura su lugar en lo más bajito. Es más cómodo para gym lo bajito y se habla más. Hace sociales desde el borde. Y chistes hace. Chistes de pileta.

Jaimito mío, no hagas pis en el agua. Pis hacen todos los chicos, mamá. Sí, Jaimito mío, pero no desde el trampolín.

¿Usted es el que limpia la pileta? Sí, cloro.

Se ríen poco y nada las señoras. El deporte tira a lo estoico.

Pero hay una que sí.

Una bajita de lo bajito. Se ríe, lo mira con antiparras y a veces lo salpica.

Cómo me gustan a mí las confianzudas.

Vocecita clarinete, la confianzuda. Pollito pío.

Siempre habrá una rota para un descosido.

Siempre.



«—Circule, Salomón. Circule. En los lugares de siempre no va a encontrar nada: con las que tenía que pasar ya pasó, y con las otras no va a pasar nunca. Ábrase y circule.»

Salomón Goldfarb es viudo y ha pasado largo los sesenta. Cerró su localcito de cueros y vive del alquiler. Intenta seguir con su vida pero la soledad lo abruma. Entra en aquel círculo —literalmente vicioso— del ansiolítico y el desvelo; y una tarde, en busca rutinaria de la receta mensual, un médico nuevo de la prepaga lo lanza a circular. Salo, bajito, inseguro siempre, decide salir a la conquista y comienzan allí sus aventuras. Frecuenta teatros, talleres literarios, seminarios de filosofía. Abre una cuenta en Tinder; recupera el contacto con su prima, a quien no ve hace décadas; se acerca a su vecina del piso de abajo; se va de camping; baila; hace de extra en una película y hasta se une a un grupo de activistas provida. Sin demasiado éxito, pero decidido a lograrlo como sea, Salo se convierte en el patrullero del

amor.

Mauricio Kartun, con el humor irreverente que conocemos de su teatro, despliega en esta novela su finísimo oído, su habilidad para contar historias y su maestría para crear esos personajes inolvidables, que siempre nos recuerdan lo patético, pero también lo sensible de la condición humana.



MAURICIO KARTUN

Es dramaturgo y director de extensa trayectoria. Escribió cerca de treinta obras teatrales, entre ellas, *Chau Misterix, Sacco y Vanzetti, El partener, La Madonnita, El niño argentino, Ala de criados, Salomé de chacra, Terrenal. Pequeño misterio ácrata* (Premio de la Crítica al mejor libro argentino de creación literaria en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, en 2014) y *La vis cómica*, su última producción. Creador de la carrera de Dramaturgia de la Escuela Metropolitana de Arte Dramático de la Ciudad de Buenos Aires (EMAD), fue también titular de las cátedras de Creación Colectiva y Dramaturgia en la Facultad de Arte de la Universidad Nacional del Centro, y de Escritura Teatral en la carrera de Promoción Teatral de la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo. De continuada actividad pedagógica en el país y en el exterior, ha dictado innumerables talleres y seminarios a lo largo de toda América y España. Sus obras y montajes han ganado los premios más importantes, como el Primer Premio Nacional de Literatura Dramática, el Primer Premio Municipal de Teatro, el Konex de Platino, el Gran Premio de Honor Argentores, el Gran Premio a la Trayectoria del Fondo Nacional de las Artes, y el ACE de Oro, el máximo galardón de la Asociación de Cronistas del Espectáculo. *Salo Solo. El patrullero del amor* es su primera novela.

Kartun, Mauricio
Salo solo / Mauricio Kartun. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8266-55-8

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: mayo de 2023

Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

ISBN 978-987-8266-55-8

Conversión a formato digital: Libresque

Índice